

MARIO ESCOBAR



**BIENVENIDOS A
CLAYTON LAKE**

POR EL AUTOR
DEL BEST SELLER EL CÍR



Lectulandia

Cuatro amigos y sus parejas deciden tomarse unas cortas vacaciones al norte del estado de Maine, en las inmediaciones de Clayton Lake. La región es una de las más deshabitadas de los Estados Unidos, pero el grupo necesita relajarse y reencontrarse después de varios años sin mantener el contacto. Todos ellos se conocen desde que estudiaron en el instituto de secundaria en Brooklyn.

La casa que han alquilado se encuentra a unos cuarenta kilómetros de la población más cercana y la región queda casi desierta durante el otoño, sobre todo tras las primeras nevadas.

Steve, un escritor que tras un éxito fulgurante está en sus horas más bajas, termina de perder a toda su familia en un accidente y no quiere asistir al encuentro con sus amigos, pero al final decidirá presentarse a la cita.

Tras la primera cena en la cabaña, Steve pide a sus amigos que le describan, en caso de ser asesinados, cómo piensan que sería su muerte, con el fin de documentarse para un nuevo libro. A la mañana siguiente, una niña ensangrentada llama a su puerta pidiendo ayuda.

Steve y sus amigos descubrirán que sus miedos pueden hacerse muy reales y terminar con sus vidas. Deberán enfrentarse a sus peores pesadillas o morir en medio del lugar más bello y solitario de América.

¿Lograrán enfrentarse a sus temores más ocultos? ¿Su amistad será capaz de superar todos los obstáculos?

Lectulandia

Mario Escobar

Bienvenidos a Clayton Lake

ePub r1.0

Karras 20.02.2019

Título original: *Bienvenidos a Clayton Lake*

Mario Escobar, 2015

Editor digital: Karras

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Primera parte. Treinta

1. Amigos
2. Una tarde tranquila
3. La primera cena
4. Ocho formas de morir
5. Soñando

Segunda parte. Uno a uno

6. La niña
7. Problemas
8. Aislados
9. Abriendo las puertas
10. Ver el mal

Tercera parte. Infierno

11. Los gemelos
12. La casa del árbol
13. La preparación
14. Una dulce voz
15. Últimas respuestas

Epílogo

Sobre el autor

La amistad es un tesoro que únicamente unos pocos encuentran.

Dedicado a mis amigos que han navegado por mares embravecidos y siempre han encontrado el camino de vuelta a casa.

Los peores embusteros son nuestros propios temores.

Rudyard Kipling

Nunca tengas miedo del día que no has visto.

Proverbio inglés

Sin la amistad, el mundo es un desierto.

Sir Francis Bacon

Si queréis formar juicio acerca de un hombre, observad quiénes son sus amigos.

Fénelo

PRIMERA PARTE

TREINTA

AMIGOS

Mientras su Jeep Renegade de color verde giraba la última curva antes de contemplar la cabaña de gigantescos troncos de tono miel, sobre la hermosa ladera de rocas, Steve pensó que la amistad era uno de los mayores tesoros de la vida. Llevaba más de treinta años conservando a sus mejores amigos del instituto, personas que habían estado con él en los momentos buenos y malos de la vida. Aún tenían grabadas en la memoria las palabras de aliento de su amigo Philip en la funeraria de Cobble Hill Chapels, tras la muerte de su madre. Philip le había pasado el brazo por el hombro, hasta que los botones de oro de sus mangas de un carísimo traje de Alexander Amosu estuvieron cerca de su cara, y simplemente le había comentado: «Ella sabía que la amabas de todo corazón. Tu madre te adoraba, eras su hijo pequeño. No hay nada ni nadie que pueda cambiar eso».

La muerte siempre sacude las frágiles almas humanas cuando aparentemente todo parece estar bajo control. Sorpresiva y despiadada, arranca de los corazones la seguridad que ha llevado años construir a base de inmensos diques de cotidianidad, cuentas corrientes engordadas y seguros médicos blindados. Steve sabía que la muerte de un ser querido nunca se superaba, simplemente se convivía con ella, como si se tratara de un mal vecino siempre dispuesto a hacerte la vida más difícil.

Aún, cuando cerraba los ojos, veía el rostro regordete de su hijo Jim, sus profundos ojos verde oliva y su sonrisa inocente. Entonces sentía un profundo dolor en el pecho, un desgarramiento que le hacía doblarse hacia delante para poder respirar. Apenas tenía ocho años, era su pequeño, se decía una y otra vez. Ruth, como él, ya había cumplido los cuarenta y seis; su muerte era también absurda, pero al menos había logrado vivir con intensidad y ser feliz.

No debía haber tomado el avión desde Nueva York hasta Augusta; tampoco la avioneta que le había dejado dos horas antes en el pequeño aeródromo de Clayton Lake. Sabía que su duelo estropearía los seis días de vacaciones que sus amigos habían tomado para estar todos juntos, pero la perspectiva de la soledad le producía más angustia aún que la posibilidad de hacer fracasar aquel encuentro.

Hasta la pérdida de Ruth no recordó que una de las sensaciones más terribles que produce la muerte es el temor. Aquellos mismos sentimientos los había experimentado mucho antes, con el fallecimiento de sus padres. De repente todo lo que parecía inmovible se transformaba en peligrosas tierras movedizas y uno era capaz de ver nítidamente su propio final. ¿Para qué servían la fama, el dinero, el poder o el amor? La muerte siempre robaba lo que más amabas, y después de aislarte

terminaba por devorarte completamente. Al menos eso era lo que pensaba él y cómo percibía los sentimientos que a cada momento atormentaban su cabeza.

Steve subió el volumen de la radio e intentó concentrar su mente en cosas más agradables. Aquellos bosques fascinantes, bajo un cielo gris encapotado, le recordaron que la vida era mucho más que las cuatro paredes de su despacho en su casa en Cobble Hill, Brooklyn, en el mismo barrio que había vivido su infancia y que tras un periodo de decadencia se había convertido en una zona de moda en la que se instalaban brókeres y ejecutivos cansados de Manhattan.

Mientras se acercaba lentamente por el camino angosto de tierra pensó que el resto de sus amigos ya debían haber llegado. Él había retrasado su viaje unas horas por culpa de su agente; el maldito Peter West le comprometía sin consultarle para que diera charlas o asistiera a firmas de libros en cualquier lugar del país. Más de una vez había pensado en no acudir, pero sentía un profundo respeto por sus lectores y un temor reverente a que estos le dieran la espalda. En aquel momento ellos, juntos a sus amigos, eran lo único que le quedaba en la vida. Muchas veces se veía como un verdadero estafador. Aún no entendía bien qué era lo que sus numerosos seguidores veían en sus libros. Él seguía considerándose una mala imitación de Stephen King, uno de los escritores que más admiraba. De hecho, lo había conocido unos meses antes en la Feria del Libro de Nueva York. Después habían comido juntos con un grupo de editores y periodistas, habían intercambiado sus teléfonos y habían mantenido cierta relación vía *email*. Aquella era la primera vez visitaba Maine y había pensado en ir a visitarlo antes de ir a la cabaña, pero ya nada le ilusionaba, ni siquiera estar unas horas con el escritor que más admiraba en el mundo. Sin su familia la vida carecía de sabor. Simplemente era una insípida y repetitiva suma de monótonos días que te conducían a tu inevitable final.

El bosque ocultó de nuevo la mansión de troncos. Los abetos, con sus enormes troncos centenarios, apocaban la tenue luz del cielo nublado y cubrían el horizonte de un manto verde. El vehículo llegó a una verja metálica con dos grandes pilotes de madera y Steve se detuvo instintivamente. Miró el letrero que daba nombre a la casa: *Overlook*. El escritor puso una sonrisa irónica y las gafas finas de cristales pequeños se ladearon levemente. Aquel era el mismo nombre que su colega Stephen King había puesto al hotel de su famoso libro *El resplandor*.

El sendero comenzó a serpentear. La casa estaba en lo más alto de la colina, sobre las grandes rocas que dominaban aquel valle solitario y frío. De repente algo apareció de entre los árboles. Steve frenó en seco. Un alce de color marrón oscuro le observó indiferente, después salió del sendero y se perdió entre la espesura.

—¡Joder! ¡Maldita bestia, me ha dado un susto de muerte!

Aquella sensación le agradó. Al menos por unos segundos sus nervios parecían recuperar algo de emoción y expresar un sentimiento, aunque fuera el de rabia.

Continuó diez minutos más antes de llegar a la amplia explanada en la que se encontraba la casa, coronada por un bello jardín rodeado de robles rojos y blancos,

algunos cerezos y una inmensa picea. En un lateral había aparcados un Range Rover Evoque Cabrio, un Toyota Land Cruiser y una furgoneta Ford Ranger de color azul con barro en las ruedas y los guardabarros.

—Ya estamos todos en casa —dijo Steve en voz alta.

Aparcó el coche y escuchó el silencio de aquel lugar apartado del mundo. Pisó la gravilla con sus botas de montaña viejas y sintió el frescor del aire serrano. Estiró el brazo y se colocó el abrigo impermeable de plumas. Después se enfundó la gorra de tela vaquera y se dirigió al asiento trasero para sacar la mochila.

Aquella semana estaban oficialmente en el campo, aunque vivieran en la cabaña más lujosa del estado de Maine, con complejos sistemas de calefacción, comunicación, televisión por satélite y *wifi*.

Steve caminó por el sendero de piedrecitas grises y atravesó el césped mientras observaba los rododendros y violas que rompían los monótonos tonos verdosos y marrones del complejo. En uno de los inmensos árboles del otro lado del jardín habían construido una moderna casa en el árbol, con todos los lujos de una vivienda moderna. Sus amigos le habían comentado que podía trabajar allí si necesitaba algo de soledad aquella semana. No creía que pudiera sentarse a escribir ni una sola letra, llevaba más de tres meses bloqueado. Pero era una buena excusa para separarse del resto del grupo si la angustia y el dolor comenzaban a acecharle de nuevo.

La puerta estaba abierta; empujó con la mano la gruesa hoja y se escuchó un ligero chirrido, después pasos amortiguados en las largas lamas de madera del suelo y el murmullo de voces al fondo del pasillo, a la derecha. Enfrente tenía una escalera de madera y hierro forjado, un perchero ocupado por seis abrigos y varios gorros de montaña. Soltó la mochila en mitad del pasillo y entró por una puerta de madera con cristales opacos. Un amplio salón a dos alturas, con extensos techos de madera, ventanas amplias y luminosas, presidido por una chimenea de piedra gris, le daban al lugar el aspecto de un refugio de cazadores de lujo. En las paredes había símbolos indios, algunos cuadros sobre la colonización del estado y una estantería de casi tres metros repleta de libros sobre la fauna y flora de Maine. En la parte derecha, junto a una terraza, se encontraba una mesa ovalada para doce comensales de madera maciza y un gran armario cerrado. Las escaleras de piedra subían hacia una segunda zona de descanso con amplios sillones a cuadros marrones y amarillos, con mantas colgando de los laterales y revisteros con diferentes publicaciones atrasadas.

Steve escuchó las voces al otro lado del salón, de una puerta de dos hojas justo al lado del desnivel. Caminó tranquilamente hasta la puerta y las voces aumentaron su volumen hasta que pudo reconocer las primeras.

Sus amigos estaban todos reunidos en la cocina con el dueño de la casa, un setentón de anchos hombros, pelo largo y canoso, barba de varios días y botas de agua verdes. El hombre se giró al oír sus pasos y, mirándole de arriba abajo, dijo:

—Usted debe ser Steve Larsson —dijo el hombre con su voz cascada por el tabaco y el alcohol.

—Sí, lamento llegar tarde —dijo mientras echaba una ojeada rápida a todos sus amigos. Mary, Jane y Susan se mantenían en perfecta forma. Aunque Susan achacaba en su cuerpo la maternidad de sus tres hijos, sus profundos ojos azules y su pelo negro y rizado de judía neoyorquina se mantenían intactos. No se podía decir lo mismo de Allan, al que apenas le quedaba ya una pequeña coronilla del pelo rojo y rizado de su juventud. Su rostro regordete y su prominente barriga le hacían parecer mucho mayor, pero su mirada continuaba siendo infantil y alegre. Llevaban veinte años casados y parecían tan felices como el primer día.

Jane era la más atlética de todos. Participaba todos los años en la maratón de Nueva York. Se mantenía delgada y musculosa, pero en su rostro comenzaban a producirse las primeras secuelas de la edad. Su pelo castaño tenía canas esparcidas por la melena corta y lisa; los ojos de un verde intenso estaban ribeteados por unas finas arrugas y sus pómulos salientes comenzaban a deshincharse. Philip parecía un maniquí de ropa de montaña. La melena rubia peinada hacia atrás, la barba pelirroja y sus ojos azul cielo le daban un aspecto de modelo maduro. Su cuerpo delgado parecía encajar a la perfección con cualquier tipo de ropa.

John fue el primero en abalanzarse sobre Steve para estrecharle entre sus brazos. Era el más alto del grupo; de joven había jugado al baloncesto de manera semiprofesional. Sus largas piernas ahora soportaban una inmensa barriga, la única señal de su gordura, ya que los brazos y el rostro eran tan delgados como el día en el que se conocieron en el instituto. El pelo moreno y corto ya no le tapaba la frente, ni le cubría los ojos negros, pero aún no se podía decir que estuviera calvo. Mary siguió a su esposo y le abrazó también. Se conservaba en forma. Era muy alta, pero de formas proporcionadas, nariz aguileña y pelo negro y corto.

—¡Maldito capullo! Siempre tienes que ser el último para hacerte el más interesante —comentó Allan mientras lo continuaba estrujando con los brazos. John le tomó literalmente en volandas. Steve era el más bajo del grupo a pesar de su metro setenta y cinco de altura.

Después de los abrazos, todos se giraron hacia el dueño de la casa que se había mantenido en un segundo plano esperando a que terminasen los saludos.

—Creo que ya les he enseñado toda la casa y les he explicado las normas. Tienen un generador de gasoil independiente con combustible para más de una semana, leña en la parte trasera de la casa, señal de Internet, aunque no tenemos teléfono. En la zona no hay cobertura, pero pueden mandarme un *e-mail* y estaré aquí en una hora más o menos.

Larry Hartzenbusch cerró su ojo derecho y la cicatriz de esa parte de la cara se acentuó un poco. Parecía el típico pueblerino solitario, pero se movía como un hombre de mundo. Steve sabía que las apariencias podían engañar. Su oficio como escritor le había enseñado un par de cosas sobre las personas y lo que aparentaban ser.

—Bueno, no quiero robar más de su precioso tiempo. ¿Sabe que una vez conocí a su colega Stephen King? Ha estado en Clayton Lake para inspirarse para algunos libros sobre esta zona. No puedo negar que el puto condado de Aroostook es el culo del mundo, pero es un culo muy bonito. ¿No le parece?

—¿Esa cicatriz se la hizo en la guerra? —preguntó Steve de una forma tan indiscreta que apenas había terminado la frase y ya se había arrepentido de comenzarla.

—Desde que estuve en el ejército ha habido muchas guerras, pero hubo una maldita guerra que todo el mundo recuerda, Vietnam. Soy veterano, pero no es algo de lo que voy presumiendo por ahí. Prefiero dedicarme a cazar, pescar, arrendar esta casa y olvidarme de lo que pasa al otro lado de estos bosques.

—Buena elección —dijo John moviendo su gran cuerpo hasta el hombre—, ya me gustaría a mí vivir aquí y olvidarme de mis clases, horarios y alumnos, que cada año vienen más prepotentes y tocapelotas.

—Si quieren cazar o recorrer algunos senderos les recomiendo que lo hagan antes del miércoles. Se avecina una tormenta para finales de semana... si es que no llega hoy mismo —comentó el hombre observando el cielo.

—Pero eso es imposible. He mirado los informes meteorológicos desde hace quince días y pronosticaban sol y altas temperaturas para toda la semana —comentó Philip.

—Ustedes verán, ya les he advertido. Si la cosa se pone fea tienen una moto de nieve en el trastero de detrás de la cocina. No creo que las comunicaciones se corten, pero hay una reserva de latas de comida, leche en polvo y otros manjares postapocalípticos. El domingo por la mañana regresaré para preparar la casa para el invierno. No creo que nadie venga aquí en una larga temporada.

Larry Hartzenbusch hizo una mueca que aparentaba ser una sonrisa; se colocó una gorra con orejeras cubierta de borrego blanco y salió de la cocina en dirección a la entrada principal.

Los amigos aún tardaron unos segundos en reaccionar, como si quisieran asegurarse de que estaban completamente solos. Después hicieron un círculo y entrecruzaron los brazos.

—¡A por ellos, que son pocos y cobardes! —gritaron al unísono.

Aquella frase les había servido para enfrentarse a la dura vida de los ochenta en Nueva York, cuando la delincuencia y la droga parecía desintegrar la metrópoli poco a poco.

—Te has pasado con el viejo —comentó John algo molesto.

—¿Por qué? Lo único que le he preguntado ha sido si participó en alguna guerra —dijo Steve encogiendo los hombros.

—No cambiarás nunca —contestó Jane dándole un fuerte abrazo.

Salieron a buscar las cosas y las mujeres distribuyeron las habitaciones. A él le tocó una de las que daban a la fachada principal. Tenía el suelo, las paredes y el techo

de madera. Las camas eran de forja pintadas de negro y con mesitas a juego con el resto de la decoración rústica. Las ventanas parecían de madera, pero únicamente la imitaban; sus gruesos cristales aislaban del frío y el ruido de una manera casi hermética. Cuando dejó la mochila en un armario empotrado cuya única puerta era una larga cortina de flores marrones, no pudo evitar pensar en Ruth y Jim. Se intentó quitar esa idea de la cabeza y tras ojear entre los visillos de la ventana la hermosa vista hacia la casa del árbol y la entrada principal, se tumbó en el grueso edredón de color marrón claro y cerró por unos segundos los ojos. Tal vez debería abandonar Brooklyn y retirarse a un lugar como aquel. En su antiguo hogar todo le recordaba a ellos. Muchas veces sentía que se volvería loco si continuaba recordándoles, pero otras veces temía olvidarse de ellos. Suspiró, puso las manos detrás de la cabeza e intentó descansar un poco antes de regresar con sus amigos. Necesitaba tomarse un respiro y dejar que las lágrimas se secaran para poder enfrentarse a las preguntas que sin duda le harían. Llevaba bastante tiempo sin comunicarse con ellos y deseaban saber cómo se encontraba.

Philip subió las tres maletas a la vez, pero cuando las dejó ruidosamente en el suelo de su habitación una de ellas aterrizó directamente sobre sus caras botas de montaña. Aulló y maldijo durante unos segundos ante la mirada divertida de Jane. No estaban pasando una buena racha. Su marido era una especie de Peter Pan pijo que se negaba a admitir el paso del tiempo y la llegada de la madurez. El bróker de la bolsa de Nueva York no era ninguna excepción, o al menos eso era lo que pensaba su esposa. Eran la única pareja entre sus amigos que aún continuaba junta. Jane había tenido que aguantar muchas cosas a su marido, aunque lo que más le costaba soportar era que él siempre la pusiera en el último lugar. Philip llegaba tarde del trabajo, pero no porque dedicara más tiempo que ella; simplemente era incapaz de dirigirse directamente a casa sin pasar antes por media docena de bares y tomar algo con sus amigos. Al principio pensó que su pareja se había convertido sin darse cuenta en un alcohólico, pero a lo único que era adicto Philip era así mismo y a su pequeña corte de amigos que dependían de él para todo.

Jane ya no espiaba los mensajes de su móvil. Estaba cansada de leer las docenas de mensajes de amigos y amigas pidiéndole consejo. ¿Por qué todo el mundo pedía ayuda a Philip? No lo entendía. Su marido era un verdadero desastre comunicando sus sentimientos y escuchándola, pero ponía los cinco sentidos en ayudar a los amigos de bar o del trabajo.

—¿De qué te ríes? Me he hecho daño.

—Bueno, al menos ahora tienes una buena excusa para tomarte una copa antes de la doce del mediodía. Es la única norma que tenía tu padre que aún respetas — contestó Jane intentando no estropear su buen humor. Llevaba meses pensando en aquella quedada y no iba a permitir que nadie se la chafase.

—Al menos hay algo que me hace sentir placer...

Aquella pulla era un verdadero golpe bajo. Él sabía perfectamente sus dificultades con el sexo, pero eso no le daba derecho a tratarla como una mierda.

—Hay hombres que simplemente son incapaces de que sus mujeres disfruten, en lugar de dar tantos consejos a esos malditos...

Susan asomó la cabeza por la puerta de la habitación e intentó frenar la pelea antes de que fuera a mayores. No era la primera vez que en una reunión Philip y Jane salían tarifando, pero aquel viaje era especial. Celebraban sus treinta años como amigos y ahora que Steve había perdido a su familia debían apoyarle al máximo y olvidarse de los problemas.

—Chicos, controlaros. Ya sabéis que Steve no se encuentra bien. Deberíais ser conscientes de la suerte que tenéis de estar juntos, no vamos a vivir aquí eternamente.

Susan tomó del brazo a Jane y la sacó de la habitación. Philip se limitó a poner su maleta sobre una silla y comenzar a colocar sus cosas mientras las dos mujeres volvían a la planta baja para prepararse un té.

—A veces no le soporto.

—Lleváis igual desde el instituto, pero esta semana tenéis que portaros bien.

—Tú tienes mucha suerte. Una casa de verdad, niños, y Allan parece humano, no como ese capullo.

—A veces las apariencias engañan.

Se acercaron a la cocina y pusieron agua a hervir en una tetera antigua. Jane intentó poner en marcha la sofisticada vitrocerámica; al final su amiga tuvo que ayudarla a dar con el botón correcto.

—Cada vez hacen más complicadas estas máquinas —se excusó Jane.

—La verdad es que deberías pedir menos comida china y cocinar un poco más. Esta noche tengo pensado hacer una receta nueva y he traído una tarta de arándanos.

—Yo no tengo tanto tiempo como tú para cocinar. Desde que comenzó la crisis no hemos parado. Es casi un milagro que Philip y yo sigamos trabajando en lo mismo. ¿Sabes cuánta gente queda aún en Wall Street de los compañeros que empezaron con nosotros?

—Imagino que sois los abuelos de la bolsa. No sé qué manía es esa de que la gente tiene que tener menos de treinta años para hacer bien su trabajo.

Jane asintió con la cabeza, Susan tenía toda la razón del mundo. Ella creía que era un efecto de la tecnología. La gente había asociado lo nuevo con lo mejor y los cuarentones no eran la última versión mejorada de humanoide.

—¿Cómo están los niños?

—Bueno, Elisabeth ya no es una niña, te lo aseguro. El otro día la pillé con su novio en la habitación haciendo manitas. Prefiero no pensar hasta dónde ha llegado. Cuando se trata de tu hija te vuelves muy conservadora. No sé por qué.

—Me imagino que sucede lo mismo que cuando te imaginas a tus padres haciéndolo.

Las dos hicieron un gesto de repugnancia y en ese momento la tetera comenzó a bufar con fuerza. Susan la sacó del fuego, puso un par de bolsas y lo dejó reposar un rato.

—¿Cómo es la vida de ama de casa? A la mayoría de la gente de la oficina les parece que es poco más que una especie de esclavitud moderna.

—En cierto sentido lo es —bromeó Susan—, si nos centramos en el horario y el agradecimiento de la gente a la que sirves, pero te aseguro que no lo cambiaría por nada del mundo.

—¿No te da miedo no poder volver a incorporarte al mercado laboral cuando el pequeño sea más grande?

—Me aterroriza —contestó Susan agitando las manos—, pero temo aún más que dentro de veinte años no sepa quiénes son mis hijos ni por qué he perdido la mayor parte de mi vida trabajando para una empresa que me dará una patada en cuanto cumpla los cincuenta y cinco años.

Jane no podía estar más de acuerdo, pero no se atrevía a dar aquel paso. A veces pensaba que Philip lo que realmente necesitaba era tener un hijo, sentar la cabeza y dejar de pensar tanto en sí mismo, pero por otro lado cabía la posibilidad de que todo aquello hiciera que las cosas empeorasen aún más. Además, ¿qué haría ella si perdía su trabajo? ¿Cómo podría enviar al diablo a su marido cuando llegaba tarde o se olvidaba de un aniversario si él era el único que llevaba el dinero a casa?

—Todas nuestras madres dedicaron la mayor parte de sus vidas a nosotros, pero apenas pudieron disfrutar de las suyas —comentó Jane para intentar convencerse de que estaba haciendo lo correcto.

—¿Cuántos empleados dedicaron todo su tiempo a trabajar y no fueron capaces de disfrutar de la vida? Eso que ahora llamáis trabajo es la verdadera esclavitud moderna. Por Dios, ¿cuántas horas trabajo al día? ¿Doce, catorce...?

—Casi aciertas —dijo Jane tomando el té y sirviéndole en dos tazas de flores de colores pastel. Después se dirigió al otro lado de la cocina y se entretuvo levantando el papel de aluminio que cubría la tarta de su amiga.

—Eso es para esta noche, golosa.

—Pero... Aunque tienes razón, me estoy poniendo como una vaca.

—Por favor, Jane. Estás hecha un esqueleto. Esto es carne de verdad —comentó Susan agarrándose de los *michelines* disimulados con la blusa ancha.

—Estás estupenda.

Las dos amigas se dirigieron al salón y se sentaron en los sillones. Desde la parte alta se divisaba el resto de la estancia y por las cristaleras veían con toda claridad el bosque en calma.

—Es precioso —dijo Susan mientras se calentaba las manos con la taza.

Jane se tapó con una de las mantas. No eran las once del medio día y ya se notaba el frescor. En Nueva York aún hacía calor, aunque en los últimos años habían sufrido nevadas importantes por aquellas fechas. Cuando vivías en Manhattan en ocasiones te

olvidabas de que el mundo era mucho más de lo que había en la Gran Manzana. Aquel era el sitio que habían elegido para vivir, el centro del mundo, donde todas las ambiciones iban a saciarse, pero también era un lugar demasiado estresante para envejecer. La ciudad era una devoradora atroz de sueños y planes, aunque a ellos no les había ido del todo mal. Philip y ella eran dos supervivientes, una especie casi en extinción. A veces tenían la sensación de que el estrés, el tráfico y la contaminación los estaba matando poco a poco, pero al mismo tiempo les hacían más fuertes. Lo realmente preocupante era que ya no le preocupaba. Se sentía muy cansada de aquella vida. Su trabajo, uno de los más frenéticos de la ciudad, apenas la estimulaba. Jane pensaba que debían dar un giro radical a sus vidas antes de que la monotonía terminara devorándolos por completo.

John encontró a Steve en la cabaña del árbol. Cuando se acercó a él sigilosamente se asustó un poco. Su amigo parecía estar en una especie de trance, como si su mente se encontrase muy lejos de allí, a pesar de que su cuerpo permanecía en el pequeño salón de la casa. Al principio se limitó a ponerse detrás de su amigo y observarle un rato. Parecía como sonámbulo, pero en todos aquellos años nunca había escuchado que Steve lo fuera, ni le había visto en aquel estado. No era difícil imaginar por el calvario por el que estaba pasando su amigo. Mary y él tenían dos niñas preciosas de doce años. Eran gemelas, no podían estar la una sin la otra; para ellos eran el mayor regalo del cielo.

Se aproximó un par de pasos y se situó enfrente de su amigo, pero este continuaba en estado catatónico. A pesar de tener los ojos abiertos, el cuerpo le temblaba levemente. Tenía la espalda muy recta, con las piernas cruzadas, como si estuviera meditando. Seguramente el estado de su amigo era a consecuencia de la medicación que estaba tomando para superar la muerte de Ruth y su hijo Jim. Aquel muchacho, Dios mío, era extraordinario. A pesar de estar tan lejos de su amigo, todos los veranos veía a Ruth y Steve. Mary y él iban con toda la familia para visitar a su madre. Ya tenía casi noventa años y, aunque estaba muy bien de salud, su mente y su cuerpo parecían marchitarse por momentos. Alice había fallecido hacía apenas tres meses y aún lamentaba su muerte. No quería ni imaginar el dolor experimentado por su amigo.

John se agachó. Su molesta barriga le dio un vuelco, pero no le hizo caso. Debía bajar de peso de manera urgente, pero la comida y la nicotina eran las dos únicas cosas que le proporcionaban un gran placer y que podía hacer sin contar con la otra persona. Puso las manos sobre las piernas de su amigo e intentó despertarlo con suavidad, como había leído en internet. No era bueno despertar a un sonámbulo bruscamente.

—Steve, ¿me escuchas? ¿Te encuentras bien?

Su amigo no reaccionó. Continuaba temblando, con la vista perdida en el horizonte y con la frente perlada por el sudor. Llevaba puestas las botas y un chaleco sobre una camisa a cuadros. John observó el peso que había perdido en los últimos meses y cómo había cambiado su aspecto. El pelo castaño ahora estaba casi totalmente blanco, más largo a los lados que en el flequillo; llevaba una barba de varios días y tenía la cara delgada, con arrugas finas que no afeaban su rostro infantil, sino que más bien le hacían parecer más interesante. El cabrón de Steve era el más exitoso de todos ellos, a pesar de que Philip era multimillonario gracias a sus chanchullos en la bolsa, Allan había creado una empresa de informática de las más exitosas de la costa oeste y él era profesor de literatura en la Universidad Estatal de Los Ángeles junto a Mary.

—Me estás asustando, ¿qué te pasa?

John sacudió levemente a su amigo, que era lo mismo que decir que un huracán sacudió levemente la ciudad de Nueva Orleans. Sus brazos aún eran musculosos; su pasado de deportista y una formidable fuerza no parecían haber desaparecido del todo después de todos aquellos años.

Steve movió la cabeza y el resto del cuerpo como si estuviera profundamente dormido, pero no hizo amago de despertar. Su amigo comenzó a preocuparse y cuando estaba a punto de ponerse de pie para ir a pedir ayuda, este balbuceó unas palabras casi ininteligibles.

—... Todos tenemos que morir, lo único que importa es el cuándo y el cómo...

—¿Qué dices? ¿Te encuentras bien? —preguntó John notando cómo sus piernas temblaban.

La luz de los ventanales comenzó a opacarse de repente. Unos grandes nubarrones tupieron por completo el cielo, y el tapiz azul oscuro de la última media hora se transformó en un gris oscuro escarlata. John sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda hasta llegar a la nuca.

—Todos tenemos que morir, lo único que importa es el cuándo y el cómo...

Steve repitió su letanía tres veces seguidas, con una voz gutural y después se cayó hacia atrás, perdiendo el conocimiento por completo.

UNA TARDE TRANQUILA

John prefirió no hablar del incidente. Por un lado, no quería alarmar al resto del grupo, pero por otro aún no entendía qué le había sucedido a su amigo. Él no era especialista en trastornos mentales, pero aquel comportamiento le olía a estrés postraumático. Mucha gente no lograba superar la muerte repentina de un ser querido, y mucho menos de la forma en la que Steve había perdido a toda su familia. Su amigo se había quedado completamente solo en el mundo, sin padres, esposa ni hijo. Ellos eran lo único que le quedaba, como un pequeño cordón umbilical que le unía con el mundo y que parecía a punto de partirse. Steve vivía la mayor parte del tiempo en mundos imaginados por él y ya nada parecía atraerle hacia una realidad tan dolorosa.

Philip se acercó a él con una cerveza y se la ofreció. John estaba a cargo de la barbacoa mientras Susan y Jane preparaban las ensaladas. Mary descansaba tumbada al poco sol que se había atrevido a salir a la una de la tarde y Steve se había ido a correr un poco acompañado de Allan. A Susan no le había parecido una idea muy prudente; el sobrepeso de su marido no era un buen aliado del deporte descontrolado, pero sabía que a los hombres les gustaba comportarse como gallitos delante de sus amigos.

—Esta cerveza holandesa está de diez —dijo John apurando la lata. Para él la cerveza seguía siendo uno de los mayores placeres del día, aunque sus amigos en los últimos años se habían pasado al vino francés, español y chileno.

—No te lo niego, sobre todo con este bochorno que se ha puesto de repente. El tiempo está loco. Hace un par de horas hacía frío y parecía que iba a llover y ahora el calor es agobiante.

—De eso tienen la culpa las malditas empresas energéticas y automovilísticas, que no quieren que el mundo se mueva con energía limpia. Todo es especulación, jodida especulación.

Philip frunció el ceño, pero volvió a dar un trago antes de contestar. No era sencillo ser amigo de un profesor de literatura, un escritor y un programador informático. Los tres con sus esposas eran unos izquierdistas de boquilla, que no hacían sino criticar el sistema, aunque vivían muy bien de él. Aquella postura era muy común entre la alta burguesía de Nueva Inglaterra y algunas zonas de California.

—Ahora la bolsa china, después las emergentes... los especuladores siempre están buscando a quien joder.

—Está claro que el mundo únicamente puede salvarse por la literatura —bromeó Philip para no entrar al trapo.

—Todas esas guerras, los refugiados... todo forma parte de la misma mierda. El negocio de armas, la especulación, los precios del petróleo...

—¿A lo mejor el resto del mundo es culpable de algo? Imagino que los terroristas del ISIS no actúan por orden de la CIA.

—Pues sí, listo. Fueron ellos los primeros...

—¡Es increíble! —bramó indignado Philip—. *Yes, We Can!* ¿Qué ha hecho vuestro presidente por el país?

—¿Desde cuando te has vuelto republicano? ¿No me dirás que apoyas toda la mierda esa de la ultraderecha? —preguntó John mientras colocaba las primeras hamburguesas en la parrilla. Al lado había alitas de pollo, filetes de ternera y salchichas frescas.

Jane dejó una de las ensaladas en la mesa de madera junto a la barbacoa y desde allí le gritó a su marido:

—¡Deja en paz a la gente con tus ideas reaccionarias! ¡Donald Trump a tu lado parece un revolucionario!

—¿Quién te ha dado a ti vela en este entierro? ¿Ya no puedo hablar con mi amigo de lo que me dé la gana?

—Tranquilo —dijo Jane levantando las manos y dirigiéndose de nuevo a la cocina.

Mary bajó las gafas de sol con un dedo y observó a los dos hombres por unos instantes.

—¡Dios mío! Cuando daño hace el paso del tiempo a los hombres. ¿Os habéis olvidado de cuando os manifestabais contra Bush y su política en Oriente Medio?

—Eso es otra cosa —dijo Philip, que comenzaba a comprender que la conversación estaba perdida. Todos sus amigos, incluida su acomodada mujer, preferían creer que ser progresista consistía en criticar el sistema, aunque todos ellos vivieran como verdaderos millonarios.

John quiso calmar un poco las cosas y comenzó a hablar de fútbol americano. Su amigo era un verdadero fans de los Giants de Nueva York.

—Este año vamos a ganar, te lo aseguro —dijo Philip cambiando el semblante. Su sonrisa dulce y calmada volvió a cubrir su rostro, disipando las nubes tormentosas de los últimos minutos.

Comenzaron a sacar los primeros platos de la parrilla. Aún no había llegado Allan y Steve. Si tardaban diez minutos más la comida se enfriaría.

Lavaba la lechuga en un gran cuenco debajo del grifo de la cocina mientras su amiga Jane iba y venía a la mesa de afuera. Mary, como siempre, se tiraba a la bartola en lugar de echar una mano y eso la ponía frenética.

—Me hierva la sangre tanta pasividad —dijo Susan arrugado la frente. Su cara pecosa borró la sonrisa casi permanente de su rostro e hizo que Jane reaccionara a sus

palabras.

—Mary se pasa el día en la universidad y cuidando a las gemelas, imagino que el barrigón de John no le ayuda mucho.

—Pues aquí siempre parece muy dispuesto y ella está tumbada toda la mañana.

Jane sonrió y abrió un par de latas más para acompañar a la carne. Unas sardinas, guisantes y maíz dulce, desengrasarían en parte las tuberías de aquellos cuarentones repletos de colesterol.

—Únicamente son unos días. Seguro que por la noche se esfuerza un poco más —la excusó Jane.

—¿De qué hablan de los chicos?

—Adivínalo.

—¡De política! No saben hablar de otra cosa.

—Además mi maridito es cada vez más retrogrado. A veces me pregunto con quién me he casado. Por el día se pasa echando una mano a todos sus amigos, defendiendo a las minorías y apoyando a obras benéficas, por la noche se pone las noticias de la Fox y parece un ultra blanco de pueblo.

—Será la crisis de los cuarenta —comentó divertida Susan.

—¿La crisis de los cuarenta? Pero si todos están rondando los cincuenta.

—Estamos rondando los cincuenta, querida. Que seas la más joven del grupo no quita que también tengas cuarenta años —comentó Susan para tirar de la lengua a su amiga.

—Sí, es cierto. Fui la última en unirme a este exclusivo club. Philip me conoció en la universidad y no soy de Brooklyn. He cometido todos los pecados que no serán perdonados —dijo Jane en una especie de retahíla.

—Y yo soy judía, no lo olvides. Todos vosotros sois buenos católicos y presbiterianos.

—Ninguno de nosotros ha pisado una iglesia desde los doce años —dijo Jane, que tampoco había ido a una sinagoga.

—Rica, te olvidas de que me casé en St. Aloysius, una de las más bonitas del barrio.

—Tu marido es ateo, tu judía. No creo que eso cuente allí arriba —dijo Jane señalando con el dedo el techo de la cocina.

Las dos se echaron a reír. Llevaban seis meses sin verse, pero cada vez que se encontraban volvían a sentir la misma empatía que la primera vez que se vieron en un *pub* del barrio. Philip en aquel entonces era un hortera integral, con esas camisas de cachemir y sus pantalones de franela.

—Las cosas han cambiado mucho —dijo Jane rememorando en su mente los buenos tiempos. Cuando únicamente debían preocuparse de ser felices, soñar con un gran futuro y viajar.

—No habéis logrado...

—Lo cierto es que no lo intentamos mucho. Desde que quiero quedarme embarazada parece que él ha perdido todo el interés por el sexo.

—Miedo escénico. Quiere ser el único bebé que haya en esa casa... —bromeó Susan.

—Sí, pero las cosas no van bien. No somos una familia; a veces ni siquiera una pareja. No hacemos muchas cosas juntos, vivimos cada uno en nuestras circunstancias sin que el otro sepa qué pasa realmente.

—Un niño puede unir mucho...

—O joderlo todo, ya lo sé. Pero es mi última oportunidad. Ahora o nunca, después de los cuarenta y cinco no me lo puedo plantear siquiera.

Susan entendía perfectamente a su amiga. Aunque en muchos casos las mujeres no parecían sentir una necesidad biológica de tener hijos, ella sí había experimentado ese deseo al poco de casarse. Los primeros años logró compatibilizarlo con el trabajo. Ahora era una verdadera ama de casa, para muchos una *maruja*, pero disfrutaba de lo que hacía, aunque su marido a veces le recordara que era él quien traía el dinero a casa. Allan podía ser un encanto, pero también su ironía podía destrozar poco a poco a cualquiera.

Los ojos de Jane se aguaron y su amiga dejó lo que estaba haciendo, la abrazó y después con un tono suave le dijo:

—Todo se arreglará. Lleváis toda la vida juntos, todos pasamos por periodos. Seguramente él se da cuenta de que cada vez se parece más a su padre y, como la mayoría de los hombres, le molesta convertirse en lo que ha odiado toda la vida.

—Será mejor que lleve todo esto fuera —dijo Jane, secándose las lágrimas con una servilleta. No soportaba sentirse vulnerable, pero Susan no contaba; eran amigas y la coraza de seguridad que llevaba puesta todo el día no funcionaba con ella.

Allan se inclinó hacia delante y comenzó a respirar con dificultad. Sabía que no era una buena idea irse a correr con Steve, pero lo veía tan apagado y triste que pensó que sería un buen momento para estar solos y charlar. De lo que no se había dado cuenta era de que cuando te quedas sin aliento debido al ritmo de la carrera, lo último que puedes hacer es abrir la boca.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Steve apoyando la mano en el hombro de su amigo—. No fue buena idea salir a correr. Nos hemos alejado mucho y seguramente nos están esperando para almorzar. Es muy tarde.

—Déjame un minuto —contestó Allan levantando la mano.

Su barriga caída sobre los muslos parecía pesar más que nunca; tenía calambres en las piernas y apenas podía respirar. Después de aquel viaje dejaría los dulces, las carnes rojas y las salsas. Tenía que comer mucho fuera de casa para cerrar negocios pero, qué diablos, en los restaurantes de cinco tenedores también servían ensaladas y fruta.

—¿Quieres un poco de agua?

—No Steve, en un minuto me recuperaré. Hace cuatro años que no corro, me paso todo el tiempo de cena en cena de negocios. Debo bajar de peso urgentemente.

—Es culpa mía. Desde que... —Steve no se atrevió a terminar la frase—, salgo todos los días a correr una o dos horas. He perdido doce kilos, hacer algo de ejercicio me ayuda a no pensar.

—Ese siempre ha sido mi problema. Los gimnasios me parecen lo más aburrido del mundo. Toda esa gente enseñando palmito y la música a tope. Para ver culos es un buen sitio, pero antes tienes que dejar el cerebro en la entrada.

Allan se incorporó por fin. Debían estar a unos cinco kilómetros de la casa. La ida había sido más fácil, pero la vuelta era cuesta arriba. En el camino habían visto ciervos, un alce y alguna ardilla roja terminando de recolectar comida para el invierno. Al único animal que no tenía interés de ver de cerca era al oso negro.

—¿Continuamos? Prometo ir más despacio —dijo Steve sonriente. Ahora se alegraba de haberse animado finalmente. Aquella era la única familia que le quedaba. Al ser hijo único, de padres sin hermanos, no tenía a nadie en este mundo sobre el que apoyarse. Bueno, quedaban los padres de Ruth, pero desde lo sucedido no habían vuelto a hablar con él, como si le culparan en parte de la muerte de su hija y su único nieto. Él mismo se sentía también responsable. Tenía algunos fans que le acosaban, muchos le insultaban en las redes sociales, pero nunca había pensado que pudieran ser peligrosos. ¿Quién iba a imaginar una cosa así?

—¿Estás bien? —preguntó Allan al ver la mirada perdida de su amigo.

Ahora que subían la colina a un ritmo más tranquilo, Allan notaba que respiraba con cierta normalidad y que sus músculos comenzaban a acostumbrarse al esfuerzo.

—Sí, a veces mi cabeza no puede dejar de pensar.

—Lo mismo me pasa a mí, sobre todo por las noches antes de dormir. Tengo que repasar todo el día en mi cabeza y planificar lo de la siguiente jornada. Susan, en cambio, en cuanto pone su linda cabeza sobre la almohada se queda frita.

—Tres niños agotan mucho.

—Eso es verdad, pero imagino que tiene la conciencia más tranquila que yo. A veces en el mundo de los negocios uno tiene que hacer ciertas cosas... pero bueno, no quiero liarle. Tú ya tienes lo tuyo.

Se sentía como un verdadero estúpido. Había decidido salir a correr para escuchar a su amigo y consolarle, pero su bocaza comenzaba a hablar y tenía que desahogarse con alguien. Todavía sentía como la culpa le carcomía por dentro. Su mala conciencia no le dejaba descansar.

Todo había ocurrido de repente, como suelen ocurrir ese tipo de cosas. Estaba de viaje en Atlanta. Su empresa iba a ofrecer un nuevo *software* a la CNN y las cosas marchaban muy bien. Por la noche fueron a cenar a un restaurante al norte de la ciudad, muy cerca de su hotel. Al salir unas chicas guapísimas vestidas de *cowgirls*, con unos pantalones cortos minúsculos y la camisas anudadas por encima del

ombbligo les invitaron a tomar una última copa en un local cercano. Dos horas más tarde, completamente borracho, estaba encima de una chica pelirroja de poco más de veinte años, frotando su inmensa barriga con su cuerpo joven y cálido. Entonces sintió una especie de rabia que la nacía de lo más profundo de su corazón. No entendía cómo podía estar haciendo algo así a Susan y los niños. Miró el rostro angelical de la joven y puso sus grandes manos sobre el cuello de la prostituta y comenzó a apretar. La chica intentó librarse de aquellos dedos que rodeaban su cuello, pero no lo consiguió. Afortunadamente, Allan volvió en sí, soltó a la chica y esta se puso en pie y medio desnuda intentó salir de la habitación. Él la retuvo, se disculpó, pero después la amenazó si contaba lo sucedido a alguien. Le dio trescientos dólares de regalo y rezó para que la chica no abriera la boca. Desde entonces, la imagen de los ojos desorbitados de la chica y su cara de pánico le acosaban cada noche, aunque lo que más le horrorizaba es que se sentía excitado.

Cuando divisaron la casa a lo lejos y les llegó el aroma de la carne a la brasa, sus estómagos rugieron y sus mentes comenzaron a calmarse un poco.

Desde la distancia, la gigantesca cabaña de troncos parecía una especie de arca en mitad del un océano de árboles. Steve se acordó de Noé y sus hijos, salvados de su generación y destinados a repoblar el mundo tras su travesía en aquel barco mítico y simbólico en el que había salvado la vida animal del planeta. En aquella casa estaban los restos de su mundo. No le quedaba nada al otro lado de los hermosos y frondosos bosques de Maine. Pensó por unos instantes que no le importaría quedarse allí para siempre. Su colega Stephen King había descubierto el filón literario que poseía aquella región. Para él podía convertirse más en un refugio espiritual. Sus libros de terror, misterio y suspense transcurrían casi siempre en Nueva Jersey, el centro de paletos oficiales de la ciudad de Nueva York. La tierra mítica de todos sus padres, que deseaban dejar atrás los barrios y tener su propio jardín, su barbacoa y disfrutar del atasco de los lunes por la mañana.

El único lugar en el que el terreno se despejaba en parte era frente a la casa. En el lateral izquierdo, muy próximo a la casa del árbol, había una explanada con el suelo de piedra. Había una gran mesa redonda de madera, incrustada en el suelo por un pilar de granito, y la inmensa barbacoa de obra, con una pequeña barra; varios pinos daban una sombra agradable a aquella hora de la tarde.

El grupo ya les esperaba sentado. John tenía dos latas de cervezas aplastadas a su lado y una fuente de nachos; Susan y Jane les miraron con el ceño fruncido, mientras Mary se limitaba a beber pequeños sorbos de la botella de vino tinto. Al que no se veía por ninguna parte era a Philip.

—Sentimos el retraso —dijo a modo de disculpa Steve.

De la frente le caían gotas de sudor; se limpió con la manga del chándal y bebió un vaso de agua. Allan tenía la cara morada, le faltaba el aliento y sus delgadas piernas temblaban.

—¿No os iréis a duchar ahora? —preguntó Susan mirando directamente a su marido.

—No, pero dadnos un segundo para cambiarnos —suplicó Steve con las manos juntas.

—¡Rápido! —gritó Jane a los chicos, que se dirigieron directamente a la casa.

Steve se cruzó con Philip, que se había cambiado la ropa para aguantar el calor que había llegado un par de horas antes. Parecía afanado mirando algo en el móvil.

—Esta red *wifi* es una mierda —comentó al cruzarse con él.

—Deja esa maldita máquina, estamos aquí para desconectar —comentó Steve.

Al pasar al lado vio en la pantalla un video con una cara ensangrentada, pero se borró de repente.

Cinco minutos más tarde los siete estaban sentados a la mesa. La comida estaba excelente, el vino exquisito y la conversación fue tan agradable que se prolongó durante varias horas. Todos sintieron que tras los primeros roces del día su amistad volvía a florecer una vez más, superando el tiempo, sus diferencias y las adversidades que el destino había puesto en cada uno de sus caminos. Steve tomó su tercera copa de vino y, seguramente por el efecto del alcohol, experimentó una paz que llevaba meses sin sentir. Fugazmente le pasó por la mente dónde se encontraría su familia. La fe de su juventud parecía casi extinguida. Tras el fallecimiento de sus padres había decido dejar de creer, pero ahora que debía enfrentarse de nuevo a la evidencia de la muerte sus dudas comenzaban a aflorar. Miró a las nubes que comenzaban a acercarse de nuevo por el horizonte y su mente se comenzó a nublar como el cielo de aquella tarde soleada.

LA PRIMERA CENA

Aún no llevaban veinticuatro horas juntos y el tiempo se había detenido, como si de alguna forma hubieran regresado a 1984. El mundo había cambiado mucho desde entonces; ellos también lo habían hecho. El paso del tiempo era inevitable para todos. Ya no tenían catorce años y tampoco soñaban con el futuro. Se encontraban tan saciados de realidad que les parecía casi imposible ser una cosa distinta de la que ya eran. Tal vez Steve fuera el único capaz de reinventarse cada década, pero la muerte de su esposa le había cercenado de repente las ganas de vivir.

A los veinticuatro años Steve había terminado su carrera de publicidad y había encontrado un buen trabajo al otro lado de la bahía. Para la mayoría de la gente tener un trabajo en Manhattan, aunque fuera vendiendo salchichas en un carrito, era poco menos que un símbolo de triunfo. Cada mañana se vestía con un traje barato y cruzaba en el *ferry* hasta el sur de Manhattan; después tomaba el metro y se dirigía a la Quinta Avenida, a uno de esos gigantescos dinosaurios de cristal que devoraban miles de trabajadores cada mañana para expulsarlos a las seis de la tarde de vuelta a la periferia. Aquel trabajo mal pagado de media jornada le sirvió para casarse con Ruth. Llevaban tres años de novios y cuando ella logró un empleo en un Dunkin' Donuts arreglaron un viejo apartamento en Brooklyn y se casaron al poco tiempo. Fueron los primeros en romper la veda. Philip y Jane llevaban muy poco tiempo juntos, John y Mary no parecían tener prisa en casarse. Allan viajaba mucho debido a su trabajo vendiendo rodamientos para maquinaria industrial, mientras Susan terminaba la carrera de Derecho.

Cuando todos llegaron a los treinta años sus vidas se habían convertido en una especie de interminable sucesión de hechos inevitables. Tener hijos, estabilizarse en un buen trabajo, comprar una hermosa casa y esperar a la jubilación treinta años más tarde. Steve no era de esos. Al cumplir los treinta y cinco se despidió de su agencia, de la que era uno de los socios principales, y anunció a todos que dedicaría el resto de su vida a escribir. Sus amigos pensaron que era una de las locuras de Steve, pero que le saldría bien. Su amigo era tozudo, audaz y tenía talento. Ruth le apoyó en todo; al fin y al cabo, su trabajo como enfermera les daba un colchón en el caso de que se pegaran el hostión del siglo.

Steve había triunfado a los cinco años de dedicarse a la escritura. Escribió una serie con uno de sus personajes fetiches. Después llegó el cine y la traducción de sus obras a veinte idiomas.

Todos envidiaban a su amigo, al menos en el sentido de tener los cojones de negarse a envejecer sin poder mirarse a la cara mientras se afeitaba. Ahora la vida de

su amigo se había disuelto como un terrón de azúcar en un poco de leche templada. Ellos debían ayudarlo a recomponer los pedazos.

La digestión fue muy pesada. A partir de los cuarenta cualquier tipo de exceso se pagaba con molestias físicas de todo tipo, pero con un poco de *whisky*, unos licores para ellas y mucha agua llegaron a la hora de la cena lo suficientemente relajados como para preparar algunos sándwiches de pavo y lechuga.

Durante las últimas horas apenas se habían separado. No se habían formado los típicos grupos ni tampoco ninguno de ellos se había puesto a mirar su teléfono o tableta. Llevaban muchos meses sin verse y los temas a hablar parecían interminables.

—Nosotros hacemos los sándwiches —anunció con una sonrisa Philip, que parecía mucho más relajado que por la mañana.

Las mujeres aceptaron con agrado. Además de hacían todo el trabajo duro en sus casas, así podían conversar a sus anchas sin sus maridos delante. Cuando los hombres dejaron el salón lo primero que sintieron ellas fue que les faltaba Ruth.

Su amiga había sido una testaruda y algo independiente, pero para todas ellas, de alguna manera, se había convertido en el modelo a seguir. Ruth era enfermera en el Hospital Roosevelt de Manhattan, un hospital sencillo, al lado de la Universidad de Columbia. Ruth había pasado de ser una becaria a convertirse en la enfermera jefe, aunque eso no le impedía seguir trabajando como la que más y tomando los peores turnos. Lo de su amiga era pura vocación. Con lo que había ganado Steve en los últimos años con sus libros podía haberse permitido no trabajar fuera de casa, pero ella disfrutaba haciendo el bien, como otros lo hacía jugando al golf o tricotando.

—La echo de menos —comentó Mary, que hasta ese momento se había comportado de una manera bastante fría y distante.

—Todos los echamos de menos —dijo Susan mientras intentaba ahogar el llanto trancando saliva.

—Ella no querría que nos pusiéramos tristes. Lo único que diría sería: «Ahora que sois minoría, no permitáis que esos gallitos os dominen».

Las tres se echaron a reír por la ocurrencia de Jane y apuraron el té que les acababan de servir. Después de beber más alcohol del que estaban acostumbradas necesitaban tomar algo que les estabilizara el estómago.

—Qué muerte tan horrible. Además, la policía sigue sin saber qué pasó realmente. Incluso he leído en alguna parte que una de las hipótesis es que ella mató a su hijo y después se suicidó. ¿Cómo puede alguien creer esa mierda? Ruth era la mujer más feliz del mundo, adoraba a su hijo y llevaba toda la vida haciendo el bien —dijo Susan asqueada de sus propias palabras. No podía ni imaginar a su amiga haciendo una cosa tan horrible.

—Lo extraño es que no encontraron restos de ADN de otra persona, a excepción de Steve que vivía allí. Tampoco huellas. La puerta no estaba forzada y no había

señales de lucha. Como si ella se hubiera dejado matar y no hubiera hecho nada para salvar a su hijo —añadió Mary.

—No hablemos de eso —dijo Jane subiendo la manta del sillón casi hasta los ojos —, solo pensarlo me hace temblar. Además, estamos en mitad de la nada, asilados y sin armas.

—Te aseguro que estás en un sitio más seguro que Nueva York o Los Ángeles —ironizó Susan.

Las tres se quedaron un rato en silencio mientras sonaba de fondo la música de Eric Clapton. Tardaron unos segundos en darse cuenta de que estaba tocando su famosa pieza *Tears In Heaven*, la canción sobre la muerte de un hijo que más había conmovido a su generación. La primera vez que la escucharon la mayoría de ellas no tenía hijos; ahora el simple pensamiento les hacía temblar de terror.

—Es mejor que muriera también ella. Imaginaros teniendo que sobrevivir a tu hijo muerto —dijo Susan con los ojos aguados.

Mary comenzó a sollozar e intentó ahogar su llanto con el té, pero no pudo impedir que las lágrimas comenzaran a recorrer su rostro.

—Venga chicas, lo superaremos. Ayudaremos a Steve, aunque las cosas no volverán a ser como antes. Mierda... pero lograremos que sea feliz de nuevo. Únicamente vivimos una vez. Mirad eso —dijo Jane señalando las ventanas. Las hojas comenzaban a mecerse por el viento de la tarde y los colores verdes de los pinos, y el rojo y el naranja de los árboles teñidos de otoño, les inundaban las retinas del vivo color de la muerte a los que estaban dispuestos a mirar más allá que el resto del mundo.

—Nosotros vestimos la muerte de negro, pero la naturaleza la reviste de vivos colores —dijo Mary.

—Ella es más sabia que nosotros y es consciente de que llegará de nuevo la primavera —comentó Susan.

Escucharon el murmullo de los chicos mientras preparaban la cena. La música se apagó y la habitación se quedó en silencio, únicamente iluminada por la claridad que aún le quedaba al día.

John salió de la cocina y miró a las chicas por un momento.

—¿Aquí también se ha ido la luz? —preguntó el grandullón.

—Sí, lumbreras. Se ha ido en toda la casa —contestó su esposa.

Philip salió con un ridículo delantal de flores violetas, secándose las manos en él.

—Creo que el viejo nos dijo que el motor del generador está en la parte de atrás. Se habrá apagado por algo.

—Eso parece —dijo John a su amigo. Después tomaron los móviles de la repisa de encima de la chimenea y activaron las luces a modo de linterna.

Allan y Steve salieron antes de que sus amigos dejaran el salón.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó Steve.

—No, será mejor que encendáis la chimenea. Parece que viene tormenta y esta noche puede hacer frío —comentó Philip.

Mientras John y Philip iban a la parte de atrás, los otros dos amigos empezaron a reunir pastillas, papel y leña para encender el fuego.

—Dejad eso y terminad la cena. Nosotras lo encenderemos —dijo Susan.

—¿Desde cuando las mujeres saben encender un fuego? —preguntó Allan irónicamente a su mujer.

—¿Desde que vivíamos en las cavernas?

Los dos hombres dejaron el salón y las tres mujeres se aproximaron a la chimenea.

—¿De verdad sabes encender una de estas? En casa tenemos una chimenea con encendido automático —comentó Jane.

—Te olvidas de que fui *Girl Scout*. La sinagoga nos llevaba todos los veranos a los bosques del Parque Estatal de Harriman —dijo Susan a Mary.

—Es verdad, eras un poco marimacho de pequeña —contestó Mary.

—Aprendí muchas técnicas de supervivencia...

—¿A beber tu propia orina y esa serie de cosas? —preguntó Jane para ver la cara de asco que ponía su amiga.

Susan era la que estaban obsesionadas con la limpieza y la desinfección, y también la que tenía más miedo a todo tipo de bichos, y la única que se había negado durante años a ir a una casa rural en un bosque.

—Vale de bromas. Sé encender un fuego. Me enseñaron algunos trucos y en un sitio como este pueden ser muy útiles.

—Entonces, ¿por qué te has negado a venir a una casa rural como esta durante veinte años? —preguntó Jane.

Susan se puso pálida de repente. Había dudado mucho en ir a aquel lugar apartado, pero después de treinta años seguir teniendo aquellos temores le parecía absurdo.

—El último verano que estuve en el grupo de *Girl Scouts* hubo una fuerte tormenta. A finales de agosto era algo normal, pero no a mediados. Íbamos un grupo de unas cincuenta personas, pero cuando la lluvia comenzó a caer con fuerza las cuatro chicas que íbamos las últimas nos perdimos. Llevábamos una pequeña brújula y nos habían explicado cómo orientarnos, pero estaba cayendo la tormenta más tremenda que he visto nunca. La lluvia arreciaba y algunos rayos caían relativamente cerca. Al final se hizo de noche y tuvimos que refugiarnos en el saliente de una roca —la cara de Susan comenzó a recuperar color cuando las primeras llamas de la chimenea comenzaron a brillar—. Una de las niñas era muy pequeña, siete u ocho años. No dejaba de llorar y decidimos continuar el camino. Nos caímos varias veces y después de dos horas estábamos empapadas, aterrorizadas y muertas de frío. La pequeña tenía las piernas en carne viva por las caídas. Buscamos un nuevo refugio, pero cuando nos dimos cuenta la niña había desaparecido. La buscamos, gritamos en

medio de la noche, pero no logramos dar con ella. A la mañana siguiente nos encontraron, pero Eleanor no apareció hasta tres días más tarde medio devorada por los lobos. Fue horrible.

El fuego comenzó crepitar y un par de minutos más tarde el calor les animó a sentarse y continuar charlando. Mientras se dirigían a los sillones, las luces de la casa se encendieron de nuevo y comenzaron a sentir hambre. La primera cena no tardaría en comenzar.

En la sala de la caldera y el generador hacía un calor insoportable. Salieron de la casa sin abrigo y el frescor de la noche les hizo estremecerse, pero cuando llevaban medio minuto en el cuarto pensaron que el frescor de la intemperie era mucho más agradable que ese calor espeso, con olor a gasoil. Al fondo, en medio de la oscuridad, se veía el gran depósito naranja, una barra con dos interruptores y una inmensa caldera.

Philip subió primero uno de los interruptores y no sucedió nada; después hizo lo mismo con el segundo y la luz regresó casi al instante. Los dos amigos se miraron extrañados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Philip a su amigo.

—¿A mí me lo preguntas? Yo soy profesor universitario, o sea, no se hacer nada con las manos.

—¿Cómo se han podido bajar los dos?

—Creo que hay dos precisamente como una medida de seguridad. ¿No será que se está acabando el combustible?

—Pero el viejo dijo que estaba lleno —contestó Philip.

—Para un palurdo de Maine lleno puede significar cualquier cosa.

Philip miró una especie de marcador al lado de los dos interruptores. La fecha iniciaba casi el máximo. Después observó el suelo y vio tres bidones de cincuenta litros completamente llenos.

—No sé. La puerta estaba abierta, me imagino que para evitar que esto se caliente tanto. A lo mejor alguna ardilla tocó esto —dijo John señalando los interruptores.

—Puede ser...

Salieron de nuevo al frío nocturno. Todavía el cielo estaba en parte iluminado, pero a lo lejos se acercaba una potente tormenta. En cuanto se alejaron del generador, que bramaba como medio centenar de vacas hambrientas, escucharon los ruidos misteriosos del bosque. Búhos, lobos aullando y el sonido de las hojas mecidas por el viento.

—¿Un cigarrillo? —preguntó Philip ofreciendo el paquete a su amigo.

John lo tomó y esperó a que su amigo lo encendiese. Aspiró con fuerza hasta inundarse los pulmones y después soltó el humo lentamente.

—Tengo que dejar esta mierda, pero está tan rica...

—No me jodas, John. A partir de los cincuenta tendremos problemas de próstata, nos prohibirán la sal, el azúcar, las grasas, el café y el alcohol. Disfruta del momento —comentó Philip mirando de reojo a su amigo.

—Ese es el problema. Ya no disfruto del momento. Me entiendes, ¿verdad? Me cuesta respirar por las noches, por las mañanas tardo una hora en recuperar la voz y este es mi maldito instrumento de trabajo —dijo John señalando su garganta.

—Mira lo que le pasó a la pobre de Ruth. Se cuidaba, se mantenía en forma, comía sano y algún hijo de puta la mató.

—Hay cosas que podemos evitar y otras que no. Mi colesterol está por las nubes, también la tensión y no están seguros de si tengo diabetes.

—Pues sí que estás bueno. No te falta de nada. Yo me hice una revisión hace un mes y estoy como un chaval —contestó Philip.

—Cada uno tiene su naturaleza. La tuya está hecha a prueba de bombas.

Estuvieron unos segundos en silencio contemplando el cielo y la tormenta aproximándose. Aquella naturaleza salvaje les fascinaba y la ciudad se convertía de repente en algo irreal para ellos, una especie de espejismo que había inventado el ser humano para mantenerse a salvo de esa naturaleza incontrolable.

—Los pioneros debieron flipar al ver esto —comentó Philip.

—Mientras intentaban sobrevivir sí, no estaban preparados para llegar tan al norte, con este clima endiablado. Los indios les ayudaron, pero esta tierra era tan poco fértil como la de Inglaterra.

—Al menos aquí eran libres —dijo Philip después de dar una nueva calada al cigarrillo.

—Sí, aunque no podían salirse de los cánones de la comunidad; los primeros colonos eran muy puritanos —dijo John, que estaba cansado de hablar del contexto de libros como *La letra escarlata*.

—Los franceses fueron más listos; la mayoría no vivía en ciudades, se alimentaban del bosque, vendían pieles y comerciaban con los indios —dijo Philip.

—Esta zona tiene algunas leyendas terribles. Animales legendarios, ceremonias diabólicas, costumbres ancestrales, cementerios indios peligrosos...

—Veo que te gusta leer al friki de Stephen King —dijo sonriendo Philip.

—Claro que me gusta. Siempre me ha gustado, también cuando la crítica decía que lo único que estaba consiguiendo con sus libros era despoblar los bosques del Amazonas y que lo mejor que podía hacer era dejar de escribir. Ahora le han dado el Premio Nacional de las Artes. Mucha gente no entendía que su literatura popular retrataba como ninguna otra la sociedad actual y sus valores.

—No te pongas en plan profesor de literatura. Yo prefiero los libros de Steve; son puro terror y no tanta fantasía como la de King. Lo que realmente da miedo no son los alienígenas, la telequinesia o los vampiros; es ese montón de psicópatas y asesinos en serie sueltos por todo el país. Uno pone las noticias y ve a un estudiante de quince años matando a la mitad de su clase con un fusil de asalto y se da cuenta de

que esos son los verdaderos monstruos —dijo Philip tirando a la tierra el pitillo y apagándolo con sus deportivas blancas.

—Pues yo pienso que algo maléfico les mueve a hacer esas cosas. Para mí no son enfermos, son gente mala de verdad.

—El mal está en nuestro cerebro.

—¿Tú crees? La literatura parece decir otra cosa. ¿Has leído el *Kitab Al-Azif*?

—¿Qué? ¿Ahora lees libros en árabe? —dijo sorprendido Philip.

—No, es el nombre de un libro muy antiguo que utilizó Lovecraft en una de sus obras. Aunque se cree que la mayor parte del libro es fantástica y creada por el escritor, te puedo asegurar que cuando lo lees notas algo maléfico detrás de sus páginas.

—Los libros son eso, libros. No tienen un carácter sagrado. Somos los hombres los que los escribimos. Una cosa es la realidad y otra la ficción. Como dijo Sancho a su amo en *El Quijote*, las muchas lecturas te están volviendo loco.

John dio la última calada al cigarrillo y se cruzó de brazos para poder retener un poco el calor del cuerpo. Sentía los pies helados en las viejas zapatillas de estar por casa, pero prefería quedarse unos instantes más fuera antes de regresar adentro. Le dolía un poco la cabeza y el frescor parecía despejarle un poco.

Los dos amigos se quedaron en silencio mientras las estrellas comenzaban a ganar terreno a los últimos destellos del día. Las nubes negras a lo lejos poco a poco devoraban a los luceros para despojarse de su pesada carga sobre las hermosas y vírgenes montañas de Maine.

Disfrutaron de una cena ligera mientras la música amortiguaba en parte el sonido de la tormenta que acaba de llegar. A las tres mujeres no les hacía ninguna gracia ver el relámpago y esperar temblorosas hasta que el trueno hacía retumbar la casa, pero Philip y Allan parecían disfrutar de ello.

Steve apuró el vaso de leche y sin limpiarse los morros comenzó a increpar a sus amigos por sus costumbres obsesionadas con lo ecológico.

—Lo entiendo de Mary y John; vivir en Los Ángeles y no convertirse en un esnob de la alimentación es casi imposible, pero en Portland, Oregón... Esa gente iba a caballo hasta hace cuatro días.

—Portland es una de las ciudades más de moda de los Estados Unidos —contestó Mary, que veía cómo algunos de sus amigos de la costa este los consideraban unos verdaderos pueblerinos.

—Seattle está aún más de moda —dijo John.

—Me da igual, vosotros los de California sois iguales. Por no hablar de los pijos de Manhattan —comentó Steve intentado molestar a Philip.

—Yo me cuido, lo reconozco. Leche de soja, huevos de granja, productos ecológicos...

—Pero luego te pasas el día bebiendo y fumando —añadió Steve.

—Una cosa compensa la otra.

—Son modas estúpidas. Donde esté un buen vaso de leche fresca que se quite esa mierda de soja —sentenció Steve.

—Estoy de acuerdo —dijo Susan sonriente.

—Pero querida, si hace dos años que no podemos comer un dulce en casa. Los niños tienen prohibida la bollería y el fiambre —dijo Allan sorprendido ante las palabras de su esposa.

—Nos comen el coco desde la televisión y las revistas de salud. Nosotros comimos así en nuestra infancia y nos criamos bien sanos —comentó Susan.

—Entonces a partir de ahora puedo comprar lo que quiera —dijo Allan triunfante.

—En casa yo te doy comida sana, pero comes todo el día mierda por ahí, por eso estás tan gordo.

—Haya paz —comentó Jane, que no quería escuchar más discusiones. Suficiente tenía ya con su marido. Ella era una verdadera radical con la alimentación, pero no le importaba mucho lo que pensaran los demás.

—¿Cuál es el plan de mañana? Esta casa es preciosa, pero no vamos a estar encerrados aquí toda la semana —dijo John.

—No claro, llevo varias semanas preparando sendas para caminar. Quiero que recorramos al menos cinco en estos días. No os preocupéis, que son sencillas y están cerca de aquí. Veremos varios lagos y cascadas, también algunos desfiladeros y nos acercaremos con cautela a los lugares donde habita el oso negro —les contó Philip.

—Lo del oso lo podemos obviar —comentó Susan.

—Como eso está cerca y es para el último día, el que no quiera que se quede en casa —dijo Philip algo molesto. Siempre era tremendamente complicado satisfacer a un grupo diverso.

Susan miró a su amigo con los ojos desorbitados y le comentó:

—¿Quieres decir que los osos viven cerca de la casa?

—Cerca tampoco, como a unos diez kilómetros, no creo que se pasen por aquí a saludar —contestó sonriente.

—Pues yo me quedaré ese día —comentó Susan.

—Yo también —añadieron Mary y Jane al unísono.

Steve se levantó como un resorte de la mesa y preguntó quién quería tomar café.

—Yo creo que me voy a acostar —comentó Jane—. Llevo toda la semana durmiendo una media de cinco horas.

—No, tengo un juego para esta noche. Antes los organiza... —Steve no pudo terminar la frase, pero intentó continuar hablando—, hemos venido aquí para estar juntos y disfrutar. Café para todos. Ya dormiremos cuando regresemos a nuestras casas.

El resto del grupo recogió la mesa y después de ir al servicio se colocaron en los sillones.

—¿Alguien sabe en qué consiste el juego de Steve? Este año no han venido los niños, por eso pensé que no habría juegos —dijo Mary.

Todos habían pensado que tener a su familia con ellos podría haber sido muy doloroso para Steve. Sus hijos podían recordarle a Jim, pero las madres ya comenzaban a echar de menos la algarabía de sus retoños. La casa parecía demasiado tranquila sin ellos.

—No tengo ni idea —dijo Allan, que siempre era el confidente de Steve.

John fue a echar una mano a su amigo y diez minutos más tarde siete tazas de café humeante reposaban sobre la mesita de cristal y madera.

Steve se fue unos momentos y después trajo un iPad pequeño. Lo puso delante de sus amigos y buscó la aplicación para grabar video.

—¿En qué consiste el juego Steve? —preguntó nerviosa Mary.

—Es una tontería. Simplemente necesito vuestra ayuda. Últimamente me cuesta mucho escribir. Me temo que estoy algo bloqueado, pero he pensado que podríais ayudarme. Estoy escribiendo un nuevo caso de mi personaje Michael Landers, el policía, pero no se me ocurre qué crímenes puede resolver. Se me ha ocurrido que esta noche cada uno de vosotros me cuente brevemente cuál es la muerte que más teme. ¿Cuáles son las peores maneras de morir?

Se hizo un silencio molesto. Todos se miraron unos a otros hasta que Philip sonrió e intentando quitar hierro al asunto dijo:

—Venga chicos, es un juego.

—Yo no juego —comentó Mary.

—Por favor, Mary. Os prometo que las próximas noches serán mucho más divertidas —le suplicó Steve.

—Es una noche perfecta para algo así —añadió John señalando la tormenta que se desataba fuera.

—¿Esta todo cerrado? —preguntó Susan.

—¿Quién va a venir hasta aquí? —dijo con un gesto de desprecio Allan.

—Si quieres comenzaré yo.

Todos se giraron hacia Jane, que hasta ese momento había estado callada. Sonó un fuerte trueno que hizo que las luces de la casa parpadearan un par de veces. Todo se quedó en silencio y escucharon cómo la madera del suelo de la casa crujía y el fuego de la chimenea crepitaba.

Steve apretó el botón rojo del iPad y lo enfocó hacia su amiga. Jane carraspeó un poco y después comenzó a contar cuál era la muerte que más temía.

OCHO FORMAS DE MORIR

Todos escucharon tan atentos a Jane que el tiempo pareció correr de una manera increíble. Desde su juventud arrastraba una pesada carga que aquella noche desveló en parte.

—Lo que más temo es morir encerrada bajo tierra y convertirme en un juguete de mi secuestrador. A pesar de que todas las mujeres intentamos mostrarnos fuertes, somos conscientes del peligro que corremos. La mayoría de nosotras somos más débiles físicamente que los hombres y ellos podrían someternos con facilidad. Eso sin contar el terror paralizante de verse atacada o raptada por alguien. Una vez estuve a punto de que me sucediera a mí. Tenía dieciocho años y me encontraba en una librería de Manhattan. Me encantaba ir desde Long Island los sábados por la mañana hasta las librerías del centro. Me pasa horas recorriendo los locales y leyendo el principio de los libros. La verdad es que me siempre me ha encantado leer —comentó Jane mirando de reojo a Steve.

—Eres una de mis lectoras más fieles —contestó su amigo.

—Noté en una de las últimas librerías, casi a la hora del almuerzo, que un hombre de unos cincuenta años calvo y con gafas pasaba detrás de mí cada cierto rato. Al principio no se aproximaba mucho, pero las últimas veces noté que me rozaba levemente. Eso me alteró mucho, me puse colorada. Estoy segura de que si me sucediese ahora me giraría y le daría una bofetada después de recriminarle en alto su conducta, pero en ese momento lo único que se me ocurrió fue salir de allí cuanto antes. Caminé hacia la puerta, pero sin darme cuenta salí por la que daba a un callejón oscuro al lado de la avenida. Al verme sola y desvalida comencé a caminar deprisa, pero él me alcanzó y me empujó bruscamente contra la pared. Comenzó a besarme el cuello e intentó subirme la falda, pero en ese momento logré reaccionar y golpearle con mi rodilla en sus partes. El hombre se encogió de dolor, me soltó los hombros y corrí hasta la calle principal. Después continuó huyendo hasta llegar al metro y tomé el primer tren que me llevaba a casa. Durante varias semanas sufrí pesadillas en las que veía a aquel hombre y me imaginaba que me encerraba en una casa vieja de las afueras. Durante semanas me encontraba encerrada en su sótano medio desnuda, hasta que un día terminaba estrangulándome mientras me violaba.

Nadie dijo nada en un buen rato, como si esperaran que se disipara la angustia que producía a todos aquellas imágenes tan violentas, hasta que Susan, superando la repugnancia que le había provocado aquel relato, le dijo aproximándose a su amiga:

—Nunca me habías contado esa historia. Aunque me imagino que uno prefiere olvidar una cosa así.

—Lo cierto es que sí, no es una anécdota para contar mientras tomamos una copa en algún local —añadió Mary.

—Gracias por el esfuerzo. Sé que no ha sido fácil para ti compartir esto. La verdad es que no pensé que os implicaríais tanto —dijo Steve mientras apretaba el botón de apagado de su iPad.

El grupo de amigos se disolvió unos momentos; algunos fueron a por hielo y alcohol, otros aprovecharon la pausa para ir al servicio o fumarse un pitillo en el porche.

Steve acompañó a Philip hasta la entrada para fumar. Él llevaba mucho tiempo sin hacerlo, pero los últimos acontecimientos le había hecho recaer en el vicio.

—Espero que la historia de Jane no te haya hecho sentir incómodo —comentó Steve a su amigo, que no paraba de aspirar su cigarrillo con aire ausente.

—No, son simples historias. A todos se nos pasan por la cabeza cosas así. Imagino que a veces ocultamos temores inconfesables que no estamos dispuestos a compartir ni con tu pareja.

—Sí, todos guardamos nuestros secretos inconfesables.

—Ahora no sé qué contar para tu libro. Mi mujer ha comentado una historia que realmente pone los pelos de punta.

—Simplemente cuenta la verdad. Lo que realmente te atemoriza.

John se asomó por el umbral de la puerta y sacando la cabeza pidió a sus amigos que regresasen al salón. Cuando llegaron ya estaban todos reunidos en torno a la mesita de cristal.

—Hemos hechos algunos *gin-tonics*, también tenemos *bourbon* y algo de ron —dijo Allan con una copa en la mano.

—Yo tomaré *bourbon* —comentó Steve.

Cuando todos estuvieron sentados, y tras charlar relajadamente durante un rato, Steve pidió un brindis:

—¿Para que pasemos otros treinta años juntos?

Todos tintinearón las copas y los vasos.

—A lo mejor es más cómodo para todos si me contáis vuestros temores de manera individual —preguntó Steve.

Se miraron unos a otros. Jane frunció el ceño y Susan respiró aliviada.

—Es un poco injusto para Jane —comentó Mary, que había visto la reacción de su amiga.

—Es cierto —dijo Susan, poniéndose del lado de su amiga.

—No importa, entiendo que tal vez sea algo muy personal —dijo Jane, intentando disimular su turbación.

—Lo siento de nuevo, creo que todo esto ha sido una mala idea —dijo Steve cerrado la tapa del iPad.

—¡No! Lo último que quiero es que te contraríe lo que ha sucedido.

Jane agachó la cabeza como si fuera a echarse a llorar, pero Susan intentó quitar importancia al asunto y se puso en pie:

—Yo seré la primera, doctor —dijo mientras se ponía en pie—. ¿Dónde grabamos?

—¿Te parece bien que lo hagamos en la casa del árbol?

—Estupendo —dijo Susan contoneando su trasero de forma teatral, mientras movía la copa con la mano.

—No os entretengáis —comentó Mary—; las que somos madres no tardaremos mucho en irnos a la cama.

La tormenta comenzaba a arreciar fuera y recorrer los pocos metros hasta la casa del árbol parecía poco menos que una heroicidad. Steve y Susan se pusieron los impermeables y las botas antes de abrir la puerta principal. En cuanto entornaron un poco la hoja un fuerte viento les empujó hacia dentro. La lluvia caía con intensidad, estaba muy fría y con sus gotas gigantes ya estaban empapados antes de recorrer la mitad de la distancia.

Subieron las escaleras de madera a toda velocidad. Los peldaños se encontraban mojados y escurridizos. Después corrieron por la plataforma de madera y se introdujeron en la casa. El ambiente dentro era más cálido, pero fresco. Antes de quitarse los abrigos empapados Steve conectó la calefacción. Susan se pegó a uno de los radiadores e intentó calentar las manos y la espalda sentándose sobre él.

—Qué frío, Dios mío —comentó sonriente la mujer.

Parecían dos chiquillos excitados por el momento, que acababan de hacer una hazaña.

—No quiero que nos demoremos mucho —comentó Steve sentándose en un sofá. Susan le siguió rápidamente y se tapó con una manta a cuadros que estaba colgada del lateral.

—¿Te tapo? —preguntó la mujer mientras alargaba la manta a su amigo.

Él la observó por unos instantes. Sus profundos ojos azules y su pelo negro y rizado sobre la cara aumentaban su atractivo. Cuando la conoció siempre pensó que era una mujer muy bella. Todos sus amigos se habían casado con mujeres guapas e inteligentes, aunque él tenía la sensación de que en ocasiones no lo sabían apreciar.

—Bueno, ¿empezamos? —preguntó Steve secando la funda del iPad con la manta.

—Steve, ¿piensas que aún soy atractiva? —preguntó Susan con los ojos clavados en los de su amigo.

—¿Estás de broma? Sigues siendo una de las mujeres más atractivas de Brooklyn —comentó Steve sonriente, pero algo confundido ante la pregunta de su amiga.

—Cuando una mujer llega a los cuarenta años le asaltan muchas dudas. Ahora soy madre y la gente me llama señora. Creo que he perdido esa belleza de la juventud. Cada día veo miles de jovencitas con sus piernas largas, sus cuerpos delgados y esbeltos, que me hacen sentir una vieja.

—No te llegan ni a la suela de los zapatos. Yo prefiero mil veces una mujer como tú.

—¿De veras? —preguntó Susan. La manta se deslizó suavemente por su ajustada blusa y él no pudo evitar mirar sus pechos.

—Tenemos que centrarnos en...

Steve no pudo terminar la frase, Susan se lanzó sobre él, se sentó a horcajadas y le comenzó a besar en los labios. Tardó unos segundos en reaccionar. Siempre había deseado a su amiga; se conocían desde la adolescencia, pero era la mujer de su amigo. Apartó la cara y con los brazos intentó devolverla suavemente a su asiento.

—No podemos hacerlo. Allan...

—Sé que me ha engañado con otras durante estos años, le he pillado muchas veces. Sigo amándole, pero tengo derecho también a disfrutar de la vida —comentó Susan aún con los labios húmedos y el pelo alborotado.

—Es mi amigo. No podría volver a mirarle a la cara.

—Pon en marcha ese aparato y terminemos cuanto antes —comentó su amiga malhumorada. Se apartó, dejando una gran distancia entre los dos, y comenzó a hablar de la muerte violenta que más le aterriza.

Jane se marchó al servicio y en el largo pasillo no pudo evitar sentir un escalofrío. Se le pasó por la cabeza que alguien la observaba, pero desechó aquella idea por absurda e irracional. Esa era la consecuencia de hablar de aquel tipo de cosas una noche de tormenta en una casa apartada en mitad del bosque.

Entró en el precioso baño de cerámica blanca ribeteada con un cordón pintado de amarillos y marrones. Le gustaba mucho la decoración rústica; ella era la que había encontrado aquella casa para alquilar y había convencido a sus amigos para que la eligiesen. A lo largo de los años habían ido a otras muchas. Algunas funcionales de modelos cuadrados y paredes de cristal, otras de ladrillo rojo y ventanas blancas estilo colonial o hermosas villas a la orillas del mar, pero sin duda esta era la más impactante de todas. Perdida en mitad de bosques milenarios, alejada de la civilización y dominando el valle desde una hermosa colina. Lo más curioso es cómo había encontrado la página web de la casa. Llevaba semanas mirando una casa por el norte del estado de Maine, pero aquella casa no había aparecido en ninguna de sus búsquedas, hasta que, cuando estaban a punto de tomar la decisión por una de ellas, le llegó un correo electrónico de una página de alojamientos rurales recomendado casas y con un enlace que llevaba directamente a la de aquel lugar. En cuanto vieron todas las fotos y la ubicación se enamoraron de la casa. Enviaron un adelanto a un apartado de correos en Clayton Lake y reservaron la fecha. Jane escuchó un sonido en su móvil y lo sacó de su bolsillo trasero. Tenía que haberle dado a algún botón, porque automáticamente se abrió el navegador y se dirigió a la web de la casa que habían

usado para seguir el itinerario durante el viaje. Pero solo apareció un mensaje que decía que aquella página no existía.

Vació la cisterna y después de lavarse las manos volvió a poner la dirección de la casa, pero no había nada. Fue hasta su correo electrónico y dio al enlace, pero obtuvo el mismo resultado.

—Mierda, qué le pasa a Internet.

Salió del baño sin dejar de mirar la pantalla del teléfono. La luz de las escaleras era muy tenue y posó mal el pie en la madera, que crujió. Notó que su zapatilla se escurría y se precipitó escaleras abajo. Salió volando y dio una voltereta en el aire; después cayó ruidosamente al final de las escaleras.

Notó un fuerte dolor en la espalda, el brazo derecho a la altura del codo y en el tobillo izquierdo.

El estruendo alarmó al resto del grupo, que acudió en bandada hasta las escaleras. Allan, John, Philip y María la ayudaron a ponerse boca arriba y después entre los tres hombres la transportaron al sillón.

—Estoy bien, no me he roto nada —comentó Jane un poco confusa por el golpe.

—Si estuviera Ruth aquí te miraría esas magulladuras, cuando vivía todos estábamos más seguros.

En ese momento Steve y Susan entraron por la puerta. Parecían muy serios, pero todo el mundo se encontraba preocupado por Jane como para prestarles atención.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Steve dejando el iPad encima del radiador de la entrada y corriendo desde la puerta acristalada hasta sus amigos.

Susan le siguió unos segundos más tarde. Todos hicieron un corro y miraron a Jane, que tenía un gesto de dolor.

—Si querías llamar la atención lo has conseguido —comentó Philip.

Ella frunció el ceño y le apartó la cara.

—No seas bruto —dijo Mary mientras examinaba el tobillo de su amiga.

—No tengo nada. En un rato se me pasará.

Susan acercó un vaso y le entregó una pastilla.

—Toma un calmante. En quince minutos estarás como nueva.

La mujer se puso la pastilla en la boca y tomó un trago de agua. El resto de amigos se sentaron en los sillones menos Allan, que fue a buscar el botiquín de la casa para poner un par de vendas en el codo herido.

—Todo esto es culpa mía —dijo Steve.

—¿Por qué? Un accidente le puede ocurrir a cualquiera. Bajé mirando la pantalla del teléfono y calculé mal —comentó Jane, que sentía cómo el dolor remitía poco a poco.

Bebieron un poco de sus copas. El hielo se había desecho en parte, pero todos necesitaban tomar un trago. Se habían dado un buen susto.

—Bueno, ahora me toca a mí —dijo John.

—Será mejor que lo dejemos, creo que no ha sido una buena idea —contestó Steve, que aún no se había recuperado de la escena con Susan en la casa del árbol.

—Ni hablar, llevo toda la noche pensando y te lo voy a contar —insistió John.

—Está bien, pero lo haremos en la cocina. Fuera hace un tiempo de mil diablos. Estoy empapado, voy a cambiarme un momento.

Steve salió del salón y subió hasta la primera planta. Allí se cruzó con Allan, que bajaba con las unas vendas. Intentó evitar mirarle a los ojos; sabía que no había hecho nada malo, pero el simple hecho de desearlo le hacía sentir culpable. La historia que le había contado después Susan había sido sorprendente. Nunca se había imaginado que ella temiera morir de aquella manera.

Allan cruzó el recibidor y al ver el iPad sobre el radiador lo tomó.

—¿Cómo deja esto aquí? —se dijo mientras tomaba el aparato, que estaba casi ardiendo. En ese pedía contraseña. Deslizó el dedo y buscó los últimos vídeos.

Lo primero que le sorprendió fueron la cantidad de videos que Steve tenía sobre asesinatos de familiares, sobre todo de esposas con sus hijos. Después miró los tres últimos videos grabados. El primero se titulaba *Temor de Jane*, un segundo de unos segundos no tenía título y el tercero tenía el nombre de *Temor de Susan*.

Apretó el botón y vio el segundo. Mientras las imágenes se reflejaban en sus retinas Allan no podía creer lo que tenía ante los ojos. Cerró el iPad, lo volvió a dejar sobre la mesa y se dirigió al salón. Observó a su mujer a lo lejos. Era realmente bella. Sus ojos azules aún vibraban de vitalidad. ¿Cómo habían llegado a aquella situación? ¿Cuándo habían comenzado a distanciarse? Se dirigió a la cocina y se puso un *whisky* doble con hielo. Tenía que relajarse antes de tomar una decisión; sabía que sus ataques de ira podían ser realmente violentos.

La tercera grabación fue realizada en la cocina. John estaba sentado en una de las banquetas. Eran tan grande que sus piernas llegaban hasta el suelo. Tenía la camisa abierta y el vello negro del pecho se confundía con una gruesa cadena de oro con un gran crucifijo.

—No sabía que fueras tan religioso —dijo Steve señalando la cruz.

—Mis padres eran católicos. Yo nunca he ido mucho a la iglesia, la verdad, pero en los últimos años he visto algunas cosas. No sé, chico, será que con la edad uno se hace más sensible a este tipo de temas.

—No te entiendo —dijo Steve dejando el iPad sobre un largo listón de madera que hacía las funciones de barra.

—¿Te acuerdas del ataque al corazón que sufrí hace un par de años? Por eso insiste tanto Mary con lo de que deje de fumar y que coma menos grasa —dijo John mientras se remangaba las mangas de la camisa.

—Sí, claro. Fui a verte al hospital. Tomé el primer avión que salía para Los Ángeles.

—Lo cierto es que no le conté a nadie lo que me sucedió, tal vez por pudor. Todos vosotros sois muy escépticos, bueno, a excepción de ti. La cuestión es que el tiempo que estuve en coma, que si no recuerdo mal fueron dos días, experimenté algunas cosas increíbles —dijo John algo nervioso; no solía tocar ese tema. Desde lo sucedido no había hablado de ello con nadie, ni siquiera con Mary.

—No hace falta que me lo cuentes si no quieres. Entiendo que es algo muy íntimo.

—Será mejor que se lo cuente a alguien. Llevo tanto tiempo guardándomelo que a veces pienso que mi mente se lo imaginó todo —dijo John mientras jugueteaba con los hielos de su copa—. No vi ningún túnel ni claridad al final, tampoco me encontré con mis seres queridos ni vislumbré el cielo. Lo que me pasó fue algo más escalofriante. Primero noté mucho frío. Cuando logré mirar a mi alrededor vi que estaba completamente desnudo sobre una pradera de césped alto. El cielo estaba gris, las nubes parecían a punto de desatar una tremenda tormenta y yo pensaba todo el rato que debía buscar algún lugar para guarecerme y algo de ropa. Me puse en pie y caminé durante un par de horas. Aquel lugar era espectacular. No era campo abierto, más bien se asemejaba a un gigantesco jardín silvestre. Árboles frondosos con frutas, riachuelos de aguas cristalinas, praderas cubiertas de flores, huertos naturales a los lados del río. Tomé varias de las frutas y me las comí directamente. Después salieron algunos animales entre la espesura; eran pequeños ciervos y aves de vivos colores. No parecían asustarse ante mi presencia ni tener la intención de huir. Al final vi dos grandes árboles. Se parecían, en parte. Uno daba unos gigantescos frutos de color rojo y el otro una especie de bolitas moradas. Les separaba un riachuelo muy poco ancho pero algo profundo. Al ver aquellos árboles me entró mucho hambre, como si todo lo que había comido hasta ese momento no me hubiese saciado. Imagino que llevaba más tiempo caminando del que creía. Me acerqué al árbol de los frutos pequeños y tome un racimo. Me lo llevé con cierta cautela a los labios, lo probé y me sorprendió su sabor dulce. Nunca había saboreado algo igual. Enseguida noté un profundo bienestar y una vitalidad increíble. Al mirar al otro árbol me entraron ganas de cruzar el riachuelo y probar los frutos rojos. Parecía fácil de atravesar, pero no lograba hacerlo. Miré a mi alrededor sin ver un paso más seguro. Las ramas de aquel árbol eran tan extensas que una de ellas atravesaba por encima del riachuelo y llegaba al otro lado. Un fruto colgaba del final de la rama. Alcé la mano, pero no llegaba a alcanzarlo; pegué un salto y logré arrancarlo del árbol. Estaba a punto de llevarlo a mis labios cuando una voz ronca me susurró algo al oído. No vi a nadie, pero sin duda aquella voz me dijo: «Verás de verdad». Aquellas palabras me asustaron, no solo porque no había nadie a mi alrededor, si no por el tono burlón y sarcástico que sentí al escucharlo. En ese momento recordé la historia del Génesis y todo aquello del árbol prohibido. Me había criado con aquellas ideas religiosas que me parecían tan ridículas. Por eso me burlé de mi miedo y le di un buen bocado. Al instante comenzó a llover, pero del cielo no se desprendía agua, sino fuego. Las gotas quemaban y,

como no tenía ropa, notaba cada una de ellas como un pinchazo fuerte. Me refugié debajo del árbol de frutos morados. Era el único que parecía resistir las llamas que se comenzaban a extender por los árboles, las plantas y hasta la hierba. Grité en ese momento: «¡Dios mío!». Entonces desperté.

—Es una historia increíble —dijo Steve sorprendido de la experiencia de su amigo—. ¿Cómo lo interpretas?

John se quedó pensativo un rato. Sus ojos miraban a algún punto imaginario justo por encima de su cabeza.

—En ese momento, cuando me desperté y recordé lo que me había sucedido, lo tomé como una segunda oportunidad. Aquel árbol de frutos rojos estaba prohibido y yo lo sabía, pero de todas formas comí de él.

—Gracias por contármelo. ¿Te importa si grabo ahora?

Mary fue la siguiente en narrar sus temores; después pasó Philip y el último Allan. Algunos de los amigos ya se habían marchado a dormir. Eran unos días de descanso, pero el viaje había sido muy largo para la mayoría y habían tenido que trabajar horas extras para poder tomarse aquellas vacaciones.

La casa estaba en completo silencio. Allan y Steve se habían trasladado al salón. La lluvia y el viento golpeaban con fuerza los ventanales y de vez en cuando un rayo resplandecía entre la oscura arboleda.

La conversación al principio pareció algo tensa. Cada uno de ellos era consciente de cosas que el otro ignoraba por completo. Al final Allan intentó mostrarse amable, aunque en su fuero interno hubiera machacado la cara sonriente de su amigo.

—Eres el último.

—Eso parece —contestó Allan apurando el último trago de su copa. Se sentía algo mareado, pero aquella embriaguez al menos le había hecho disipar su furia. Tenía la sensación de que ya nada le importaba y que a lo mejor se estaba equivocando en prolongar su matrimonio. Aunque lo que realmente temía era que todos sus amigos la apoyaran a ella y quedarse completamente solo.

—Ya sabes la mecánica.

—Lo cierto es que lo he pensado muchas veces. Recordarás que siendo niños encontraron en nuestra calle un cadáver. Era un tendero judío llamado Jeremías; al parecer alguien le había matado por la noche y después le habían extraído las tripas. La gente decía que era porque los judíos consideraban que era allí donde se encuentran nuestros sentimientos y afectos.

—Sí, lo recuerdo. Estuve sin dormir varios días —dijo Steve, que solo de pensarlo empezó a notar cómo se le revolvía el estómago.

—Bueno, para mí...

Escucharon un golpe fuerte en la entrada y los dos giraron la cabeza. Contuvieron la respiración unos segundos, como si intentasen agudizar el oído, pero no se escuchó

nada nuevo.

—Bueno...

—Comentabas lo del caso del judío...

Un fuerte golpe en la puerta les alarmó de nuevo, pero esta vez no se limitaron a quedarse en silencio. Corrieron hacia la entrada y se pusieron los abrigos rápidamente. Allan había tomado de la chimenea uno de los hierros y Steve un paraguas. Abrieron la puerta, pero no vieron nada.

—Será la maldita tormenta —comentó Allan, intentando tranquilizarse. Notaba el corazón a cien por hora y le costaba respirar.

—La tormenta puede haber partido una de las ramas del árbol —dijo Steve señalando el gigantesco árbol sobre el que se sustentaba la casa del árbol.

La lluvia les golpeaba en el rostro. Era muy fría, pero Steve recordó las palabras de su amigo John. La lluvia de fuego, la furia de Dios desatada para los que no le obedecían, pensó mientras sus ojos miraban a ambos lados. Entonces todo se iluminó. La fachada principal tenía varios sensores que se activaban por el movimiento. Algo lo suficientemente grande como para activarlos estaba allí fuera, pero a aquellas horas era mejor cerrarlo todo y esperar a que amaneciese.

—Puede que sea un alce. Hay muchos por aquí, casi atropello a uno al venir —comentó Steve, que intentaba dar con una explicación racional.

Justo en el punto en el que la intensa luz cedía a la oscuridad vieron moverse una sombra, pero no se atrevieron a cruzar el umbral ni a correr tras ella en plena noche. No sabían qué era, pero fuese lo que fuese sería una temeridad salir de la casa.

Entraron de nuevo en el salón. Las luces exteriores se apagaron y de nuevo la calma pareció regresar a la casa. Allan se sentó una de las sillas de la mesa del salón. Sudaba copiosamente, pero al tener la cara empapada por el aguacero su calva rosada parecía simplemente empapada.

—¿Cómo llevas lo de no tener mujer? Ya me entiendes.

—No me jodas Allan, ¿crees que eso ahora me importa una mierda? He perdido lo que más amaba en este mundo. Lo último que deseo en este instante es tener una relación —dijo Steve mientras se sentaba.

—Lo siento, no era mi intención... Bueno, creo que todos nosotros necesitamos un tiempo para dejar atrás todo lo que nos agobia de nuestras vidas. Nuestra amistad se ha basado siempre en la confianza. También en el respeto. Nunca nos hemos traicionado los unos a los otros, tampoco nos hemos juzgado. La amistad es eso, aceptar al otro y amarle aunque sea distinto a ti.

Steve no pudo evitar derrumbarse. Desde el entierro no había vuelto a llorar. Sentía un profundo vacío interior, notaba el pecho cargado y le costaba respirar. Las lágrimas le cubrieron la cara empapada por la lluvia, después comenzó a sollozar en voz baja. Allan olvidó todas las dudas que le asaltaban. Delante de él tenía a uno de sus mejores amigos. Desde que eran unos críos habían compartido la mierda de ser unos chicos de barrio, unos don nadies condenados a vivir de un trabajo mal pagado

en Brooklyn, como les había pasado a sus padres. Todos ellos habían logrado destacar y demostrar al mundo que no eran «*white trash*». En su mundo, los que no triunfaban eran siempre unos vagos, aunque ellos sabían perfectamente que aquello no era verdad. Sus padres se habían esforzado al máximo y no habían conseguido mucho en la vida. Ahora que todos ellos estaban en lo más alto no se les escapaba la gran mentira del éxito que les habían vendido en la universidad.

—Venga, amigo, lo superarás —dijo Allan acercándose y rodeándole con sus brazos.

Steve apoyó la cabeza en la mesa y sintió el olor a madera barnizada y el frío de los listones pulidos. No quería superarlo; simplemente deseaba desaparecer, cruzar el umbral que le separaba de Ruth y Jim. Sin ellos era menos que nada. Su vida no tenía el más mínimo sentido.

SOÑANDO

Antes de irse a dormir Steve grabó en el iPad sus propios temores. Lo hizo cuando Allan dejó de darle ánimos y tras beber la última copa juntos. De alguna manera, aquellos momentos en soledad les hicieron olvidar a ambos lo sucedido con Susan. Aunque lo que realmente odiaba era el haberla deseado, como si lo único que rigiera su estúpida cabeza fuera aquella testosterona que le empujaba a autopropetarse inseminando a alguna mujer.

Decidió grabar su video en la cama, apoyado con la almohada en la pared y un tono de voz lo suficientemente bajo como para no despertar a sus amigos. Cuando terminó se puso a repasar todos los videos y descubrió lo que Allan había visto unas horas antes: de alguna manera se había grabado su escarceo con Susan. Eran unos besos y poco más, pero dio gracias al cielo por poderlo borrar cuanto antes. Notó cómo el corazón le palpitaba con fuerza al descubrir aquello grabado y, sobre todo, el pensar que alguien podía haberlo descubierto y malinterpretado.

Colocó la pantalla sobre su abdomen. Estaba tan flaco que notaba los bordes del iPad sobre las costillas. No estaba tan delgado desde el noviazgo con su mujer. Su aspecto había mejorado bastante: parecía más joven, con el pelo cano pero abundante y la barba de tres días. Ruth no le dejaba llevar barba, pensó mientras comenzaba a ver los videos de sus amigos. La mayoría no duraban más de diez minutos, pero no logró llegar al último; se quedó con la pantalla abierta sobre su tripa y la cabeza ligeramente ladeada.

Un segundo más tarde comenzó a soñar. Normalmente no recordaba nada al despertarse, pero si lograba hacerlo casi siempre eran cosas alocadas y sin conexión aparente. Aquella noche fue distinta en muchos sentidos.

Lo primero que le extrañó fue la extrema realidad del sueño. Ruth, Jim y él viajaban en su coche para pasar unos días en Providence Town. Allí solían alquilar una casa con vistas al mar en lo que él llamaba las vacaciones de invierno, aunque solían ir a mediados del otoño. Aprovechaban que Jim era un excelente estudiante y pedían permiso a los profesores de la escuela para que se ausentase unos días.

Normalmente estaban de miércoles a domingo. Ruth se olvidaba de su ajetreada actividad en el hospital; él, de sus presentaciones, de los próximos proyectos y de las ventas de su último libro. Jim simplemente disfrutaba de sus padres veinticuatro horas al día. El único momento en el que estaba solos era cuando dormían al niño. Se sentaban en el amplio porche de madera pintado de gris que daba a las playas de arena tostada y hierbas secas que crecían en los senderos de madera. Bebían alguna

copa y, cuando se terciaba, hacían el amor tapados por una vieja manta hecha de retazos de telas.

En el sueño se reproducía aquel sitio, pero cuando él regresaba después de ir de compras al pueblo se encontraba con que la puerta estaba reventada, como si alguien le hubiera dado una patada, y en el interior había mucha sangre. Ruth estaba tirada en el suelo de la cocina en medio de un gran charco de sangre. Vestía una ropa ligera para aquella época del año y un jersey rosado; estaba descalza y olía a su perfume preferido. En el sueño, él corría angustiado y despavorido al cuarto de Jim. Allí estaba su hijo, también muerto y en medio del charco de su espesa sangre. Su posición era de calma total, como estuviera durmiendo, pero la sangre y el color pálido de sus mejillas delataban la cruel realidad.

La policía llegaba en ese momento y le detenían, aunque él no dejaba de gritar, llorar y suplicar que no le separasen de su familia.

Tras la pesadilla despertó inquieto. Miró la hora en el móvil: aún eran las cinco de la mañana y el cielo permanecía en total oscuridad. Se durmió de nuevo, después de dejar el iPad en la mesita, y ya no tuvo sueños.

Mary se movía inquieta en la cama. Normalmente solía caer fulminada en cuanto recostaba su cabeza sobre una almohada. Ser madre de dos y esposa un hombre que a veces se comportaba como un niño era absolutamente agotador. Por no contar con sus clases en la universidad, la casa y las horas que dedicaba a la semana a un comedor social cercano a la universidad. La literatura le apasionaba, pero a diferencia de su marido, ella no era especialista en los autores contemporáneos; su vida entera se había centrado en los clásicos de la literatura anglosajona, aunque daba algunas clases de literatura europea en la Edad Moderna y literatura medieval.

John y ella estaban pasando una buena racha después del susto del infarto. Su marido era muy testarudo, pero también era un pedazo de pan. La encantaba verle jugando con las gemelas, aunque desde que habían cumplido los doce años habían entrado en una nueva fase, y las cosas empezaban a complicarse. Ella había sido una adolescente sosegada. Se limitó a ignorar a sus padres, pero no solía enfrentarse a ellos ni contradecirles. Cuando comenzó a salir con John se enfadaron mucho. Su familia era una de las más prosperas de la comunidad y sus padres llevaban años ahorrando para comprar una pequeña casa en Nueva Jersey. Su padre era policía y su madre cajera en una sucursal de banco. Ella era hija única, mimada y consentida. De pequeña no tuvo mucho contacto con otros niños, pero al llegar al instituto comenzó a salir con John y se unió al grupo de amigos. A ella no le gustaba tener interminables charlas filosóficas ni pasarse el tiempo de café en café hablando de política, aunque cuando Steve y su marido comenzaban a hablar de literatura ella disfrutaba al máximo y les perdonaba sus largas peroratas sobre un mundo justo y equitativo.

John y ella se entendían muy bien en todos los sentidos. Tenían gustos parecidos y les interesaban las mismas cosas. Ella tenía la sensación de que su marido tonteaba con algunas alumnas, pero sabía que no era nada serio. Lo normal en un profesor universitario joven y apuesto. Cuando le creció la barriga y el pelo empezó a escasear, la frecuencia de alumnas deslumbradas por su verborrea disminuyó notablemente, pero ella comenzó a tener un admirador secreto.

Al principio le hizo ilusión. Superaba los cuarenta y en los últimos doce años se había dedicado en cuerpo y alma a su familia. Apenas se arreglaba el pelo, no se pintaba y tardaba meses en renovar su vestuario. Su ropa solía ser ancha y sin formas para disimular los kilos que había adquirido en la última década. Su marido continuaba viéndola atractiva y cada sábado hacían el amor a hurtadillas y en silencio para que no se despertasen las gemelas, pero a eso se reducía toda la pasión de su matrimonio.

Su admirador le dejaba flores en la taquilla, le escribía notas halagadoras e incluso un mensaje breve en su teléfono. No tenía ni idea de quién podía ser. Al principio pensó en uno de sus estudiantes, por eso a veces los vigilaba para ver en ellos algún tipo de comportamiento extraño. Después se imaginó que se trataba de un colega, aunque le extrañaba que alguno se le acercara conociendo a su marido, un tipo grande y fornido con malas pulgas. Repasó todos los hombres de su vida, después los vecinos y conocidos, pero no lograba dar con el admirador secreto.

Aquella noche, de una manera incomprensible, revivió la angustia de aquel encuentro inesperado. Era una fría tarde de invierno. Anochecía pronto, pero en Los Ángeles las calles siempre estaban repletas de coches. En cambio, el campus, por las vacaciones de Navidad, se encontraba completamente desierto. Recorrió los casi mil metros de distancia que la separaban del aparcamiento. Estaba tan absorta en las cosas que debía hacer al llegar a casa aquella noche que no se percató de los pasos que la seguían. Llegó hasta su vehículo y se le cayeron las llaves al suelo; se agachó para recogerlas y escuchó una respiración justo a su espalda. Se giró y vio a una mujer con gorro de alas y vestida con un traje negro. Llevaba una chaqueta corta también negra y un pañuelo rojo estampado. Al levantarse se fijó en sus manos delicadas y sus largas uñas pintadas de rojo; después se puso en pie y estuvieron enfrente la una de la otra.

—Profesora, creo que usted no me conoce, por lo menos de manera personal.

Mary hizo un repaso rápido en su mente, como si intentara encontrar el sitio y el momento en el que había visto esos rasgos fuertes pero sensuales, los labios de rojo intenso, la nariz pequeña y los ojos negros y achinados.

—Lo lamento, pero ahora no caigo. Llevo un montón de horas corrigiendo exámenes y tengo la mente obnubilada. Debo irme a hacer las compras de Navidad y a preparar la cena —dijo Mary anticipando una disculpa a cualquier petición que pudiera hacerle la mujer.

—No la entretendré. Nos conocimos hace cinco años. Yo era estudiante suya, usted me ayudó a enfocar mi carrera hacia la literatura y me convertí en editora. Desde entonces he seguido toda su carrera, sus artículos en revistas especializadas. Es para mí una inspiración.

—Muchas gracias. ¿Cómo era su nombre?

—Por favor, dejémonos de formalismos: soy Sara Fly —dijo la mujer extendiendo una mano enguatada en cuero negro.

—Encantada. Muchas gracias por sus palabras. No sabe el bien que le hace a una profesora escuchar esas palabras.

—Para mí es mucho más que una profesora, es un modelo, un icono, una inspiración.

—Gracias de verdad —dijo la mujer intentando soltar su mano.

—Quería regalarle un ejemplar —dijo la mujer hurgando en su gran bolso rojo.

Tardó unos segundos en sacar un hermoso ejemplar encuadernado en piel rosada.

—Es una primera edición de *Romeo y Julieta*. Lo único que no es original es la encuadernación. Estaba muy deteriorada. Quería regalársela y mandé que la encuadernasen en piel.

—Muchas gracias, pero no puedo aceptar...

—Por favor, insisto —dijo la mujer colocando el libro en las manos de Mary.

En ese momento el sueño evocador se volvió pesadilla. La mujer se apoyaba contra ella y le decía en un tono bajo e insinuante:

—Llevo meses escribiéndole, pero hasta hoy no me atrevido a hablar con usted.

Mary intentaba zafarse de la desconocida, pero esta la apretaba con sus brazos y casi no le dejaba respirar.

—Lo siento, pero tengo que marcharme.

La mujer cambió el gesto de repente; su amabilidad se transformó en exigencia y la cara ya no parecía tan agradable.

Mary intentó con todas sus fuerzas liberarse. Empujó a la mujer hacia atrás y metió con precipitación las llaves en la cerradura, pero tardó unos segundos en poder girar la llave y abrir la puerta. Antes de que pudiera cerrarla la mujer se interpuso con la pierna y el brazo.

—Lo sé todo de ti, conozco tus deseos más profundos, a mí no me puedes engañar, maldita vieja reprimida.

El bello de Mary se erizó de repente. El corazón parecía salirse por la boca. Golpeó las manos de la mujer, que lentamente se comenzaron a convertir en garras negras. Sintió cómo le arañaba el brazo, pero al final logró quitársela de encima, cerrar la puerta y poner los seguros. La mujer siguió golpeando con rabia la puerta, después el cristal y cuando arrancó intentó tirarse sobre el parabrisas.

Mary se despertó sudando en mitad de la noche. Miró a su lado y observó en la penumbra el cuerpo de John totalmente relajado. Se escuchaban sus ronquidos y, por primera vez en su vida, agradeció aquel molesto ruido.

Tenía tanto frío que se despertó. Las sábanas y la manta estaba a sus pies, aunque Philip continuaba totalmente tapado. Le dolían el codo y el tobillo. Miró en la mesita, pero no tenía allí las pastillas. Caminó con dificultad hasta el baño y encendió la luz. Registró en su pequeño estuche de medicinas, pero no había ningún calmante. Entonces se acordó de que había dejado la caja con el prospecto encima de la mesa del salón.

—Maldición —susurró en voz baja.

Tenía frío. Su ligero camisón de seda apenas lograba mantener su calor corporal. Le dolía el tobillo y, sobre todo, no le hacía nada de gracia recorrer a oscuras una casa tan grande. Se armó de valor y abrió con cuidado la puerta de la habitación. Alguien había dejado encendida la luz del pasillo y las escaleras. No era muy intensa, pero sí lo suficiente para quitarse de la cabeza cualquier temor.

En la planta baja hacía aún más frío que en la de arriba. Tocó con los dedos gélidos el radiador. Estaba completamente helado. Miró el termostato que había justo encima y para su sorpresa marcaba dieciocho grados. Pensó que aquella máquina debía estar estropeada o trucada por el dueño.

Entró en el salón, encendió la luz de una de las lámparas de pie y se dirigió hasta la parte alta, donde estaba la caja con medicinas. Le costó subir los escalones, pero logró tomar la caja y dirigirse a la cocina a por un poco de agua. Entonces se percató del ruido.

Era como una interferencia. Sonaba suave, pero en el silencio de la noche era totalmente perceptible. Intentó obviarlo, tomó agua de la botella, la vertió en un vaso de cristal y tomó dos pastillas para intentar dormir el resto de la noche.

Caminó cojeando por la cocina y al entrar en el salón volvió a escuchar aquel ruido. ¿De dónde provenía? Pensó que no era una buena idea averiguar el origen. Subiría a la cama e intentaría dormir. Comenzar unas vacaciones con una caída no parecía la mejor forma de pasárselo bien, pero al menos no se había roto la crisma ni le habían tenido que escayolar la pierna.

Se dirigió a la escalera, pero el murmullo era tan alto allí que miró hacia una puerta junto a los abrigos colgados que no había visto antes. Estaba tan integrada en la madera de la pared que apenas se distinguía el marco y un pequeño pomo de color dorado. Pegó el oído y escuchó claramente el murmullo de nuevo. Pensó que aquella debía ser alguna sala de máquinas o un cuarto trastero, pero el sonido la intrigaba. Intentó abrir el pomo, pero al principio no giró. Lo intentó un par de veces más hasta que por fin lo consiguió. Empujó levemente la hoja e intuyó un gran espacio totalmente a oscuras. La luz del pasillo apenas lograba iluminar los primeros centímetros de la sala.

El sonido era mucho más intenso con la puerta abierta. La mujer dio un paso inseguro, notó el dolor del tobillo y estuvo a punto de darse la vuelta y subir a la

habitación, pero en ese momento el zumbido se convirtió en palabras. No entendía bien lo que decían, pero sin duda eran palabras. Agudizó el oído, pero no lograba comprender el significado de aquel galimatías.

Miró al techo y vio una especie de cadena colgando. Tiró de ella y una luz sucia alumbró parcialmente la estancia. Distinguió varios bultos que parecían trastos, muebles viejos, espejos y juguetes de niños, y al fondo un viejo sofá del que parecía venir el ruido.

Entró en el cuarto, se acercó hasta el sofá y vio sobresalir una cabeza. Rodeó poco a poco la espalda de la persona que hablaba sola y cuando logró situarse a un lado distinguió los rasgos de Steve. Tenía los ojos abiertos y sus labios se movían mecánicamente.

No pareció reaccionar al verla, como si estuviera repitiendo algún tipo de mantra u oración.

Jane se asustó. Aquel era su amigo, pero su comportamiento no era normal. Parecía sonámbulo o algo peor. No sabía si dejarle en ese estado, cerrar la puerta y subir a su habitación o intentar despertarlo.

Entonces él giró la cabeza y la miró de una forma tan fría que la hizo temblar.

—Steve, ¿te encuentras bien?

Su amigo no contestó. Ella dudó incluso de que le hubiera oído. Se limitó a seguir murmurando, pero con la voz más fuerte y ronca.

Jane caminó hacia atrás lentamente, pero cuando estaba cerca de la puerta escuchó cómo golpeaba sin querer un jarrón negro que se cayó y comenzó a rodar hasta el sillón.

De repente la luz chisporroteó unos instantes y la puerta se cerró con un portazo. Ella se dio la vuelta y corrió hasta ella justo cuando se quedaron oscuras. Giró el pomo, pero parecía atrancado. Escuchó unos pasos a su espalda, notó una presencia y algo que le tocaba el hombro.

—Jane, ¿te encuentras bien?

Ella distinguió claramente la voz de su amigo, pero percibió un olor nauseabundo como a carne podrida y su simple roce le produjo una descarga eléctrica. No le contestó e intentó abrir la puerta con todas sus fuerzas.

—Te vi correr. ¿Qué te pasa? —dijo Steve, después levantó la mano y tiró de la cadena metálica.

La luz regresó, pero esta vez más fuerte y clara.

Jane se giró despacio, temerosa de lo que podía encontrarse, pero lo único que vio fue la cara sonriente de su amigo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó sin dejar de temblar.

—Estás helada —comentó él despojándose de su bata y cubriendo a la mujer.

—Estabas sentado en ese sofá, decías cosas ininteligibles. Intenté despertarte, parecías sonámbulo.

—Ruth me lo comentó varias veces. Al parecer en el último año acostumbraba a levantarme y pasarme horas en el despacho, pero luego no recordaba nada.

La mujer dejó de temblar. Salieron al pasillo y se quedaron unos instantes mirándose el uno al otro sin saber qué decir.

—Será mejor que descanses. Después de la caída y el susto me imagino que estarás agotada.

—Sí, me subo a la habitación.

Jane ascendió con dificultad por la escalera, pero afortunadamente los calmantes ya le había hecho efecto. Llegó a su habitación y se dirigió a la cama. Tomó su tableta e intentó leer algo antes de dormir. Se sentía demasiado nerviosa para acostarse.

Recordó en ese momento que la razón por la que se había caído escaleras abajo fue al descubrir que la página web de la casa había desaparecido. Encendió la tableta y su cara se iluminó por la pantalla. La señal *wifi* era excelente. Buscó de nuevo la web, pero sin resultado. Después lo intentó en varias páginas de casas rurales, pero en todas aparecía que esa casa había cancelado su suscripción.

Todo aquello le parecía algo extraño. Imaginó que el dueño estaba creando una web mejor o que iba a estar un tiempo sin alquilarla. Entonces buscó información de la zona, fotos de la casa que hubieran tomado anteriores inquilinos, pero no encontró nada.

—No puede ser.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Philip, que escuchó la voz de su mujer.

—Sí, duérmete.

Por curiosidad se introdujo en los periódicos más conocidos de la zona. El *Maine Today* de Augusta, el diario *Kennebec Journal*, el *Bangor Daily News*, el *Sun Journal* de Lewiston y *The Birmingham News*. Algunos de ellos tenían hemeroteca. Introdujo el nombre de la casa, de Clayton Lake y de Larry Hartzzenbusch. Del único que había algo era del dueño. En el *Sun Journal* mencionaba a la familia Hartzzenbusch. De origen francés, se habían establecido en la zona en 1790, se habían dedicado a la caza y la venta de pieles. El artículo estaba dedicado al último Hartzzenbusch que había muerto en Vietnam en diciembre de 1974.

Jane se quedó sorprendida. Debía de tratarse de un error o simplemente no había escrito bien el apellido, aunque le parecía una extraña coincidencia. Pensó que era mejor decírselo a sus amigos al día siguiente, pero temía que eso pudiera echar al traste sus vacaciones.

Apagó la tableta y cerró los ojos. Respiró hondo e intentó quitarse todas aquellas ideas de la cabeza. El misterio de la casa desaparecida en Internet, el dueño que no existía y el sonambulismo de Steve. Juntas parecían cosas inquietantes, pero por separado no dejaban de ser meras anécdotas que tendrían una explicación razonable.

Steve no quiso subir a dormir. Hasta aquella noche no había descubierto que le estaba sucediendo de nuevo. El sonambulismo no era una enfermedad grave, pero le inquietaba un poco. Jane le había dicho que durante su sueño hablaba cosas raras, pero él no lograba recordaba nada.

De niño había tenido algunos episodios que no habían dejado de ser esporádicos y que al llegar a la adolescencia habían desaparecido.

Cuando Ruth insistió en que fueran a ver a un médico él se negó, pero ella parecía inquieta. Temía que pudiera caerse por las escaleras de la casa o hacerse daño. El doctor le recetó unas medicinas y le comentó que podía deberse al estrés. Los últimos meses habían sido delirantes. La última novela le había llevado a recorrer veinte países y tres continentes. Todo ese tiempo perdido lejos de la familia. Si hubiera podido adivinar lo que iba a suceder a principios del verano nunca se hubiera marchado, pero su última novela había sido todo un éxito, se había traducido a treinta idiomas y debía promocionarla en medio mundo.

Se sentó en una de las sillas y contempló las primeras luces del alba. Se sentía agotado; apenas había dormido algo aquella noche. Pensó que lo mejor era ir a prepararse un café, pero estaba poniéndose en pie cuando las luces de la parte delantera se encendieron. Vio el resplandor reflejado en los cristales. Dudó por unos instantes, pero como la claridad comenzaba a dominar el bosque y la tormenta parecía haber pasado de largo se dirigió en pijama hasta la entrada principal. Se quedó unos segundos allí intentando escuchar algún tipo de sonido y después se decidió a abrir.

En mitad de la entrada, a unos veinte pasos de él, vio claramente la figura de una niña de algo menos de doce años. Llevaba ropa de invierno, un jersey blanco y unos pantalones impermeables negros. Su gorro de lana era gris y de él salían dos largas trenzas rubias. Cuando se fijó en su rostro horrorizado y en la sangre que le cubrías las manos, el jersey y la cara, lo único que pudo hacer fue correr hasta ella. La niña agachó la mirada y comenzó a llorar, ensuciando aún más su cara repleta de chorretones y resto secos de sangre.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha sucedido? ¿Dónde está tu familia?

La niña no logró articular palabra; temblaba entre sollozos. Al final levantó la mano y señaló algún punto indeterminado a su espalda. Después pronunció cuatro palabras que se grabaron en la mente de Steve:

—¡Ayude a mis padres!

SEGUNDA PARTE

UNO A UNO

LA NIÑA

Tardó en mucho reaccionar, o al menos a él le pareció una eternidad. Tomó a la niña en brazos. Sintió su cuerpo helado a través del fino pijama. No entendía cómo había bajado tanto la temperatura en tan pocas horas. La tomó en brazos y corrió de nuevo hacia la casa. Cruzó hacia el salón sin cerrar la puerta, dejó a la niña tumbada en un sofá y la tapó con una manta. Se acarició el pelo un rato mientras caminaba de un lado para el otro sin saber qué hacer. No quería dejar sola a la niña, que con el calor de la manta comenzaba a amodorrarse. Ni siquiera se había atrevido a examinarla para ver si toda esa sangre era suya.

La niña comenzó a cerrar los ojos y él se asustó. Se puso tan nervioso que corrió hacia la planta de arriba gritando, aunque en su fuero interno se decía que no quería asustar a nadie. Acaban de comenzar sus vacaciones y todo parecía torcerse poco a poco. Antes de llegar al pasillo de la planta alta sus siete amigos ya estaban en las puertas de sus habitaciones medio adormilados, pensando que todo era una broma pesada de su amigo.

—¿Qué sucede? —preguntó John mientras terminaba de colocarse una camiseta vieja.

—Hay una niña abajo toda cubierta de sangre.

Las cosas que decía Steve parecían tan inconexas que algunos de ellos pensaron que su amigo estaba de nuevo sonámbulo.

El sol comenzaba a alzarse sobre los árboles y por las ventanas de las habitaciones la luz penetraba tímidamente, ya que el día se había levantado completamente nublado.

Los siete amigos le siguieron escaleras abajo tan sorprendidos como intrigados por lo que había visto Steve. Susan pensaba que había encontrado algún tipo de animal herido; se había percatado de las manchas de sangre que llevaba en el cuello y en el pijama. Jane estaba asustada, sobre todo por el encuentro que ambos habían tenido aquella noche. Philip, John y Allan aún creían que su amigo estaba bromeando. Mary simplemente les siguió medio adormilada. Con tantas pesadillas apenas había podido descansar en toda la noche.

En cuanto vieron a la niña con los ojos cerrados y la cara ensangrentada pensaron lo peor, pero Susan le puso una mano en la mejilla y vio que aún estaba caliente.

El grupo se separó de ella y se pusieron hablar alrededor de la mesa del salón.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó Jane aún conmocionada por la situación.

—No podía dormir, estaba a punto de hacerme un café y vi que la luz de afuera se encendía. Entonces la vi en mitad de la nada, ensangrentada y asustada.

—Pero ¿estaba sola? —preguntó Allan.

—Sí.

—¿En medio del bosque una niña tan pequeña y completamente sola? —comentó Susan.

—Dijo algo de ayudar a sus padres. Puede que hayan sufrido un accidente —dijo Steve, que parecía poco a poco recobrar la calma.

—Casi seguro que habrán sufrido un accidente.

—Pero Susan, esta carretera únicamente conduce a la casa. No hay nada cerca —contestó Steve.

—Irían a hacer una acampada.

—Con esta tormenta y en pleno otoño... No me parece creíble.

Todos se quedaron pensativos hasta que Philip comenzó a pensar en un plan de acción. Tenían que hacer algo y lo más rápidamente posible.

—Jane, intenta comunicarte con las autoridades por Internet. Alguien debería examinar a la niña y salir en busca de sus padres. Si están heridos y a la intemperie no sobrevivirán durante mucho tiempo.

—Yo examinaré a la niña; no soy una experta pero hice hace mucho tiempo un curso de primeros auxilios —comentó Susan.

—Perfecto —dijo Philip.

—Pues nosotros podemos echar un vistazo a la carretera. Si ella ha venido a pie no creo que se encuentren muy lejos —añadió Steve.

—Te acompaño —dijo John.

—Antes de salir hablemos con la niña y esperemos a que Jane se ponga en contacto con las autoridades —comentó la mujer de Allan.

Susan se acercó a la niña acompañada de Mary. La miraron por unos momentos; transmitía una paz que contrastaba con los restos de sangre y suciedad del rostro. La mujer puso dos dedos en el cuello de la niña y comprobó que la tensión era normal. La destaparon con cuidado y le levantaron las mangas del jersey blanco. Parecía hecho a mano. Era de lana gorda y suave, pero los lamparones de barro y sangre le daban un aspecto grotesco.

Examinaron los brazos: no había moratones, heridas o golpe. Levantaron un poco el jersey y la niña abrió los ojos de repente. Se dieron un buen susto. Las miró con sus inmensos ojos verdes y comenzó a gritar.

—Tranquila, cariño... Estamos mirando si estás herida... —dijo Susan poniendo su mano sobre el hombro de la niña.

El resto de amigos que estaba en el salón corrió hasta el sofá. Al ver a tanta gente la niña se asustó más. Se fijó en Steve y gritó:

—¡Mis padres necesitan ayuda!

Steve se acercó hasta su cara, se puso en cuclillas y le preguntó suavemente qué les había pasado y dónde estaban sus padres. La niña negó con la cabeza, como si no supiera qué responder.

—¡Necesitan ayuda!

—¿Qué ha pasado? ¿Habéis tenido un accidente? ¿Vivís cerca de aquí?

La niña se limitó a mirarlo con sus gigantescos ojos verdes, pero no respondió a ninguna de sus preguntas.

—Déjala, creo que está conmocionada —dijo Mary.

Susan les pidió que se retirasen y la terminó de examinar. No parecía que estuviera herida ni que la sangre fuera suya. La niña se encontraba completamente ilesa.

Jane conectó el teléfono e intentó hacer una llamada de emergencia, pero no había cobertura. Intentó contestarse vía Internet, pero el *wifi* no daba señal. Bajó las escaleras algo frustrada y nerviosa. Aquella misma noche lo había utilizado. Cuando llegó al salón las mujeres estaban junto a la niña y los hombres mirando un mapa.

—¿Conseguiste hablar con la policía o los bomberos? —preguntó Philip, que parecía haber tomado el mando de la situación.

—No, no hay cobertura ni Internet —comentó Jane enseñando su teléfono.

—¡Mierda! Justo en el peor momento —dijo Allan.

—Bueno, entonces tendremos que apañárnoslas nosotros mismos. Allan y yo iremos a buscar a los padres de la niña, Steve y Jane que vayan a Clayton Lake y el resto se quedarán con la niña.

—Creo que es mejor que me acompañe John, Jane tiene el tobillo mal —comentó Steve.

—De acuerdo. En diez minutos salimos, hay que prepararse bien —dijo John.

Philip subió a su habitación y buscó la ropa de abrigo y el impermeable que había traído. Después tomó una brújula, un botiquín, un kit de supervivencia y dos bengalas. Cuando llegó de nuevo al salón, Steve, John y Allan ya le esperaban.

—¿Nos vais a dejar solas? —preguntó Susan, que había conseguido que la niña se durmiera de nuevo.

—Es de día, aquí estáis seguras.

—¿Seguras? Allan me contó que ayer oísteis algo. Cuando salisteis había una sombra, puede que fuera un oso.

—Tranquila, Susan, aunque fuera un oso no va a entrar en la casa. Tengo un fusil en el coche y hay dos más bajo llave en aquel armario. Si os sentís más seguras puedo daros uno.

—Philip, nunca he usado un arma. Pero no me parece buena idea que se marchen todos los hombres.

—Pues yo me quedo, vete tú con Allan a buscar a los padres. Toma, aquí hay algunas cosas que puedes necesitar.

Susan titubeó un momento. Después tomó la pequeña mochila. Ella ya estaba vestida, pero fue a buscar sus botas de montaña y su abrigo.

—No me jodas, cariño. Prefería ir con Philip; él está acostumbrado a ir por la montaña.

—Yo era *Girl Scout* —dijo con sorna su mujer—. Además, conduzco yo.

—No, nosotros vamos caminando. No pueden estar muy lejos.

Mary y Philip se quedaron con la niña mientras Steve y John tomaban uno de los coches y Allan y Susan comenzaban a registrar el camino.

Antes de que la pareja se alejase, Philip les llamó:

—Llevad este mapa. Además de nuestro camino hay uno que se dirige a un viejo aserradero junto al río. Si no veis nada, puede que estén en esa carretera.

—Gracias —dijo Allan a su amigo.

El todoterreno de Steve fue dejando dos surcos en el terreno. La lluvia no había logrado crear un barro espeso, pero sí el suficiente para que se pegase a la suela de los zapatos.

Allan tomó buen paso. El día anterior había recorrido ese camino corriendo con Steve y lo conocía bien. Llevaba un rifle con mira telescópica colgado del hombro. No era un gran tirador, pero no era la primera vez que salía de caza.

Caminar cuesta abajo era muy fácil, pero el frío comenzaba a apretar y cuando Susan levantó la vista le pareció ver una especie de minúsculos copos de nieve cayendo sobre su cara.

—Está nevando —comentó.

Si no hubiera sido porque se encontraban en medio de un bosque remoto, buscando a dos posibles víctimas de un accidente y con un oso rondando por la zona, aquel podía haber sido un agradable paseo, pero Susan tenía tanto miedo que apenas habló con Allan durante el resto del recorrido.

Después de cinco kilómetros sin ver ningún resto de accidente llegaron al punto en que se bifurcaba el camino. El sendero medio cubierto por la maleza de la derecha conducía al viejo aserradero, mientras que la carretera principal continuaba descendiendo hacia el lago.

Allan hizo un gesto de resignación a su esposa y se encaminaron por el sendero. La nieve caía con más fuerza, pero el suelo continuaba despejado y el frío, curiosamente, había cesado.

Los árboles rojizos del camino parecían arder ante la blancura que poco a poco cubría sus hojas. A los lados del sendero las primeras manchas blancas encontraban cobijo en los arbustos y la hierba.

—¿No te parece demasiada distancia? Me parece increíble que una niña en mitad de la noche caminara todo este trecho sin linterna y sin saber adónde se dirigía —comentó Susan.

—Te parece increíble, pero el instinto humano es capaz de cosas que ni imaginaríamos. Incluso en el caso de una niña. ¿No te acuerdas de la niña de siete años que sobrevivió diecisiete días en la selva de Colombia ella sola?

—Bueno, estoy segura de que conocía muy bien por dónde se movía.

—Sin duda, pero puede que la niña también sea de esta zona. Conocería el sendero y la existencia de la casa en la que estamos. Además, llegó pasadas las seis de la mañana, lo que demuestra que anduvo perdida varias horas. Por lenta que fuese, es posible que recorriese una distancia de diez o doce kilómetros. Si te parece bien, caminaremos hasta el aserradero, que según el mapa está más o menos a cinco kilómetros de aquí y regresaremos. Eso nos llevara unas dos horas, como mucho tres en total.

Susan asintió con la cabeza. Caminaron al mismo pasó y vieron cómo la nieve lo cubría todo por completo. Allan recordó las imágenes del iPad de su amigo y sintió cómo la rabia se apoderaba de él. Recordó aquella escena con la prostituta en el hotel de Atlanta. Se sintió excitado y miró de reojo el rostro de Susan.

Maldita puta, pensó mientras sus huellas comenzaban a marcarse en la nieve, como si el bosque quisiera vigilar sus pasos.

El coche se agarraba tan bien a las curvas que Steve intentó ir más rápido que el día anterior. Sabía que el camino siempre parecía más largo cuando lo recorrías por primera vez, aunque casi cincuenta kilómetros por una pista de tierra eran al menos una hora. Eran las ocho de la mañana, por lo que antes de las diez estarían de vuelta con la ayuda.

John no decía nada, lo único que hacía era probar la cobertura de su móvil a cada momento.

—Déjalo ya, ¿no ves que no hay señal? Estamos en el culo del mundo —dijo Steve algo molesto.

—Tú conduce. Si logro hablar con ellos mandarán uno de esos helicópteros. Cada minuto que pasa los padres de esa niña tienen menos posibilidades de sobrevivir.

—Voy lo más rápido que puedo, pero si me salgo en una curva tendrán que mandar otro helicóptero para que nos busque a nosotros.

—No lo digo por eso, Steve.

Todos estaban un poco tensos. Habían dejado a sus familias y sus trabajos para descansar juntos unos días. Llevaban vidas muy ajetreadas y aquellos días eran un alto en el camino para compartir, olvidarse de todo y regresar con las pilas cargadas, pero ahora todo eso se había ido a la mierda. Aunque la situación se había torcido mucho antes. La caída de Jane, las cosas raras de Steve y la actitud de Philip no ayudaban a tener una convivencia pacífica.

John quiso pensar que una vez que ayudaran a los padres de la niña las cosas volverían a su cauce y disfrutarían del resto de las vacaciones.

Mary había estado muy rara últimamente, parecía tensa y distante. No tenía muchas ganas de hacer el amor y les gritaba a las gemelas por cualquier cosa. Él sabía que no era fácil ser madre, esposa, ama de casa y profesora en la universidad, pero últimamente parecía muy desquiciada.

La vida ya no les parecía esa promesa de metas, sueños y planes fantásticos. Se asemejaba más bien a una monótona película francesa de burgueses aburridos y sarcásticos de Buñuel. Sabía que él era un tipo con suerte, con mucha suerte. La Providencia le había guardado de un ataque cardíaco, además de darle una familia maravillosa y la oportunidad de trabajar en lo que realmente le gustaba. Lo único que le jodía un poco (aunque nunca sería capaz de reconocerlo en voz alta) era el éxito literario de su amigo. Le parecía terrible que esas ideas se le pasasen por la cabeza. Quería a Steve con toda su alma, pero cuando eran más jóvenes y su amigo se dedicaba a la publicidad era él la gran promesa literaria. Con menos de veinticinco años había logrado que una editorial de Nueva York le publicara un libro de relatos titulado *Historias del otro lado*. Trataba sobre la vida en Brooklyn y las aventuras de un grupo de amigos cuando cruzaban el río y pasaban a Manhattan. La crítica lo había puesto por las nubes, pero después se casó, se fue a Los Ángeles a trabajar y perdió el contacto con el mundo editorial. Cuando estaba a punto de intentarlo de nuevo Steve comenzó con sus éxitos. Él mandó su libro a una editorial muy importante, pero no recibió respuesta.

Naturalmente lo había superado, pero seguía pensando que el estilo de su amigo dejaba mucho que desear.

El coche se aceleraba cada vez más y cuando comenzó a nevar Steve tuvo la sensación de que patinaba un poco en las curvas. A pesar de todo, no aminoró la velocidad. Tenían que llegar cuanto antes. Aquella niña le recordaba a Jim. Cuando vio su rostro cubierto de sangre y aquella expresión de terror se dijo que aunque no hubiera podido salvar a su familia debía intentarlo con la de la niña, por eso le molestaba tanto la actitud de su amigo.

El camino comenzó a ascender de repente. Las curvas eran mucho más cerradas y allí la nieve se acumulaba en gran cantidad. Las ruedas patinaron un par de veces, pero logró recuperar el control.

—Joder, ve más despacio —dijo John sujetándose en la puerta.

—La carretera se está poniendo fatal.

El coche subió la última cuesta y comenzó a descender de nuevo. Vieron una recta larga y Steve se relajó un poco. La peor parte de la carretera ya había pasado. Entonces vieron al gigantesco alce. Fue un segundo. Apareció en el lado derecho del camino, se paró justo en medio y les miró. Sus grandes ojos oscuros y su gran cornamenta fueron lo último que vieron. Steve intentó esquivarle, pero al frenar sobre la nieve el coche comenzó a girar. Sintieron como si viajasen en una noria descontrolada. Después el todoterreno voló literalmente por unos segundos, y cuando

cayó de nuevo al suelo comenzó a dar vueltas de campana hasta estamparse contra el tronco de un inmenso abeto.

La niña se despertó y pidió agua. Mary se sobresaltó al escuchar su voz. Se había quedado medio dormida sentada a sus pies. Philip había puesto la calefacción y había encendido la chimenea. El calor fue adormeciéndola, pero la voz de la niña la sacó rápidamente de su letargo.

—¿Agua? Un momento.

Mary fue a por el agua y aprovechó para traer leche y galletas. Afortunadamente, había comprado un par de botellas de leche de vaca. Aunque la mayoría de ellos tomaba de soja, para una niña en su estado era mejor que tomase algo más contundente.

Primero bebió el agua con ansia, después vio las galletas y la leche. Se relamió y se sentó en el sofá.

—Primero tienes que lavarte las manos y la cara —dijo Mary, que no dejaba de ser una madre preocupada por la higiene personal de cualquiera que todavía no hubiera pasado la pubertad.

La niña frunció el ceño, pero se puso en pie y la siguió hasta el servicio. Estaba espigada y era poco más baja que ella, aunque aún no había desarrollado mucho su cuerpo. No fue sencillo quitarle la sangre. Estaba tan pegada al cuerpo que tuvo que frotar bien antes de dejar a la niña decente.

—Tengo algo de ropa. Te sentirás más cómoda con una ropa más limpia.

—Tengo hambre —contestó la niña, pero la decisión ya estaba tomada.

Subieron a su cuarto y la ayudó a quitarse el jersey. La niña tenía una especie de sujetador infantil, una camiseta y los pantalones. Le prestó unos vaqueros viejos, una camiseta limpia y un jersey rosa. Mientras se desvestía le extrañó ver una larga cicatriz que le corría por toda la columna. Como estaba sentada tocó la cicatriz y tuvo la sensación de que se movía, como si estuviera viva. La niña se giró y frunciendo el ceño le apartó la mano.

Cuando la niña se terminó de vestir su aspecto había cambiado notablemente. Sus rasgos eran finos, su pelo rubio brillaba bajo la luz de la lámpara y tenía un aspecto saludable.

—¿Cómo te llamas?

—Berenice Kramer —contestó la niña agachando la cabeza.

—¿Qué sucedió anoche? —preguntó Mary aprovechando que la niña parecía mucho más calmada.

—Tengo hambre.

La mujer no insistió. Tenía dos hijas y sabía que hasta que un niño no tenía cubierta sus necesidades básicas no soltaría palabra, pero el nombre era al menos algo por lo que empezar.

Bajaron al salón. No había ni rastro de Philip ni de Jane. Desde que se había dormido no les había vuelto a ver. Berenice se sentó frente a la mesa y devoró desesperadamente las galletas y la leche. Mary se levantó y fue a por más.

Mientras la niña tomaba la segunda taza la mujer se acercó a ella y le ordenó un poco el pelo.

—Querida, ¿vives cerca de aquí?

—No.

—¿Te duele algo? ¿Te encuentras bien?

—Un poco la rodilla —dijo la niña tocándose sobre el pantalón.

Mary le remangó el vaquero y vio un rasguño poco profundo.

—¿Qué pasó anoche? ¿Dónde están tus padres?

La niña apartó la pierna y bajó la pernera del pantalón bruscamente. Después miró a la mujer con un gesto hosco que afeó sus facciones y con una voz que parecía salida de lo más profundo de un pozo le dijo:

—Putá, déjame de hacerme preguntas...

Las huellas eran de oso. Seguramente un macho de gran tamaño. Viajaba solo, y por las fechas en las que se encontraban estaba buscando un lugar en el que pasar el invierno. Se habría acercado a la casa por curiosidad, pero al ver la luz se asustó. Las huellas únicamente se veían hasta los pies de la casa del árbol. Después la nieve había cubierto toda la explanada y el sendero.

—¡Joder! Un oso grande y hambriento dentro de la finca. Tengo que asegurar todo el terreno y cerrar las vallas. Si se ha marchado puede que vuelva por la tarde —dijo Philip en voz alta mientras miraba las huellas inclinado, apoyado sobre el fusil.

Lo primero que hizo fue comprobar todos los alrededores de la casa. Tras unos diez minutos comprobó que no había ni rastro del oso. Por la parte trasera el bosque se cerraba tanto que no creía que se hubiera marchado por allí. Al asustarse debía haber seguido el sendero y probablemente salió por la puerta.

Caminó el par de kilómetros hasta la verja, la recorrió buscando rastros, secreciones o alguna víctima, pero no vio nada. Aquello le tranquilizó un poco. Miró hacia el final del sendero, y después observó el manto de nieve, que en el caso de que regresara el oso delataría enseguida su presencia.

Sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos, encendió uno de ellos y comenzó a fumar. El humo cruzaba el aire helado y revoloteaba sobre su cabeza mientras los copos de nieve invadían lentamente su chaqueta y su sombrero de nieve. Pensó que cuando regresara a casa dejaría de fumar. El accidente de los padres de la niña le había hecho recapacitar. También la caída de su esposa. Aunque no había sabido reaccionar, cada día que pasaba era más consciente de que perder a Jane sería el mayor error de su vida. Ella le había soportado todos aquellos años y apenas se había quejado. Sus trabajos eran muy estresantes, pero habían acumulado mucho dinero.

Tal vez era el momento de replantearse la vida, dedicarse a otra cosa y tener al bebé antes de que ninguno de los dos pudiera criarlo. Le aterrorizaba ser padre. Era una responsabilidad muy grande. No quería meter la pata como lo habían hecho sus padres con él, pero llevaba toda la vida asumiendo riesgos. Su profesión consistía precisamente en eso.

Tiró el pitillo a la nieve y lo aplastó con la bota, entonces vio unas huellas que se perdían detrás de unos árboles.

—Maldito bicho, estás escondido detrás de los abetos. Te aseguro que no venía con la intención de cazar un oso, pero no dejaré que te muevas a tus anchas por la finca —dijo mascullando entre dientes. Preparó el fusil y buscó al animal con la mirilla.

Llevaba un rato observando cuando escuchó detrás de él un rugido. Se volvió y vio al animal justo encima. ¿Cómo se había acercado con tanto sigilo?, se preguntó en décimas de segundo mientras levantaba el fusil e intentaba disparar.

El oso fue más rápido. De un zarpazo le arrebató el arma y sus garras le destrozaron medio brazo. No le sirvió de nada la chaqueta, el jersey y la camiseta: el animal los atravesó con sus zarpas como si se tratase de mantequilla. Sintió un dolor intenso, pero no tuvo tiempo de lamentarse. Se giró rápidamente y comenzó a correr como un loco hacia la casa.

Las gotas de sangre caían sobre la nieve mientras el animal bramaba a su espalda. El oso corría a cuatro patas mientras él se esforzaba por no escurrirse, no perder la calma y continuar con la ventaja que tenía sobre la bestia.

Antes de que recorriera un kilómetro el animal le lanzó un nuevo zarpazo. Le alcanzó el talón y se derrumbó en la nieve. Se levantó lo más rápido que pudo. Sabía que no podría llegar vivo a la casa, pero tal vez sí a la casa del árbol.

Corrió cojeando, mordiéndose los labios por el dolor y rezando por sobrevivir. Justo en el momento en el que se planteaba un cambio drástico en su vida, el destino parecía robarle su última oportunidad.

La casa del árbol estaba a quinientos metros. Perdía mucha sangre y tenía una sensación de mareo, pero aún le sacaba un par de metros al animal. Cuando llegó a la escalera de madera trepó lo más rápido que pudo. El animal dio un par de zarpazos a medio centímetro de sus botas, pero no le alcanzó.

Se sentó sobre la plataforma y escupió a la cara del animal.

—Maldito hijo de puta. Creías que me tenías cogido por los cojones.

Un frío húmedo comenzó a extenderse por sus piernas y después al resto del cuerpo. Perdía mucha sangre. Se arrastró hasta la casa, cerró la puerta, se quitó la chaqueta ensangrentada y con un trozo de la camisa se hizo un torniquete. Después se arremangó la pierna. Cuando examinó su estado casi perdió el conocimiento: parte de su tobillo había desaparecido y el pie parecía únicamente unido por el hueso y restos de los tendones.

Buscó un botiquín, pero no había nada. Lo único que encontró fue un poco de vodka, lo echó sobre la herida y experimentó un dolor tan intenso que casi se desmayó. Se tapó la herida y se tumbó en el sofá. No podía quedarse dormido. Tenía que aguantar. Sus amigos no tardarían en regresar.

Tal vez todo aquello era un regalo de la vida. Una larga baja, una operación y la oportunidad honrosa de cambiar para siempre. Ya no tendría que lavar su conciencia ayudando a todo el que se cruzaba en su camino; tampoco le importaba demostrar a nadie que ya no era un modesto chico de barrio. Se sentía libre. Aquel oso le había quitado con su zarpazo las preocupaciones sobre lo que pensarán los demás. Ahora se centraría en Jane, sus necesidades y sobre todo en ser padre. Al fin y al cabo, un hijo era lo único que sobrevivía al paso del tiempo. Todo lo demás era paja lanzada al horno incesante de la vanidad que convertía a los seres humanos en esclavos de sus mismos miedos.

PROBLEMAS

Philip escuchó cómo se acercaba un vehículo y deseó con todas sus fuerzas que fuera la policía o una ambulancia. Se había quedado dormido al menos una hora. Cuando miró su tobillo estaba seco. Al menos no había sangrado más, aunque se encontraba muy débil. El brazo estaba menos dañado, pero el dolor le llegaba hasta el codo y le impedía mover bien la mano. Sabía que tenía que ponerse una inyección antitetánica cuanto antes. Un animal salvaje era un foco de todo tipo de infecciones, pero lo que más lamentaba era haber dejado con vida a aquel oso. Si Allan o Susan regresaban antes que los refuerzos, podía atacarles. Por eso se alegró tanto al escuchar el motor del coche.

La furgoneta se aproximó lentamente. La nieve había ocupado la parte trasera abierta, que estaba cubierta con una sencilla lona verde. El conductor paró el motor y Philip le observó por la ventana que daba a la casa. Cuando vio las botas de goma verdes reconoció de inmediato al dueño de la casa. El señor Larry Hartzenbusch había comentado que posiblemente vendría al día siguiente para cobrar el resto del precio del alquiler, aunque con tantos acontecimientos a todos se le había olvidado.

—¡Señor! —gritó Philip tras salir a la plataforma de la casa del árbol. El anciano levantó la vista y vio el rostro pálido del hombre. Entonces se dio cuenta de la sangre que había alrededor del árbol y en las escalera.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el anciano. Llevaba un gorro con orejeras, un chaleco de color azul muy grueso de plumas y unos vaqueros raídos.

—Un oso me hirió cuando estaba buscando sus huellas. Anoche se acercó algo a la casa según me contaron mis amigos. Le vi cerca de la verja, me atacó por la espalda y me hirió en el tobillo y el brazo. He perdido mucha sangre.

—¿Puede bajar?

—No creo que pueda sin ayuda.

—Mejor no se mueva de ahí. Llamaré a emergencias —dijo el anciano levantando la mano, para que se tranquilizase el hombre.

—No hay Internet ni cobertura. Mis amigos fueron a pedir ayuda en coche.

—Eso está bien.

—Además, esta mañana apareció frente a la casa una niña ensangrentada. Creemos que su familia sufrió un accidente o puede que les atacara ese mismo oso.

El anciano frunció el ceño. Se repasó la barba cana con las manos y después preguntó al hombre:

—¿Cómo es esa niña?

—Rubia, de unos once años...

—Muy bien, relájese, pronto llegará la caballería. Yo voy a intentar ver qué pasa en la casa y recuperar la señal de Internet. Seguramente la tormenta ha roto algún cable y ha desconectado el módem. No es la primera vez que sucede.

Philip no quería que le dejara solo de nuevo, pero al menos se sintió aliviado al ver al viejo. La ayuda no tardaría en llegar y él podría recuperarse tranquilamente en algún hospital del condado. Entró de nuevo en la casa y se intentó relajar en el sillón. Se tapó con la vieja manta e intentó imaginar dónde estaría Jane. Esperaba que no hubiera intentando ir a buscarle. Aquel oso parecía sediento de sangre. Respiró hondo, cerro los ojos e intento pensar en otra cosa. Imaginó cómo sería su vida a partir de entonces. Se prometió a sí mismo que desde aquel momento se dedicaría a disfrutar de la vida y pasar el resto de sus días junto a Jane.

No habían pasado veinticuatro horas y todo estaba patas arriba. A ella todavía le dolía el tobillo y el codo, Steve y John se habían ido a por ayuda, Allan y Susan estaban intentando encontrar a los padres de la pequeña y ellos tres esperaban en la casa a que todos regresaran.

Mary se había dormido y Philip se había marchado para echar un vistazo alrededor de la casa. Ella se sentía inútil sentada en una de las sillas del salón mientras intentaba una y otra vez conectar a la red.

El mensaje que recibía era que la red no encontraba el aparato módem. Por eso se dedicó a buscarlo por toda la casa, pero sin resultado. De repente se acordó del cuarto en el que había encontrado a su amigo Steve la noche anterior. Se encaminó a la salida, abrió con esfuerzo la puerta y entró en la habitación. No tenía ventanas que dieran al exterior, por lo que la estancia se encontraba tan oscura como la noche anterior. Encendió la luz del techo y examinó el cuarto. Revisó los muebles viejos, las cajas y todos los cachivaches sin ver el módem, hasta que se percató de un cable que recorría el zócalo de la pared y llegaba hasta lo que parecía la inclinación del hueco de la escalera. Allí había una pequeña puerta con un pestillo. Intentó abrirlo, pero lo costó un poco. Parecía oxidado, como si nadie lo hubiera abierto en mucho tiempo. Cuando por fin abrió un fuerte olor a humedad y polvo le inundó las fosas nasales y le hizo toser. Debajo de la casa debía haber mucha agua subterránea. Buscó a tientas algún interruptor de la luz y al final dio con él, apretó y se encendieron varios fluorescentes viejos que daban una luz algo turbia. Al mirar la sala hubo varias cosas que le extrañaron. La primera, una mesa en el fondo con tres monitores conectados. Parecían cámaras de seguridad de la casa. Al lado el módem, que estaba desenchufado. Bajó unas empinadas escaleras de madera y se sentó en la silla. Los monitores se conectaron al tocar el ratón y vio que había más de una veintena de cámaras repartidas por toda la casa. Después agarró el módem y vio que estaba desconectado. Volvió a conectar los cables, pero la señal no regresó. Uno de los cables estaba cortado. Aquello no parecía un accidente o una casualidad. Además, por

todas aquella cámaras colocadas sin su conocimiento parecía que alguien quería dejarles incomunicados.

Entonces las luces se apagaron de repente, dejando únicamente la luz de los monitores. Jane se puso en pie y corrió hacia la puerta, pero esta se cerró de golpe y quedó atrancada. Subió las escaleras y golpeó la madera vieja y desgastada, pero no cedió. Lo único que podía esperar era que sus amigos la echaran de menos y acudieran a ayudarla.

El anciano entró en la casa y vio a una de las mujeres sentada en una silla. Parecía nerviosa, repiqueteando los dedos sobre la mesa. Al ver al dueño dio un respingo, pero cuando le reconoció se mostró más tranquila, como si estuviera deseando que alguien viniera.

—Señora, su amigo está herido en la casa del árbol.

—¿Le ha pasado algo a Philip? ¡Dios mío! Yo creo que esa niña está maldita o algo así, no se comporta como una persona normal.

—¿Qué niña? Su amigo me ha hablado de ella, pero no veo a nadie.

La mujer se puso en pie y buscó a Berenice por toda la casa. No había ni rastro de ella. El hombre se limitó a seguirla por las habitaciones sin decir palabra, con el rifle apoyado en el hombro y un gesto de indiferencia.

—No sé dónde se ha podido esconder. La casa es grande, pero ya hemos registrado todas las habitaciones.

El anciano miró de reojo a la mujer, como si en el fondo no se creyera nada de lo que decía.

—Tampoco hemos encontrada a su amiga.

—Ni rastro de Jane. Creo que está pasando algo realmente extraño.

—Si le parece bien, intentaré restablecer la red y después continuaremos buscando. Por favor, quédese en el salón y no salga de allí.

—¿No sería mejor que fuera a ver a mi amigo? Tengo un botiquín...

—Al parecer le atacó un oso. No es buena idea que salga de la casa. Quédese quieta en el salón. ¿Entendido?

Aquel hombre imponía. A pesar de su edad, se conservaba en buena forma y su voz ronca mostraba una gran determinación y seguridad. Mary se dirigió al salón, tomó su iPad y esperó a que tuviera señal para ponerse en contacto con emergencias.

Larry Hartzenbusch no intentó restablecer la señal. Se limitó a ir a la parte trasera de la casa. Si la niña se había ocultado en algún lugar era allí. Miró la sala de la caldera, un par de cobertizos y un pequeño túnel que pasaba debajo de la casa. La primera ocupación de aquel terreno había sido la de aserradero. Por debajo, en invierno, pasaba un pequeño arroyo, aunque en verano solía secarse. Sobre todo desde que el cambio climático había acortado los inviernos, impidiendo las nevadas más importantes.

Al entrar al túnel escuchó un rugido que provenía de la oscuridad.

—¿Te has escondido aquí, maldita bestia? —dijo en voz alta el anciano. Después se descolgó la escopeta y apuntó hacia el sonido. Tenía la esperanza de que el animal saliera y poder dispararle, pero el oso permaneció en el túnel, como si supiera lo que le esperaba, y dejó de rugir.

Entonces escuchó unas risas a sus espaldas. Debía tratarse de la niña, pero no quería apartar la mirada del túnel, el oso podía aparecer en cualquier momento.

—Viejo tonto —dijo la voz de la chica.

El anciano se giró y el oso salió como una exhalación del túnel y de un zarpazo logró desarmarle. Le hincó las garras en el pecho, pero Larry se giró con rapidez y tiró nieve a los ojos del animal. Después corrió intentando olvidarse del dolor que le producían sus piernas artríticas. Subió la pendiente y cayó al otro lado rodando. Se giró para comprobar si el oso le seguía y localizar a la niña, pero cuando vio las fauces del animal a pocos metros de él corrió de nuevo hacia la casa totalmente aturdido por el ataque.

Mary escuchó los golpes en la puerta y corrió a abrir. El anciano tenía los ojos desencajados, se sujetaba la mano derecha y con la espalda cerró de un portazo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la mujer medio histérica.

—Ese maldito oso estaba en el túnel, escuché a la niña, me giré y me atacó.

—¿Dónde está Berenice?

—¿Quién es Berenice?

—Berenice Kramer es la niña.

—Me gritó algo raro, pero no parecía tener miedo al oso. Era como si no fuera humana —contestó el anciano.

—¿No ha podido conectar Internet? —preguntó Mary fuera de sí.

—No, salí primero a buscar el oso. Si los servicios de emergencia vienen con sus luces y sirenas ese animal volverá a atacar.

—Pues hay que avisar. Me extraña que ni Steve ni John hayan regresado aún. Tampoco encontramos a Jane. Afortunadamente Allan y Susan deben estar a punto de llegar.

—La nieve comienza a caer con fuerza. Si continúa así un par de horas no se podrá acceder por carretera. Lo mejor sería que nos fuéramos —comentó el anciano.

—Pero hay una niña perdida. No sabemos nada de sus padres, mi amigo está en la casa del árbol y los demás...

—Señora, llevaremos a su amigo y a la niña si quiere venir. Seguro que en cuanto termine la tormenta traerán a los perros y los helicópteros, pero con la nieve nadie se acercará y nosotros no podemos salir. Lo de mi mano es un rasguño, pero su amigo necesita asistencia médica.

Mary no podía pensar con claridad, se sentía demasiado confusa. Irse con aquel hombre parecía la mejor opción, sobre todo porque no quería quedarse sola de nuevo y por la situación de Philip, pero dejar sola a la niña, aunque fuera una maleducada o

estuviese loca, tampoco le parecía lo más correcto. Además, allí fuera había un oso acechando la casa.

—No podemos irnos sin la niña, además tenemos que encontrar a Jane...

Escucharon una voz fuera. Parecía la de Berenice. El anciano dudó unos segundos. Estaba desarmado y no sabía lo que podía encontrarse.

—¡Abra la maldita puerta! —gritó la mujer.

El anciano la abrió lentamente hasta que los primeros copos de nieve le golpearon en el rostro y la ventisca le advirtió que no podían seguir esperando.

—Tenemos que regresar —dijo Susan a su esposo.

La mayor parte del trayecto se había comportado de una manera extraña. Apenas le había dirigido la palabra, pero ella no estaba dispuesta a seguir caminando mientras la nieve comenzaba a caer con fuerza.

—Ya hemos llegado —comentó Allan señalando el río y la gran casa de madera que se levantaba a su lado.

Una gran montaña de tablones parecía parapetar la montaña, como si en alguna época se hubieran producido desprendimientos. Encima de los listones habían crecido árboles, como si intentaran de alguna manera reparar la muerte de sus hermanos.

La gran casa de madera tenía tejado de zinc tan viejo y oxidado que parecía a punto de caerse. A pesar de todo, las viejas vigas de madera resistían aún el peso y la nieve disimulaba en parte el deterioro del edificio. En mitad del gran espacio se encontraba aún la antigua y gigantesca sierra. Oxidada, olvidada y sin dientes, el metal aún brillaba en parte bajo los copos de nieve de la entrada.

—No se ve a nadie —comentó Susan, a la que aquel lugar le producía escalofríos.

—Mientras nieve así creo que será mejor que nos quedemos aquí —dijo su esposo, que aunque intentaba quitarse aquellos oscuros pensamientos de la cabeza no podía borrar las imágenes de Steve y su esposa besándose.

—Yo me voy —dijo la mujer girando bruscamente y comenzando a caminar sendero arriba.

Allan la tomó del brazo con furia y la paró en seco. Ella intentó soltarse, pero él la atrapó con la otra mano y la llevó a empujones hasta el interior del aserradero.

Al agua corría con fuerza a un par de metros del lateral de la casa. La corriente se había intensificado a causa de las últimas nieves y las lluvias de la noche anterior.

—¿Te has vuelto completamente loco? —preguntó la mujer mientras seguía intentando zafarse de su marido.

El rostro de Allan estaba descompuesto. Los dientes apretados, los ojos muy abiertos y con la piel rojiza. Su pelo rojo daba destellos debajo del gorro de montaña.

—¡Maldita puta! Harás lo que yo te diga. Te saqué de ese estercolero y te llevé a Portland. Mírate, ahora pareces una verdadera dama, pero sigues siendo una puta barata de barrio.

—¡Estas completamente fuera de ti! Imagino que echas de menos tu ración de alcohol matutino.

—Lo he visto —dijo por fin el hombre.

—¿Qué coño has visto?

Allan aflojó las manos, como si el recuerdo de aquellas imágenes lograra paralizarlo.

—Las imágenes, lo que Steve grabó en el iPad —contestó agachando la cabeza. Tenía una mezcla de sentimientos. Por un lado se avergonzaba de haber espiado a su amigo, por el otro se sentía profundamente decepcionado por el comportamiento de su esposa. ¿Pero acaso él no había hecho lo mismo con algunas prostitutas?

—¿Has visto lo que grabé?

—Sí, tomé el iPad de Steve.

—Bueno, no es tan grave. Ya os comenté cuál era mi temor, tú lo sabes mejor que nadie.

—¿Qué dices? —preguntó el hombre confuso.

—Lo que grabé, la forma de morir que más me aterrorizaba.

El hombre la miró incrédulo. ¿A qué estaba jugando? Al menos una confesión repararía en parte lo que había hecho, pero parecía burlarse de él. La rabia volvió a inundar su cerebro y volvió a apretar sus dedos en los brazos de la mujer hasta que esta se quejó.

—¡Maldita zorra! Pensaba darte una oportunidad, escuchar tu confesión y perdonarte, pero ahora recibirás lo que mereces.

El hombre estaba a punto de levantarle la mano cuando ella le pegó una fuerte patada en sus partes y Allan se retorció de dolor en la nieve. Susan comenzó a correr hacia el sendero. Sus botas se hundían en la nieve, que ya tenía tres o cuatro centímetros de profundidad, impidiendo que corriera lo suficientemente deprisa. Llevaba dos años entrenando en el gimnasio mientras los niños se encontraban en la escuela, pero le costaba respirar y el corazón le latía a mil por hora.

Mientras se alejaba lo más rápido posible no dejaba de pensar en su marido. Allan era un poco agresivo, pero nunca le había puesto una mano encima. Sin duda algo o alguien le había sacado de sus casillas. Entonces recordó lo que había sucedido con Steve en la casa del árbol. Se sentía avergonzada por haber reaccionado de aquella forma, pero en ella se mezclaban los sentimientos de lastima por su amigo y una atracción que había tratado de apagar toda su vida. En los últimos años no se sentía muy satisfecha con su marido. Se pasaba el día quejándose del trabajo, la crisis y de ser el único que aportaba dinero a la casa. Su vida en Portland era muy cara. El colegio privado, la casa en unos de mejores barrios de la ciudad, sus clases de música, el gimnasio, las fiestas que celebraban... Una vida de lujo y *glamour* que la empresa de su marido les costeaba, pero la pérdida de dos importantes contratos con el ejército y una compañía aérea estaba secando la liquidez de la empresa. Pero ¿qué

culpa tenía ella? Ambos habían decidido que pasara unos años en casa cuidando a los niños, pero Allan no era un hombre que aguantase muy bien la presión.

Allan se levantó del suelo, dolorido. Miró a su esposa corriendo despavorida y se sintió avergonzado. No tenía ninguna razón para reaccionar de aquella manera. Si ella prefería a su amigo Steve, él no podía reprochárselo. Llevaba meses sin tocarla, apenas cruzaban algunas palabras y hacía años que no pasaban unos días solos para recuperar la pasión perdida.

—¡Susan, por favor no te marches!

La súplica de su marido la sorprendió. Al principio pensó que había escuchado mal, pero enseguida supo que Allan estaba entrando en razón. No sabía a qué venía aquel ataque de rabia; tal vez se había enterado de lo de Steve, pero él no era quien para pegarla. Aquel tipo de cosas debían hablarse de una manera razonable.

Susan se paró en seco y se giró. La nieve le caía por la cara, se posaba en los hombros de su chaqueta y le empapaba los pantalones. Ya no sentía frío, pero su nariz y sus mejillas estaban muy rojas.

—Vi el video, te estabas besando con Steve.

—¡Dios mío! Allan, no pasó nada. Fuimos a la casa del árbol y me abrí a él, sabes que llevamos mal mucho tiempo. Necesitaba que alguien me abrazara y me hiciera sentir de nuevo bella e importante —comentó Susan mientras las lágrimas recorrían sus mejillas.

—Lo siento, perdóname —dijo Allan, que con aquellas palabras no solo se quería disculpar de lo que acaba de hacer, sino sobre todo de lo que había dejado de hacer durante todo aquel tiempo.

Ambos se quedaron debajo de la nieve, a una cierta distancia, como si aquella lluvia blanca les estuviera purificando también por dentro. Después Susan corrió hacia él y dando un salto se subió a su cintura. Comenzaron a besarse con verdadera pasión. Ya no sentían el frío, la nieve que comenzaba a arreciar por la ventisca ni los malos entendidos que habían llegado a distanciarles.

Allan caminó con Susan encima hasta el aserradero, se aproximó a uno de los montones de tablones y apoyó a su mujer contra ellos. Continuaron besándose y en medio de aquel caos, el temor y la culpa hicieron el amor como dos jóvenes enamorados. Durante unos minutos no fueron conscientes de que la montaña estaba aislándoles del resto del grupo. Si no se apresuraban ya no podrían regresar a la gran cabaña, teniendo que enfrentarse a todos los horrores que aquel lugar apartado escondía y que parecían dispuestos a desvelarse aquella fría semana de otoño.

Por primera vez en todos aquellos meses, el dolor de su cuerpo podía compararse al de su alma. Steve se maldijo cuando logró despertarse cabeza abajo, suspendido en el aire gracias al cinturón de seguridad. Habría preferido abrir los ojos a la nada o, si

realmente existía, al más allá donde le esperaban Ruth y Jim, pero por lo que había experimentado morir no era tan sencillo como muchos creían.

Miró a su lado y vio a John inconsciente. Tenía los brazos caídos, la cabeza ladeada y de su amplia frente corría un hilo de sangre. Giró la cabeza y se dio cuenta de que no se veía el camino. Lo único que pudo contemplar fue la nieve que ya invadía todo el suelo y penetraba en pequeñas oleadas por el cristal roto de su ventanilla.

No recordaba mucho del accidente, tan solo que se habían salido en una recta para evitar atropellar a un animal.

Tenía que liberarse y sacar a John del coche. Si su amigo fallecía no se lo perdonaría nunca. Ya se sentía suficientemente culpable por la muerte de su familia.

Intentó apretar el botón del cinturón, pero estaba bloqueado. Buscó en la guantera una navaja suiza que había comprado en un viaje a Europa. Al abrir, los papeles del coche y otros trastos cayeron al suelo. Había guardado la navaja a última hora, sin saber que podía serles de tanta utilidad. Cortó el cinturón y su cuerpo cayó sobre el techo del vehículo. Sintió un fuerte golpe en la cabeza, notó que su hombro izquierdo sangraba y le dolían todos los huesos, pero por lo demás parecía estar en perfecto estado.

Intentó moverse en aquel espacio tan estrecho. No sabía si era mejor comprobar cómo se encontraba su amigo o simplemente sacarlo del coche.

—John, ¿me escuchas?

Su amigo continuó con los ojos cerrados mientras hilos finos de sangre goteaban por su cabeza.

Tomó el cuchillo y cortó el cinturón. Su amigo se golpeó en la caída y dio un ligero gemido. *Está vivo*, pensó mientras intentaba abrir su puerta. No pudo, estaba completamente bloqueada. Intentó salir por la ventana y se clavó un par de cristales en las palmas de las manos, pero logró atravesar el hueco. Sus manos tiñeron de rojo la nieve. Se giró y quedó de espaldas. Notó la nieve cayendo sobre su rostro, pero aquella sensación de frío y agua logró espabilarle. Se puso en pie con dificultad, mirando el vehículo panza arriba. Después se giró, pero no divisó la carretera. La nieve lo cubría todo, ocultando la frenada del coche y poco a poco enterrándoles bajo su manto blanco. Dio una vuelta completa al vehículo y miró por la ventanilla de John. Empujó la puerta con todas sus fuerzas y esta cedió chirriante mientras se hincaba en el suelo del bosque. Se agachó y volvió a hablar a su amigo.

—John, ¿puedes oírme? Si me escuchas haz un leve movimiento con la cabeza.

Su amigo ladeó un poco el cuello y para él fue prueba suficiente de que estaba vivo y consciente. Ahora debía sacarle del coche y evaluar la situación. Tiró de él con todas sus fuerza. John dio varios quejidos, pero al final sacó su largo cuerpo del coche. Cuando logró tumbarlo sobre la nieve Steve se sentó para descansar. Se encontraba sin resuello. John pesaba bastante más de cien kilos y era mucho más alto que él.

La nieve caía con fuerza y se encontraban en mitad de ninguna parte. Por sus cálculos pensó que la casa debía estar a unos quince kilómetros, tal vez a veinte, pero el pueblo aún estaba a más de treinta. Ignoraba si había alguna zona habitada entre medias. Algún ermitaño que hubiera decidido vivir en aquella zona alejada.

Estiró de la chaqueta de John y lo puso a resguardo debajo del gran árbol contra el que se habían estrellado. Apoyó su cabeza sobre sus piernas y se quedó un rato inmóvil, sin pensar, con la mente en blanco.

Le vino a la mente la escena de su regreso a casa y el encuentro de los cadáveres de su esposa y su hijo. La llamada a la policía, el entierro y las horas de soledad que había soportado todos aquellos meses infernales, recordando a cada momento a su familia.

Al principio la policía le había considerado sospechoso de asesinato; después había descartado su culpabilidad y había determinado que todo se había debido a una desagradable desgracia. Al parecer Jim había entrado corriendo en la casa en su patinete. Ruth le había recriminado, pero él se había cruzado con ella y se había golpeado con la puerta del horno. Al caer sobre ella, parecía que se había cortado la yugular y se había desangrado en pocos minutos. Ruth había intentado socorrerle tapando la herida con las manos, pero sin percatarse de que el horno estaba apagado y el gas continuaba saliendo. Poco a poco se había quedado dormida sobre su regazo, hasta que el gas la había terminado por matar.

En algunos momentos creía que de alguna forma era mejor que las cosas hubieran sucedido así. No quería imaginar cómo habría sido la vida para Ruth al sobrevivir a su hijo y verle morir entre sus brazos. Cuando él entró no pudo entender nada. Desde entonces había buscado respuestas.

Por un lado no estaba seguro de que las cosas hubieran ocurrido como le había contado la policía. Tenía la sensación de que había algo macabro en todo aquello; pero no se encontraba seguro de querer averiguar qué era.

—Steve —dijo John volviendo en sí.

—¿Estás bien?

—Tengo frío. Me duele la cabeza y la pierna.

Hasta ese momento él no se había percatado de que el hueso de la pierna izquierda de su amigo parecía partido. El pantalón disimulaba en parte la rotura, aunque una mancha de sangre delataba la herida.

Steve abrochó la cremallera de la chaqueta de su amigo y le puso unos guantes.

—¿Dónde estamos?

—No estoy muy seguro, pero tenemos que movernos. Si cae la noche antes de que llegemos a algún lugar, no sobreviviremos —comentó el hombre. Después dejó la cabeza de su amigo con cuidado sobre la nieve y se puso en pie. Miró en su teléfono la brújula. Aquella zona seguía sin cobertura y debían apanárselas ellos solos.

—La casa está hacia el norte y el pueblo hacia el este. ¿Qué prefieres que hagamos?

—Regresemos. Son menos kilómetros.

—Pero nos alejaremos de la ayuda —comentó Steve.

—En la casa hay comida, una moto de nieve y están nuestros amigos. Nadie irá en su ayuda con esta ventisca.

Steve asintió con la cabeza. Buscó un palo lo suficientemente largo e hizo una muleta improvisada para su amigo. Después sacó del maletero del coche la mochila con las pocas cosas que llevaban. Agua, algo de comida, una linterna, bengalas, un botiquín y una tienda de campaña plegable. Si no llegaban a la casa, intentarían guarecerse en algún lugar y refugiarse en la tienda.

Comenzaron a caminar despacio en busca del camino. Ese era su primer objetivo. Después deberían averiguar cuál era la dirección correcta y atravesar casi veinte kilómetros bajo la nieve. Al ritmo que podía andar John, Steve calculó que al menos necesitarían diez o doce horas. En aquel momento eran las once del medio día. No lo lograrían, al menos que el destino hubiera determinado otra cosa.

AISLADOS

El *sheriff* de Aroostook County tomó el intercomunicador y se puso en contacto con todos sus hombres disponibles. Aquel era el primer temporal del otoño y siempre había gente perdida por el condado intentando recoger setas, cazando o recorriendo los últimos senderos antes de que la nieve aislara casi por completo aquella región. Sus hombres tenían que cubrir un área tan amplia que era casi imposible que algún imprudente se les escapase. Las casas, apartamentos, *campings* y otros alojamientos debían informar a la policía de la gente que se alojaba cada semana, pero el *sheriff* pedía a sus hombres que repasaran algunas de las carreteras principales. De las zonas más internas se ocupaban los guardabosques.

El *sheriff* Morgan se desajustó el cinturón e intentó que su prominente barriga se relajara un poco. Acaba de almorzar costillas con patatas y tenía la sensación de que iba a reventar. Después encendió el ordenador, que tardó un rato en reaccionar, y miró el mapa de la región. Las luces rojas eran las casas apartadas y las verdes los visitantes. Cuando entraban al parque se les daba a cada uno un localizador, pero muchos los tiraban, otros los apagaban o los dejaban olvidados en sus alojamientos. Aquel sistema les había permitido salvar algunas vidas, sobre todo en situaciones extremas como aquella.

Llevaban varias horas localizando a la gente, aunque aún quedaba una pareja danesa cerca de los lagos, una familia de Nuevo México en la zona de Clayton Lake y un joven universitario cerca de la frontera con Canadá. Al último le iba a atender la Policía Montada; era más sencillo que cruzase la frontera.

Lo único que no entendía era la luz que brillaba a unos cuarenta kilómetros de Clayton Lake. No tenía noticia de que hubiera gente tan al oeste, pero al parecer el localizador se lo había entregado un guarda forestal a un hombre de Nueva York después de alquilar un vehículo en el aeródromo.

Al principio notó que la luz se movía hacia Clayton Lake y pensó que el turista se había asustado por el temporal y regresaba a la civilización, pero desde hacía aproximadamente media hora el dispositivo se encontraba parado en medio de la nada, alejado unos metros de la carretera principal, y eso le preocupaba.

Por otro lado, no quería enviar a ninguno de sus hombres tan al oeste, porque si las cosas se ponían feas se quedaría aislado. Pero a pesar de todo su conciencia de buen presbiteriano no le dejaba tranquilo. Si tomaba su coche llegaría al lugar en poco más de tres o tres horas y media. Eso si la carretera no se cortaba. Su vehículo tenía unos neumáticos muy potentes y llevaba toda la vida conduciendo por allí, pero

a sus cincuenta y ocho años ya no era un chaval para quedarse aislado en medio de la montaña.

Tomó un café cargado. Le dijo a la recepcionista que iba al oeste para comprobar un localizador perdido a unos veinte kilómetros de Clayton Lake. Después se ajustó el gorro de invierno de color negro y la chapa del departamento plateada y se movió pesadamente hasta su vehículo.

En Aroostook County aún no nevaba, pero el cielo anunciaba que todo iba a vestirse de blanco en unas horas.

El coche arrancó a la primera. Para él aquel todoterreno era el orgullo de su oficina. Sacó el brazo izquierdo por la ventanilla y comenzó a recorrer lentamente las calles del pueblo mientras no paraba de saludar a todos los vecinos.

Aquella era una comunidad unida; no podía ser de otra manera en una región tan inhóspita, donde un buen vecino podía salvarte la vida.

Cuando al final llegó a Realty Road sabía que el camino era recto hasta Clayton. Después la carretera se retorció como una serpiente y las curvas podían ser muy peligrosas. Se veía capaz de recorrer aquella distancia en menos de tres horas, pero el segundo tramo era imprevisible. Llevaba la aplicación en el móvil para localizar al turista, pero a veces esos aparatos fallaban o tenían errores de varios cientos de metros. Además, la ventisca alteraba en parte la señal o incluso en ocasiones podía hacer que la perdiese.

El *sheriff* se dijo que no se alejaría de la carretera y que llamaría cada hora a la oficina por la radio, la única forma de ponerse en contacto en medio del bosque.

A medida que avanzaba el paisaje de colores verdes, amarillos y rojos se iba transformando en un monótono tono blanco. El mundo dejaba de existir y se convertía en monocromático, aunque él adoraba la nieve. Para un habitante de Maine la nieve era como las olas de un océano embravecido para un surfista de Los Ángeles.

El *sheriff* Morgan había viajado poco fuera del estado. Su primer viaje, en cambio, había sido al otro lado del mundo, para servir como marine en Japón. El segundo y último fue a Florida para asistir a la boda de su hija con un hombre hispano, escandaloso y con alergia a la nieve.

Sacó de la guantera un puro y lo encendió lentamente. Su esposa se lo tenía prohibido; según ella no era de buen cristiano ni de persona decente fumar y, creía que en parte tenía razón, pero a él la nicotina le calmaba los nervios.

Cuando llegó al tranquilo pueblo, por llamar de alguna manera al conjunto de cinco casas que formaban el centro urbano de Clayton Lake, paró el coche frente a la oficina de correos y salió para saludar a Jake. Era un anciano de ojos rasgados, piel cobriza, pelo gris abundante y sonrisa escurridiza. Llevaba cuarenta años en el país, pero aún conservaba su acento centroamericano y su sonrisa picaresca.

—Jake, buenas tardes.

—Hola, *sheriff*; no le esperaba por aquí en un día como este.

—A partir de ahora todos los días serán como este —bromeó el hombre.

El cartero olfateó al policía y sonriente dijo:

—¿Ha estado fumando? Ya sabe que a su señora no le hace ninguna gracia.

—Si mantienes el pico cerrado no tiene por qué enterarse.

El cartero sonrió de nuevo y continuó colocando las cartas.

—¿Has pasado esta mañana por la carretera que lleva a las viejas serrerías?

—No. Bueno, sí. Quiero decir que he llegado hasta la casa de Smith. El viejo llevaba reclamando un paquete de Amazon una semana. Esa mierda de la compra *online* me da el doble de trabajo que antes.

—¿No decían que los envíos por correo estaban abocados a desaparecer? —dijo el *sheriff*, divertido.

El cartero puso los ojos en blanco.

—¿No viste ni te cruzaste con ningún coche?

—A decir verdad, sí, con una furgoneta grande que iba bastante rápido hacia el oeste.

—¿Viste al conductor?

—No, señor...

—Está bien, ya me marchó —comentó al ver la parquedad de las respuestas del cartero.

El oficial salió de la oficina y ojeó la fachada de colores carcomidos y el resto de casas para dar después gracias al cielo por no vivir tan al oeste. Le gustaba Maine, pero necesitaba estar en contacto con la civilización.

Se sentó de nuevo al volante y señaló en un mapa el punto en el que Jake había visto la furgoneta. Era algo más al oeste que la señal. No se trataba de la misma persona, pero eso ponía a otro individuo en plena zona de peligro. Más allá de la casa de Smith no había nada hasta la frontera con Canadá. Únicamente las viejas serrerías y algunas casas abandonadas ocupadas en otro tiempo por tramperos y leñadores. ¿Dónde se dirigía el conductor de la furgoneta?

Tomó de nuevo la carretera y se dirigió más al oeste. Llegaría hasta el último lugar en el que la señal había estado activa y luego regresaría. No pensaba pasar toda la noche en mitad del bosque bajo una nevada de mil diablos.

Susan y Allan perdieron la noción del tiempo. Llevaban mucho tiempo alejados el uno del otro y de alguna forma aquel incidente había desatado en ellos una pasión dormida durante años. Cuando se quisieron dar cuenta la nieve caía con mucha fuerza y la ventisca hacía muy difícil el regreso a la cabaña.

—¿Qué hacemos? —preguntó Susan a su marido mientras se abrochaba los botones de la blusa y se cerraba el abrigo.

—Estamos bien protegidos con el equipo y los abrigos; yo creo que aunque tardemos un poco podremos llegar a la casa en un par de horas.

—¿No nos congelaremos por el camino?

—No, mujer. El sendero se ve con claridad y todavía podemos salir. Este no es un buen lugar para pasar la noche.

—Además, por alguna razón este sitio me produce escalofríos.

Se pusieron la capucha, cerraron bien los abrigos y se encaminaron por el sendero. Cuando se alejaron del aserradero notaron que la montaña les protegía en parte y la ventisca no les golpeaba tan duramente en el rostro.

Aceleraron el paso todo lo que pudieron, hasta que una hora de duro caminar les llevó hasta el desvío al camino principal. Torcieron y Allan creyó ver algo entre la maleza.

—Mira allí.

—¿Cómo puedes ver algo con esta ventisca?

—Fíjate. Debajo de ese árbol.

Allan se salió del sendero y caminó unos diez metros hundiéndose casi hasta las rodillas. Se aproximó a lo que parecía un montículo y con las manos se puso a escarbar en la nieve.

Su mujer se acercó con esfuerzo hasta él, le miró sorprendida y entonces vio algo. Parecía un cristal sucio y brillante.

—Es un coche.

—¿Un coche? —preguntó sorprendida Susan—. ¿Cómo no lo hemos visto antes?

—Está justo en el desvío, por eso no lo vimos. Se encontraba oculto entre las ramas y, además, al descender miramos hacia nuestra izquierda.

Después de cinco minutos lograron destapar parte de la ventanilla. Susan sacó de su mochila una linterna, la encendió y enfocó al interior. Apartó la mirada y se le cayó la linterna.

Su marido la tomó de entre la nieve y enfocó el interior del vehículo. Los rostros ensangrentados de un hombre y una mujer le golpearon la retina e instintivamente bajó la luz.

—Parecen los padres de la niña. Pero ¿qué les ha pasado?

—¿Un accidente de coche?

—Es posible, pero no parece un golpe tan grave, no hay un abismo ni hay señales de que se golpearan contra el árbol. Si pudiera abrir la puerta...

Cavaron alrededor del coche. Quince minutos más tarde habían logrado abrir en parte la puerta del conductor. Los dos cadáveres tenían las cabezas apoyadas en el respaldo del asiento. Cuando miraron con la linterna en el asiento de atrás, vieron que tanto el hombre como la mujer tenían un puñal atravesando el asiento y su espalda. Ambos se miraron extrañados. ¿Qué había pasado en ese coche? No lograban entenderlo. ¿Viajaba una cuarta persona con ellos? ¿La niña había logrado escapar antes de que le hiciese algo?

—Puede que cogieran a alguien haciendo autoestop. El autoestopista mató a los padres, el coche se salió de la carretera, el asesino se quedó inconsciente y ella aprovechó para huir y pedir ayuda. Por eso se encontraba tan conmovida. Había

presenciado el asesinato de sus padres —dijo Allan intentando pensar alguna situación que explicara esa escena macabra.

—Espero que estés equivocado. Eso significaría que hay un asesino por aquí cerca.

Susan tembló al escuchar sus propias palabras. La nieve comenzó a caer con menos intensidad, pero la temperatura bajaba cada vez más. Aún estaban a una hora de la casa caminando.

—¿No te parece extraño que no nos hayamos cruzado con Steve y John? Deberían estar de vuelta con la ayuda.

—No lo sé, Susan. Estoy tan asustado como tú. Vámonos. En la casa al menos están Philip y las chicas.

Aceleraron el paso. La visión de los dos muertos había renovado sus ganas por vivir. No querían quedarse a la intemperie con un asesino suelto. La subida se empinaba en los últimos kilómetros, pero el miedo se mostró como un gran estimulante para sus músculos cansados.

Cuarenta minutos más tarde contemplaron la casa en la cima de la colina; estaban a punto de cruzar la verja y recorrer los últimos kilómetros. La visión de la casa les hizo redoblar el paso. Entonces vieron sangre por el sendero y se asustaron.

—¿De qué es esa sangre? —preguntó Susan aferrándose al brazo de su marido.

—No lo sé —dijo él algo inquieto.

—¿Crees que es buena idea que nos acerquemos a la casa directamente? Tal vez deberíamos dar un rodeo y entrar por la parte de atrás —sugirió la mujer.

—Será lo más prudente. Tal vez estamos exagerando, pero esos dos cadáveres eran reales —dijo Allan.

Después de la caminata les dio la sensación de que realmente no habían visto los cadáveres de los padres de la niña. No le dirían nada a nadie hasta que llegara la ayuda. No querían asustar a sus amigos ni tampoco a la pobre niña.

Antes de llegar a la gran explanada rodearon la casa a lo lejos y subieron el montículo; después observaron que cerca del cuarto de máquinas había más sangre, un fusil tirado y una especie de túnel que pasaba por debajo de la casa.

—¿Habías visto eso antes? —preguntó Susan señalando el túnel.

—No, pero lo que más me preocupa es la sangre y ese fusil. ¿Qué ha pasado aquí? Las huellas llevan hasta la casa.

Allan se acercó al fusil y lo tomó con ambas manos. Estaba cargado, pero no había sido disparado recientemente. El tenerlo entre las manos le dio algo más de seguridad.

—¿Vamos a la casa? —preguntó Susan ansiosa.

Allan se quedó en silencio unos segundos, miró a su alrededor y no supo qué responder. Nunca se había enfrentado a una situación como aquella. Él solo era un sencillo informático.

—Demos la vuelta por ese lado y miremos por los ventanales del salón antes de entrar a la casa.

Susan asintió con la cabeza. Entraron por la parte trasera, giraron por el lateral y continuaron caminando sin percatarse de que unos pasos sigilosos les seguían.

El oso había olfateado a la pareja, tenía hambre, mucha hambre y estaba herido. No había tardado en salir de la cueva y caminar despacio detrás de los dos. Únicamente dudaba de cuál de las dos presas sería más fácil de cazar. Se inclinó por la hembra y se preparó para lanzarse sobre ella antes de que advirtiesen su presencia.

Mary logró encontrar a la niña y la obligó a que se metiera en la casa. Cuando le tocó la cara y las manos comprobó que estaba completamente helada. Llevaba horas por los alrededores sin abrigo, gorro ni guantes.

—¿Por qué te escapaste? —preguntó la mujer intentando ser comprensiva mientras le ofrecía un tazón de chocolate caliente.

—Pensé que me quería hacer daño —contestó la niña, que ahora parecía mucho más dócil y calmada que antes de que llegará el dueño de la casa.

Larry se había pasado casi todo el tiempo buscando cosas que le parecían de utilidad. Una pistola que escondía en la planta de arriba, impermeables, botas de agua, cuerdas y otro tipo de utensilios. Al final se acercó a ella y guiñando un poco el ojo en el que tenía la cicatriz, que solía dolerle cuando cambiaba bruscamente el tiempo, le preguntó:

—¿Por qué el oso no te ha hecho daño? ¿Te has escondido en algún lugar?

—No, señor —contestó la niña asustada por la mirada del anciano.

—¿Dónde están tus padres? ¿Habéis sufrido algún accidente?

—Íbamos en nuestro coche, todo fue muy rápido y yo salí corriendo —comentó confusa Berenice. Después se echó a llorar, como si su mente lograra recordar lo que sus palabras no se atrevían a contar.

—¿Caminaste mucho tiempo? —insistió el anciano.

—Mucho, por lo menos una hora —dijo la niña entre sollozos.

—Ya está bien, deje que se tome el chocolate.

Mary estaba sentada a su lado con una taza de café bien cargado. Sentía que en las últimas horas había quemado toda su adrenalina y necesitaba subir su ánimo. No habían encontrado a Jane, Philip seguía en la casa del árbol y ella había tenido que encargarse de buscar a Berenice, ya que el dueño de la casa no quería salir de la casa.

—Tenemos que irnos —dijo Larry mientras comprobaba que la pistola se encontraba en buen estado.

—Es mejor esperar.

—Llevamos esperando dos horas. Sus amigos no han regresado y parece que ahora nieva menos. Además, ya ha encontrado a la niña.

Mary se limitó a beber un poco más de café. No estaba dispuesta a irse sin más. El anciano vivía solo, pero ella necesitaba saber qué había sucedido con sus amigos. El único que le preocupaba era Philip; sus heridas podían ser graves.

La mujer dejó a la niña y al anciano para dirigirse a los grandes ventanales. La nieve ya subía a poco a más de diez centímetros. En Los Ángeles no nevaba nunca y llovía muy pocas veces; era una de las cosas que echaba de menos de Nueva York. En aquella ciudad ruidosa y soleada apenas se marcaban las estaciones y todo parecía un anodino e interminable verano de piscinas, playa y barbacoas en el jardín.

Entonces vio dos sombras que se movían por el lado derecho.

—He visto a alguien —dijo la mujer asustada.

—Será ese maldito oso —contestó el anciano.

—Eran dos sombras. Espero que no haya más animales —comentó Mary, a la que le costaba imaginar que el oso negro hubiera venido con toda su prole.

—No creo. Son animales muy solitarios. En todos estos años me he cruzado con muchos. Únicamente van en grupo las crías con sus madres, pero este era un macho gigantesco, el más grande que he visto en toda mi vida.

Las sombras se aproximaron y Mary pudo comprobar que se trataba de dos personas cubiertas de nieve, con la cara tapada y que les comenzaron a hacer gestos.

Al principio no les reconoció. Parecían dos muñecos de nieve que habían logrado tomar vida, pero después supo que eran Allan y Susan.

—Son Allan y Susan —comentó Mary emocionada. Después de todas aquellas horas por fin veía a algunos de sus amigos aparecer de nuevo.

La mujer se pegó al cristal y comenzó a dar golpes. Susan la reconoció, se bajo un poco la cremallera del abrigo y le sonrió. Entonces Mary vio el oso negro que corría hacia ellos y su rostro se transformó de repente. Hizo gestos a sus amigos para que corriesen, pero el grosor del cristal les impedía escuchar lo que decía.

—¡El oso está detrás de vosotros! —gritó aterrorizada, después se giró y le dijo al dueño—: ¡No ve lo que está pasando! ¡Salga allí fuera y haga algo!

Larry la miró inexpresivo. No estaba dispuesto a arriesgar el cuello por nadie. No había vivido todos aquellos años para sacrificar la poca vida que aún le quedaba por unos desconocidos.

Mary le quitó el arma al hombre de las manos. Este no reaccionó, como si le fuera indiferente lo que pudiera hacer con ella. La niña se agachó instintivamente y la mujer salió corriendo hacia la puerta.

Susan vio el rostro sonriente de su amiga y sintió una especie de alivio. Los restos de sangre en la nieve la habían asustado.

—Mary está dentro de la casa con la niña y el dueño. Eso es que han logrado avisar a emergencias —comentó Susan.

—Esperemos que sea verdad —dijo Allan incrédulo.

Susan saludó a su amiga y después caminó lentamente con su esposo hacia la entrada. Escuchó un ligero golpe y vio a Mary pegada al cristal haciendo el tonto. Le hizo gracia la cara de su amiga, pero estaba tan congelada que lo único que deseaba en aquel momento era entrar en la casa.

—Venga Mary, no seas payasa. Vamos dentro —comentó Susan mientras volvía a caminar.

El oso fue extremadamente rápido. Se lanzó sobre la mujer, la abrazó por la espalda y sus gigantescas garras abrieron la tela del abrigo, su piel y los músculos del abdomen como si fueran un simple envoltorio. Ella no pudo reaccionar, únicamente levantó los brazos y logró decir en voz baja el nombre de su marido.

Allan tardó unos segundos en entender qué estaba sucediendo. La piel del oso contrastaba con la blancura del suelo y los árboles, pero enseguida se puso detrás de su esposa. El cuerpo de su mujer se deshizo zarpazo tras zarpazo mientras él miraba incrédulo.

—¡No! —gritó Allan apuntando con el arma.

Susan todavía estaba viva cuando su abdomen fue abierto en canal, pero no pudo disparar. El oso comprobó que la mujer estaba muerta y la arrojó a un lado para dirigirse a por su marido. Allan no disparó. Su mente estaba tratando de asimilar lo ocurrido. Su esposa estaba muerta y, en cierto sentido, sobrevivir o no a esa situación carecía de importancia.

El oso dio una zancada y antes de arrojarse sobre él se puso sobre dos patas y rugió con todas sus fuerzas. Tenía las garras cubiertas de sangre y de sus dientes caía una baba roja y viscosa.

—¡Dios mío! —gritó Allan. Después bajó el arma y se echó a llorar.

El oso dio dos pasos y bajó sus zarpas hacia la cara del hombre. Entonces se escuchó el disparo. Allan percibió cómo le zumbaba un proyectil a la altura del oído izquierdo y después observó cómo el ojo y parte de la cara del animal saltaban por los aires.

—¡Agáchate! —gritó Mary, y un segundo más tarde volvió a disparar.

La segunda bala impactó en el pecho del oso, que se encogió de repente y se retorció de dolor. Mary disparó una tercera vez, dejando que el animal muriese desangrando en la nieve.

Allan corrió hacia su mujer. Susan estaba boca abajo, envuelta en una nieve rosada. Cuando la giró levemente observó sus grandes ojos azules aún abiertos, pero totalmente inexpresivos. Se abrazó a ella. El cuerpo se había enfriado rápidamente, pero aún era su esposa.

Philip escuchó los disparos y se despertó. Lo único que veía desde aquel ángulo era a Mary apuntando hacia algo. Se dijo que para que su amiga hubiera salido de la

casa y estuviera usado un arma la situación debía ser desesperada. Se cerró la chaqueta y salió cojeando hasta la plataforma.

El frío le pilló de sorpresa, tal vez porque la pérdida de sangre le hacía sentirse muy débil y destemplado. Apoyó el pie sano en el primer escalón y comenzó a descender lentamente. Tenía que saltar de peldaño en peldaño para evitar posar el tobillo destrozado, pero cada vez que impactaba en un nuevo escalón el dolor le rebotaba en el brazo y la pierna herida.

Su bota se posó en la nieve y, aunque hubiera deseado correr para ayudar a su amiga, tuvo que caminar muy despacio, midiendo sus fuerzas e intentando no apoyarse mucho en la pierna herida. Para cuando logró girar la esquina de la cabaña todo ya había sucedido.

Allan estaba de rodillas abrazado a Susan rodeado de sangre. Mary permanecía con el fusil agarrado por las dos manos y los brazos en alto, como si el miedo y el dolor la hubieran dejado paralizada. El oso tumbado de lado parecía descansar plácidamente, pero él sabía que estaba muerto.

—Mary —dijo Philip a un par de metros de su amiga.

Ella se giró instintivamente y le apuntó.

—Soy yo, Philip —declaró subiendo el brazo sano.

—Philip... —dijo Mary, mientras baja los brazos. Después soltó el arma en la nieve y le dio un abrazo.

—Cuidado.

La mujer le había apretado tan fuerte que su cuerpo magullado se había estremecido por completo. Estuvieron unos minutos abrazados en silencio.

—Tenemos que entrar. No podemos quedarnos a la intemperie —comentó el hombre en un susurro.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Mary con los ojos cubiertos de lágrimas.

—Hay que tapparla con la nieve. Eso conservará el cuerpo hasta que llegue la ayuda.

Se acercaron hasta Allan, que continuaba abrazando a su mujer. No reaccionó cuando le apartaron de un lado; se quedó en silencio y con la mirada perdida.

—Tenemos que entrar en la casa —dijo Philip, que parecía el más entero en aquel momento.

—No puedo dejarla sola. Hace mucho frío, su cuerpo... —comentó Allan, pero no logró terminar la frase. Se echó a llorar y pegó su rostro al de su mujer.

Philip se agachó con esfuerzo y le puso una mano sobre el hombro.

—Piensa en tus hijos. Tienes que volver sano y salvo a casa.

Mary logró apartar al hombre del cuerpo. Después lentamente tapó el cadáver hasta que únicamente le quedó la cara. Mientras los rasgos de Susan desaparecían bajo el manto blanco pensó en que su amiga era la primera en dejar aquel mundo que de jóvenes parecía eterno. La mayoría de ellos ya habían perdido a sus padres, pero

en cierto sentido sabían que ellos serían los próximos, aunque nunca creyeron que sería tan pronto.

Primero Ruth, ahora Susan y tal vez todos ellos, si la ayuda no llegaba a tiempo.

Allan ayudó a Philip a regresar a la casa sin dejar de llorar. Mary se quedó de pie frente al cadáver e hizo una breve oración. Después tomó el fusil del suelo. Dio una patada al oso para comprobar que estaba muerto y siguió a sus amigos.

ABRIENDO LAS PUERTAS

Jane arañó, golpeó y pateó la puerta durante un par de minutos sin ningún resultado. Se preguntaba por qué nadie se había molestado en buscarla y, si lo habían hecho, cómo no la habían encontrado todavía. Steve había estado en el cuarto de al lado la noche anterior y, una vez registrada toda la casa, cualquiera se habría percatado de que había una puerta disimulada al lado del perchero. Lo que ella desconocía era todo lo que había sucedido fuera en su ausencia.

Lo único que había visto a través de los monitores había sido a Mary de un lado para el otro, la llegada del dueño de la casa y a la niña. Ahora, mientras miraba uno de los monitores, vio cómo llegaban Allan y Philip. Aunque lo que más le preocupaba era la cojera de su marido. ¿Qué le había sucedido?

La mujer rebuscó entre los cajones de la mesa algún tipo de prueba, también comida o agua. Comenzaba a encontrarse hambrienta y sedienta. Tenía que hacerlo a tientas, ya que desde que se apagara la luz no había sido capaz de volver a encenderla.

Después intentó investigar las cámaras, descubrir si había cosas grabadas o algún tipo de comunicación con el exterior. Comprobó que no. Aquellos monitores reflejaban lo que pasaba en el momento, pero se controlaban desde otro ordenador.

Acercó la cámara del salón hasta enfocar el rostro de Philip. Lo amaba profundamente. Llevaban toda la vida juntos, bueno, a excepción de la niñez. Una vez le habían preguntado a qué aspiraba en la vida y ella había respondido sin dudar que ser la mujer de un gran hombre. Tal vez muchas personas no lo entendieran. Parecía como si ella no quisiera vivir su propia vida, pero era su decisión y Philip era para ella ese hombre.

Muchos amigos, y sobre todo sus padres, le habían preguntado cientos de veces por qué seguía con Philip. Él no la trataba como ella se merecía, se negaba a asumir sus responsabilidades e incluso era contrario a tener hijos con ella. La mayoría de la gente no entendía que hacía mucho tiempo había tomado la decisión de entregar su vida a Philip.

A veces se lamentaba delante de sus amigas. Sobre todo le contaba sus confidencias a Susan, pero era una forma de desahogarse y bajar un poco la presión. Ni en sueños dejaría a su marido. Además, estaba convencida de que él terminaría por cambiar. Que su amor le moldearía como la gota va horadando la piedra más dura.

Las mujeres siempre soñaban con cambiar a los hombres, se dijo mientras tocaba el monitor, como si con aquel gesto pudiera acariciar el rostro de Philip. ¿Acaso él no

iría a buscarla? En cuanto se percatara de que no estaba movería cielo y tierra por encontrarla.

Entonces fue cuando se percató. Allan se encontraba solo. Desde que entró en la casa parecía abatido y cabizbajo. Ella recordaba perfectamente que la pareja se había dirigido al camino para buscar a los padres de la niña. Philip iba a ir con Allan, pero Susan comentó que no era buena idea que se quedasen las mujeres solas. ¿Qué le había pasado a Susan? ¿Dónde estaban Steve y John? Era raro que todavía no hubieran regresado con ayuda.

Tanto tiempo en soledad removía la mente de la mujer, que cada vez se hacía más preguntas y encontraba menos respuestas. No entendía quién había instalado aquellas cámaras. Pero, sobre todo, no entendía quién podría estar interesado en que aquello no se descubriera y la había encerrado allí dentro.

En la casa únicamente se encontraban en ese momento la niña, Mary y Philip. El dueño de la casa había llegado poco después. Uno de ellos tenía que haberla encerrado allí. Confiaba en su marido y Mary. La niña no parecía suficientemente fuerte para cerrar aquella puerta a cal y canto, y el único sospechoso que quedaba era el dueño de la casa. Él conocía la existencia de aquel cuarto, podía haber llegado mientras Philip estaba fuera y Mary dormía con la niña. Al ver que ella había descubierto las cámaras la había encerrado hasta que pensara qué hacer.

Aquel tipo debía ser algún tipo de perverso que quería grabar a mujeres desnudas o haciendo el amor. Puede que fuera un traficante de ese tipo de videos privados que circulaban constantemente por la red.

Sentía que su cabeza iba estallar. Todas aquellas elucubraciones no la llevaban a ninguna parte. Lo único que deseaba era salir de allí, dejar atrás aquellas montañas y volver con Philip a casa.

La mujer se puso en pie y miró el cable.

—¿Por qué no le he pensado hasta ahora? —se dijo en voz alta. Se había comportado como una estúpida. Si arreglaba el cable podría usar su teléfono para comunicarse con sus amigos y pedir ayuda. Se echó sobre el suelo, tomó el cable, lo peló con las llaves que tenía en el bolsillo y comenzó a empalmarlo. Tenía hilitos finos de cobre y un hilo más gordo central. Después intentó cubrirlo con un trozo del aislante cortado y se dirigió con ansiedad a la mesa.

El módem comenzó a parpadear. Primero se encendió la luz que marcaba que estaba encendido. Una luz verde, intensa y fija. Después el número dos se encendió y todo se quedó parado durante unos segundos. La tercera luz fue la de la señal, que estaba completa y parpadeante. Sacó su teléfono e intentó comunicarse, pero aún no había red.

—Vamos, vamos...

Un segundo más tarde el último icono se puso en verde. Era un pequeño planeta con un aro. Miró su teléfono y vio que tenía cobertura. Escribió un WhatsApp y dio a

la tecla *Enviar*. Se escuchó un pequeño chisporroteo y el mensaje salió de su teléfono.

Era muy difícil caminar con una muleta en la nieve. John lo intentaba, pero aquel palo se hundía en el manto blanco, se escurría y tenía que hacer un esfuerzo para no caerse de bruces. Steve le esperaba pacientemente, pero a aquel paso nunca llegarían a la casa.

—Ve tu primero. Cuando llegues utiliza la moto de nieve. Yo no llegaré por mi propio pie —dijo John resignado.

A medida que su cuerpo se enfriaba había experimentado un lento deterioro. Le dolían todos los huesos, las costillas y la cabeza. La pierna se estaba poniendo morada a causa del hueso astillado. Sentía dolores tan fuertes que le provocaban sudores fríos y le dejaban completamente paralizado. Era absurdo no reconocer que en aquellas condiciones no lo lograría. En cambio, su amigo se encontraba apenas magullado. Siempre había tenido mucha suerte. Bueno, a excepción de la muerte de Ruth y Jim.

John guardaba un secreto que no le había querido contar a nadie. Ni siquiera a Mary. El día que murieron Ruth y su hijo él estaba en Nueva York. Incluso había pasado por delante de su casa en una de esas misteriosas coincidencias del destino. Se había acercado hasta la puerta y había llamado, pero había escuchado cómo Steve y ella discutían. Eso le había hecho recapacitar. Tal vez no era aquel un buen momento para molestar, se había dicho. Cuando escuchó un fuerte golpe se decidió a mirar por la ventana del salón que daba al minúsculo jardín anterior. Steve estaba levantando la mano a su mujer. No llegó a pegarla, pero ella se acurrucó en una esquina y esperó el golpe.

Aquello le había producido una profunda desazón. Era difícil juzgar algo como aquello. No sabía el contexto ni la causa de la discusión, pero ningún hombre tenía derecho a pegar a ninguna mujer. No le había dicho nada a la policía. Joder, Steve se encontraba destrozado, ni se le había pasado por la cabeza que él pudiera hacer daño a Ruth.

—Iremos juntos. No te voy a dejar aquí tirado —contestó su amigo. Después le sonrió, como si quiera transmitirle tranquilidad.

—Eres un estúpido. No estoy haciéndome el héroe. Tenemos que ser prácticos. Es mejor que sobreviva uno. Además, si llegas podrás enviarme ayuda.

—Podemos pasar la noche en el bosque con la tienda. No es una situación tan desesperada. Se nota que eres profesor de literatura. Esto no es una película de serie B de un grupo de amigos perdidos en un bosque. Esto es la vida real —pontificó Steve, al que siempre le gustaba tener la última palabra.

—Es cierto soy un maldito y fracasado profesor de literatura en la universidad, pero al menos no escribo esa bazofia de *best sellers* de usar y tirar.

Los dos amigos se rieron. Les gustaba picarse el uno al otro. La alegría era el mayor estimulante del mundo después de una buena cerveza fría, por supuesto. Aunque en aquel momento lo único que les sobraba era frío.

Después de cuatro kilómetros, menos de una cuarta parte de todo el trayecto que debían andar, John se sentó en un tronco cortado al lado del camino. Sintió el frío de la nieve en su pantalón, pero este, al ser impermeable, no se empapó.

Steve caminó doscientos metros más hasta percatarse de que su amigo se había quedado sentado.

—¿Qué haces? Queda mucho camino por delante. Deben ser ya las tres o las cuatro de la tarde.

—Ya te he dicho que me quedo. Si no fuera por mí habrías caminado como mínimo el doble de distancia.

—No, iremos juntos. Si llegamos mañana por la mañana, pues lo haremos.

—Yo no llegaré a mañana si no me ve un médico. Estoy jodido por dentro. Creo que tengo alguna costilla hincada en el pulmón o algo así. Me cuesta respirar, por no hablar de la pierna, la cabeza...

—No seas derrotista.

—No lo soy. Soy realista. Tú vives siempre en tu mundo. Manipulas a tus personajes y te gustaría hacerlo con nosotros, pero somos seres humanos libres que toman sus propias decisiones. Cuando a los treinta te diste cuenta de que no podías cambiar el mundo te dedicaste a crear otros imaginarios. Deseabas redimir a tus personajes y que triunfase el bien. ¿Lo recuerdas? Me contabas esas historias, tus sueños de ser escritor y en tus libros siempre los ganaban buenos. Tus libros han cambiado, tú has cambiado. Ahora el mal vence, como siempre lo ha hecho. ¿Qué queda puro en este mundo? ¿El amor, la amistad, la fe, la política? Todo está podrido, Steve, y te niegas a aceptarlo. Salva tu culo, es lo único que te queda.

Miró a su amigo con cierta tristeza; sabía que en parte tenía razón. La pérdida de la inocencia era el verdadero transito de la vida a la muerte. Los seres humanos no fallecían cuando su corazón se paraba o su cerebro dejaba de funcionar. En realidad comenzaban a hacerlo cuando ya no creían que otro mundo fuera posible, limitados a vivir una realidad que aceptaban sin pararse a medir las consecuencias. Él había intentado sobrevivir dentro de sus historias. Su amigo tenía razón, pero hasta en sus libros la realidad comenzaba a infiltrarse, devorando todo a su paso. La temida «nada» de muchos libros infantiles.

—Todavía hay cosas importantes. Vosotros lo sois. Simbolizáis los inicios. De alguna manera, mientras estemos juntos no habremos perdido la inocencia totalmente.

—Eres un idealista, amigo. Vete y pide ayuda —comentó John estirando lentamente la pierna buena.

Sus ojos se cruzaron, sobraban las palabras. Sabía que su amigo tenía razón, pero él no quería vivir. Ya no había una razón por la que hacerlo. John en cambio aún tenía

a Mary y las gemelas.

Se llevó las manos a la cabeza, se quitó el sombrero repleto de nieve y lo sacudió. Después se acercó a su amigo y le abrazó con cuidado. Intentó reprimir sus lágrimas, pero no pudo.

—Joder, que no me pienso morir en el culo del mundo. Simplemente debes darte prisa. Si llegas en dos horas y vuelves con la moto de nieve, para las seis o las siete estaremos tomando el té calentito.

Steve sonrió, se colocó de nuevo el sombrero y salió lo más rápido que pudo hacia la casa. Se sintió mucho más ligero caminando solo, pero también más cargado por la responsabilidad. Necesitaba llegar cuanto antes. Llevaba cuarenta minutos a paso ligero cuando vio que un pequeño sendero discurría a su izquierda. Al fondo, entre los árboles, se veía humo. Era apenas imperceptible en medio del cielo gris claro y los blancos de los árboles, pero sus pequeños borbotos le hicieron sentirse seguro.

Una nube de humo únicamente podría provenir de una fogata o una chimenea. Todo estaba demasiado mojado para encender fuego, lo que indicaba que había una casa habitada por aquel camino. Siempre era un riesgo salirse de la carretera. La casa podía encontrarse a seis o siete kilómetros, lo que suponía unos catorce de ida y vuelta. Si se equivocaba su posibilidad de llegar a la cabaña antes de que anocheciera se reduciría a casi nada, pero merecía la pena intentarlo.

Titubeó unos instantes; después se dirigió hacia el sendero y dejó que un pie siguiera a otro sin hacerse más preguntas. En ocasiones la intuición era el mejor mecanismo de defensa a la hora de sobrevivir. Al menos eso había escuchado en un documental de la televisión en una de sus largas noches de insomnio.

El *sheriff* miró el localizador, después el camino, y determinó que aquel era el lugar. Pensó que a lo mejor el turista había perdido su chaqueta o la mochila y que solo encontraría un poco de ropa después de haber recorrido más de tres horas en coche para nada. Abrió la puerta. Sacó de la parte trasera del coche su chaqueta de pelliza y tomó el rifle. Los osos estaban buscando un lugar en el que pasar el invierno, pero siempre podía haber algún despistado que quisiera comerse a un excursionista despistado para resistir tantos meses.

Cuando estuvo sobre la nieve blanda de los lados del camino buscó un rastro fiable. No tardó en encontrarlo. Eran las pisadas de una persona y otras de lo que parecía un segundo individuo cojo, que llevaba una muleta. Por el tamaño del pie y la profundidad de las huellas parecían varones. El cojo debía ser muy grande y pesado. Los pasos se dirigían hacia el camino, pero antes de seguirlo decidió ver su procedencia. Saber lo que había sucedido le ayudaría a entender cómo podía socorrer a aquellas dos personas. No anduvo mucho hasta dar con un árbol debajo del cual

parecía haber una gran roca. Comenzó a excavar y dio enseguida con el metal del coche.

—Un accidente —se dijo en voz alta.

Después miró la matrícula del coche. De esa manera podía identificar al dueño o a la persona que lo había alquilado. Se dirigió al coche patrulla y dio los detalles por la radio. Un par de minutos más tarde ya sabían de quién se trataba, un tal Steve Larsson, con carnet de conducir de la ciudad de Nueva York.

Un tipo de ciudad perdido en el bosque, pensó mientras se baja del asiento y miraba de nuevo las huellas. Lo primero que le sorprendió es que se dirigían hacia el oeste. ¿Aquellos tipos no sabían que lo único que había por el camino era la frontera de Canadá? A lo mejor esa era su intención, pero dos hombres a pie, sin mucho material, posiblemente heridos y uno de ellos cojo, no tenían muchas posibilidades en aquel bosque nevado. También era posible que estuvieran desorientados, pero eso no tardaría en descubrirlo. No creía que hubieran conseguido hacer en aquellas condiciones más de siete u ocho kilómetros. Con su coche los alcanzaría muy pronto.

Arrancó el vehículo y condujo despacio. Podían haberse desviado del camino en algún momento. Cada dos kilómetros detenía el coche patrulla y comprobaba si el rastro continuaba en la misma dirección.

Antes de recorrer ocho kilómetros escuchó una voz que le llamaba desde el lado izquierdo. Frenó en seco y miró a su espalda. Salió del vehículo sin su abrigo, pero se molestó en tomar el rifle del asiento trasero. Las prisas siempre eran malas consejeras en aquellos casos.

A unos cincuenta metros había un tipo sentado con una pierna estirada. Llevaba ropa de montaña y un buen abrigo impermeable. Al acercarse vio enseguida que tenía sangre en el rostro, un brazo dañado y una muleta justo a su lado.

—¿Es usted el señor Steve Larsson? —preguntó el *sheriff*.

—No, es mi amigo. Yo me llamo John Carpenter. Necesitamos su ayuda, agente.

—Llámeme *sheriff* Morgan, hijo. No se preocupe, he venido para ayudarles.

—Gracias —dijo John visiblemente emocionado.

El *sheriff* no necesitaba mucho para identificar una buena persona de otra problemática. Enseguida supo que aquel hombre pertenecía al primer grupo. Dejó el arma en el maletero de su coche. Amplió el asiento delantero del copiloto para que el herido no tuviese que doblar sus largas piernas y después le ayudó a entrar en su coche.

John notó el calor del vehículo, miró al agente y por primera vez en muchas horas se sintió a salvo. No tardarían en dar con Steve. Llegarían a la casa en menos de un par de horas y todo volvería a la normalidad.

—¿Por qué caminaban en esa dirección? No hay nada más al oeste.

—Sí, la casa.

—¿Qué casa? ¿Se refiera a la de Smith? —preguntó extrañado el *sheriff*.

—No, la de la colina. Al final de este camino.

El hombre frunció el ceño. No había ninguna casa más hacia el oeste.

—Lo único que hay más allá son los viejos aserraderos, pero nadie vive por allí desde los años setenta. Hijo, no sé dónde se han quedado a dormir, pero yo no lo llamaría casa.

John sintió un escalofrío por toda la espalda. No entendía nada. Susan había elegido la casa con Jane. Era un sitio moderno y confortable, estaba en todas las webs sobre turismo rural. El *sheriff* era un tipo bondadoso, pero estaba muy mal informado.

—La verá con sus propios ojos dentro de un rato.

El hombre decidió no contestar. Pensó que el forastero estaba demasiado conmocionado por el accidente y el frío para saber lo que decía. Pisó suavemente el acelerador y comenzó la búsqueda del segundo individuo.

Todos estaban callados y cabizbajos. El cuerpo de su amiga se encontraba a unos pocos metros enterrado bajo la nieve, la ayuda no llegaba y Philip, después de ayudarles, había perdido sus últimas fuerzas y permanecía medio adormilado en el sillón. Allan aún no podía creer lo que había sucedido. Unas horas antes habían hecho el amor como chiquillos en el aserradero. Llevaban toda la vida juntos, nunca había tenido otra relación con una mujer y Susan era la madre de sus hijos. Tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla de la que no tardaría en despertar. ¿Por qué no había reaccionado? Si le hubiera disparado antes tal vez ella aún seguiría con vida.

Lo cierto es que no había tenido ninguna posibilidad de salvar a su esposa. El oso actuó demasiado rápido y cuando él quiso disparar ella ya estaba muerta.

—¿Quieres tomar algo caliente? —preguntó Mary a Allan.

Él no respondió; apenas escuchó las palabras de su amiga, continuaba dando vueltas a todo lo sucedido. Su amiga se agachó y se puso a la altura de su cara.

—No pudimos hacer nada. Nada.

Allan comenzó a llorar de nuevo. Se secó la cara con la manga de su abrigo y se limitó a agachar la cabeza.

Hasta ese momento Larry se había quedado al margen. Temía que pudiera recriminarle el que no hubiera salido a ayudar, pero morir no era una cláusula en su contrato. Se acercó discretamente a Mary cuando esta fue a la cocina a preparar un caldo caliente para todos y le dijo:

—Tenemos que irnos de aquí. Antes de que llegue la noche un frente muy peligroso barrerá esta zona, estaremos aislados al menos dos o tres días. Su amigo está muy mal. No quiero que nadie se muera en mi casa.

—Es usted un encanto —dijo Mary indignada—, pero creo que es demasiado tarde para preocuparse de eso. Mi amiga está muerta junto enfrente de su salón.

—Ya lo sé. Lo he visto con mis propios ojos, pero podemos evitar que su otro amigo muera.

—No se moverán de aquí. No hasta que aparezca Jane y el resto del grupo.

La mujer abrió unas latas de sopa, las echó en un cazo y comenzó a calentarlo.

—Yo me voy. Lo siento, pero no quiero quedarme ni un minuto más —comentó el anciano.

Estaba saliendo de la cocina cuando Allan le cortó el paso.

—Nos iremos todos juntos. Algo ha pasado con Steve y John. Debemos buscarles, no quiero que les suceda lo mismo que a... —no pudo terminar la frase.

—Yo me iré directo al pueblo. Es una locura buscar a nadie con este tiempo —contestó el anciano.

—Usted conoce mejor que nosotros estos bosques. Susan y yo descubrimos algo, algo terrible.

Mary dejó de dar vueltas a la sopa y se acercó a su amigo.

—¿Encontrasteis a los padres de la niña?

—Sí, estaban en un coche poco antes del desvío del aserradero. Estaban muertos —explicó Allan.

—Un accidente —dijo Mary.

—No, tenían un puñal clavado en la espalda. Creo que alguien les apuñaló mientras conducían y se salieron de la carretera.

—Pero eso quiere decir que... —dijo Mary.

—Sí, que hay un asesino cerca de la casa. Ese oso no es la única desgracia que encierra esta maldita cabaña.

—Pero, si vais a buscar a los chicos nos quedaremos solas con Philip.

—Bueno, no creo que tardemos mucho. Saldremos con la moto de nieve y estaremos de regreso en poco menos de dos horas —contestó Allan.

—Será mejor que nos marchemos todos —dijo Mary cambiando de opinión.

—Pero Jane no está. ¿Qué pasará si vuelve y se encuentra sola? —comentó Allan.

Su amigo tenía razón. Jane debía aparecer en cualquier momento. Con los últimos acontecimientos todos se habían olvidado de ella.

—Tú tienes un arma. Matar a un hombre es mucho más fácil que matar a un oso. Cerraremos todo bien, os quedareis todos en el salón. Antes de que te des cuenta estaremos de vuelta.

—Lo que dice es absurdo. Si yo voy con usted, ¿dónde regresarán sus amigos?

—No tiene un remolque —comentó Allan algo molesto por la actitud del anciano.

—Sí, pero aún así, no entrarán más de tres personas a la vez.

—Vamos a ver la moto —dijo Allan para cerciorarse. Aquel tipo no le transmitió ninguna confianza.

Los dos hombres salieron de la cocina, se abrigaron bien y caminaron bordeando la casa hasta una puerta de persiana. El viejo la abrió y examinaron la moto. Allan la arrancó y el vehículo rugió con fuerza. Después ató el remolque y sacó la moto del garaje.

—Espere un momento —dijo Allan al viejo.

Entró de nuevo en el salón. Mary estaba dando algo de sopa a Philip mientras la niña jugaba con una muñeca que había encontrado en algún lugar.

—La moto de nieve funciona perfectamente —comentó Allan. Después se inclinó y dio un beso en al frente de su amiga.

—Cuidaros —dijo Mary.

Allan sonrió, aunque por dentro no sentía nada, como si la muerte de su mujer le hiciera actuar como un autómata. Después se marchó y salió de la casa dando un portazo. Mary se levantó y cerró la puerta.

Philip notó cómo aquella sopa caliente le hacía recuperar ligeramente las fuerzas. Después se apoyó sobre el brazo bueno y notó una vibración en el bolsillo del pantalón. Creía haberla sentido antes, pero estaba demasiado cansado para hacerla caso. Tuvo que hacer malabares para sacar el teléfono del bolsillo. Miró la pantalla antes de abrir. Le comenzó a temblar la mano y estuvo a punto de perder el móvil. No pudo leer todo el mensaje, su única mano sana no le permitía deslizar la pantalla, pero las primeras palabras fueron suficientes.

—Ayuda, estoy encerrada en un sótano...

Cuando Mary regresó y vio a su amigo con el teléfono en la mano sudando. Corrió hacia él. Abrió la pantalla y leyó el resto del mensaje. Se dirigió a la entrada, encontró la puerta y logró abrirla con dificultad. Entró en el cuarto trastero; una luz tenue iluminaba la sala. Buscó la otra puerta y tardó unos segundos en percatarse de que estaba justo al fondo. Quitó el pestillo y vio el rostro de su amiga ennegrecido por el polvo. Jane la sonrió y se abrazó a ella.

—¿Están todos bien? —preguntó.

Mary hizo un gesto con la cabeza. Prefería dar a su amiga la información en pequeñas dosis.

—¿Dónde está Allan? Vi que se iba con el viejo.

—Han ido a pedir ayuda.

—¿Los dos juntos? —preguntó Jane mudando la cara de alegría a otra asustada.

—Sí —dijo Mary sin llegar a comprender.

—Ese tipo me encerró en el sótano. Tiene todo lleno de cámaras. Estoy segura de que oculta algo...

Mary sintió un fuerte dolor en el pecho. Después, sin mediar palabra, corrió hasta la puerta principal y la abrió a toda prisa. La moto de nieve levantaba polvo blanco a su paso. Allan conducía y el anciano iba agarrado a su espalda. Ella levantó la mano para advertirle y él le devolvió el saludo, pensando que simplemente le deseaba suerte. El viejo se giró y sonrió levemente. Al final se iba de la casa, pensó mientras se aferraba al cuerpo del hombre. Jane salió detrás de su amiga, la abrazó y la llevó dentro. Aún tenían la esperanza de que la cobertura de la casa le hubiera permitido recibir el mensaje que ella le acaba de enviar desde su teléfono.

VER EL MAL

La casa era de piedra en la base y de madera hasta una altura de cuatro o cinco metros. El tejado estaba muy apuntalado para que la nieve no se acumulase en invierno y en la parte delantera había un porche de madera que alguien había cerrado con grandes ventanales de cristal para poder usarlo también en invierno. Steve se animó al ver aparcado junto a la casa, justo al lado del granero, un viejo Ford en perfecto estado. Aunque el humo que salía de la chimenea ya era prueba más que suficiente de que la casa estaba habitada. Caminó los últimos metros, pero cuando estaba apunto de llegar al pie de la escalera dos pit bull terrier negros corrieron hacia él y se pararon apenas a un metro de distancia. Se quedó muy quieto, con la esperanza de que los fuertes ladridos de los animales hubieran alertado a los habitantes de la casa. La puerta del porche tardó en abrirse apenas un minuto, pero a él se le hizo una eternidad. En el umbral apareció una mujer mayor vestida con un traje a cuadros y un chal negro sobre los hombros. Llevaba unas gafas redondas colgadas por una un cordón y las manos manchadas de harina.

—¡Quietos! —gritó con una fuerza que Steve no esperaba. Los dos animales se calmaron de repente y se sentaron.

—Lamento la intromisión, pero un amigo y yo hemos sufrido un accidente a unos pocos kilómetros de aquí.

—Lo lamento, pero estoy sola y no tengo teléfono.

—Mi amigo está herido, lo he dejado a un par de kilómetros de aquí. Tal vez podríamos ir en su coche.

—¿Ese coche? No lo uso desde hace seis meses. El médico no me deja conducir por mi tensión.

—Sí, pero yo podría...

—Lo siento joven, pero no puedo dejar mi coche al primer desconocido que llega a mi puerta. En otra época las cosas eran distintas, pero se ven tantos crímenes en la televisión... Mi marido y yo la vemos todas las noches por satélite, la radio no se escucha en esta zona y en invierno los días se hacen muy largos.

—¿No tiene otra manera de comunicarse?

—No, pero nunca nos ha hecho falta...

La mujer miró al joven más detenidamente después de ponerse las gafas con cuidado de no mancharlas con las manos de harina. Después hizo un gesto con la mano y le dijo:

—Pase, hace mucho frío ahí afuera.

Steve respiró hondo. Parecía que al final se animaría ayudarle, pensó seguido de cerca por los dos perros.

El salón era pequeño pero acogedor. Tenía una gran alfombra redonda de color rojo, una mesa de madera también redonda en un rincón con cuatro sillas, un sofá frente a una inmensa televisión de pantalla plana de última generación y unas escaleras que debían conducir a la planta de arriba. Al fondo había tres puertas. Él calculó que se trataría del baño, la cocina y la habitación.

—Estaba haciendo un dulce —comentó la mujer.

—Qué rico —dijo Steve sonriente. Miró a la chimenea encendida y aquel lugar le pareció el paraíso. Los dos perros se pusieron a sus pies sin quitarle ojo y aquel dulce momento se amargó un poco.

La mujer se metió a la cocina y regresó un par de minutos más tarde secándose las manos en el delantal, se sentó al lado y puso la televisión. En la gran pantalla apareció la previsión del tiempo.

—Es uno de mis canales favoritos. Siempre me gusta saber el tiempo que va a hacer, aunque mis huesos muchas veces lo prevén mejor que los satélites.

Steve sonrió, aquella mujer parecía la dulce abuela que todos querrían tener.

—¿Cree que podremos ir a buscar a mi amigo? —preguntó el hombre algo inquieto. Temía que el frío terminara con las pocas fuerzas que aún le quedan a John.

—Iremos en un momento, pero le veo cansado, tome unas galletas. ¿Desea un té caliente? —preguntó la mujer alargando una bandeja. Los perros reaccionaron poniéndose en pie, pero ella los mandó sentar de nuevo. Después salió y puso el agua a hervir.

Asomó de nuevo por la puerta y sin salir de la cocina le preguntó:

—¿Adónde se dirigían por esta carretera?

—Venimos de la casa de la colina; una niña pequeña vino a pedirnos ayuda y mi amigo y yo queríamos ir al pueblo.

—¿Qué casa?

—La cabaña grande de la colina —dijo Steve.

—No hay casas habitadas más al oeste —dijo la mujer algo extrañada.

—Es de alquiler, deben haberla reformado hace poco. Esta nueva —dijo Steve mientras masticaba las pastas.

—Al oeste lo único que hay es la frontera, bosques, osos y lobos —comentó la anciana.

—Le aseguro que hemos pasado allí la noche.

—¿Está cerca del aserradero? —preguntó la mujer.

—Creo que sí.

—¿En una colina?

Las preguntas de la mujer comenzaron a incomodarle. ¿Cómo era posible que no conociese la existencia de la única casa que había en cincuenta kilómetros a la redonda? Esa mujer llevaba toda la vida allí.

Se escuchó el motor de un vehículo, no parecía de gran cilindrada. Steve creyó que podría tratarse de una moto de nieve o una pequeña furgoneta. La mujer se acercó a los visillos y los separó un poco para mirar.

—Ya esta aquí. Por favor, perdone unos momentos. Tengo que ayudar a mi marido a guardar unas cosas en el granero. Viene del pueblo.

—Déjeme que le ayude —propuso levantándose en pie.

Los dos perros gruñeron a la vez y volvió a sentarse.

—No, quédese aquí. Él les ayudará a ustedes gustosamente.

La mujer abrió la puerta y salió a la entrada. Steve se mantuvo quieto, mirando a los dos perros. Escuchó unas voces fuera y esperó pacientemente a que la mujer regresase.

Jane parecía angustiada cuando salió del sótano, pero al enterarse de lo que había sucedido a su amiga Susan entró en un verdadero estado de histeria. Mary no sabía qué hacer. Ella misma estaba tan nerviosa y preocupada que le costaba encontrar palabras de consuelo para su amiga. Decidió abrazarla durante un rato y después darle una de las pastillas que ella tomaba para la ansiedad. Unos minutos más tarde el diazepam había empezado a hacer efecto. Mary le ofreció a su amiga una tila. Las dos mujeres se sentaron e intentaron relajarse un poco.

—¿Cómo está la niña? —preguntó Jane.

Mary levantó la vista y vio que dormía plácidamente.

—Descansa. Creo que han sido demasiadas emociones para ella.

—La pobre ahora está sola en el mundo —dijo Jane intentando bajar el tono de voz.

Mary se puso la taza a la altura de los labios y dejó que el vapor relajara un poco su mente.

—¿Piensas que Allan verá el mensaje?

—Eso espero —contestó Mary.

—¿Cómo ves la herida de Philip?

Entre la dos habían ayudado a su marido a subir a la primera planta para descansar. Jane había descubierto algo de antibiótico en el botiquín y se lo había dado. La herida de la pierna se estaba poniendo muy fea.

—¿Mandaste el mensaje a emergencias?

—Sí, pero no estoy segura de si lo han recibido. Es una página web y al no funcionar nuestros teléfonos no sé si podrán localizarnos —contestó Mary.

—Pero les explicaste donde nos encontramos...

—Sí, la carretera principal y cómo se llega hasta la casa.

Jane tomó un nuevo trago de la infusión y sus ojos se concentraron en el fuego de la chimenea.

—Estoy segura de que ese viejo ha montado todo esto. Él puso las cámaras para vigilarnos y me encerró en el sótano.

—Pero eso es absurdo, Jane, ¿por qué iba a hacer algo así?

—Venderá el contiendo de las cintas, me imagino.

—Lo cierto es que ese me parece el más pequeño de nuestros problemas. Steve y mi marido están desaparecidos, Philip herido y Allan en manos de un perverso. Por no hablar de nosotras, indefensas y con una niña que acaba de perder a sus padres.

—Cuando llegue la ayuda toda esta pesadilla habrá desaparecido —dijo Jane, intentando animar un poco a su amiga.

—¿Tú crees? Primero Ruth y su hijo, ahora Susan. Dios mío, la muerte es algo terrible y parece encontrarse más cerca que nunca.

Mary comenzó a llorar, intentó ahogar las lágrimas con los sorbos cortos de su taza, pero apenas pudo contener el aliento.

—Seguro que logramos superar todo esto.

Escucharon ruidos en la planta de arriba y Jane hizo un gesto con la mano a su amiga para que le dejara subir a ella. Ahora que se encontraba más calmada quería centrarse en cuidar a Philip. Allan y Steve habían perdido a sus parejas. No quería ni pensar cómo se sentiría si le ocurriese algo así a ella.

Subió las escaleras con algo de dificultad. Aún sentía la pierna dolorida por la caída del día anterior. Caminó por el pasillo pobremente iluminado por las lámparas de bajo consumo y entró en la habitación. Philip estaba intentando levantarse de la cama. Tenía una pierna apoyada en el suelo y la otra intentando bajarla de la cama con cuidado.

—¿Qué haces?

—Tenemos que marcharnos de esta casa. Está maldita. Ya sabes que yo no soy una persona supersticiosa, pero han pasado tantas cosas en estos dos días que estoy convencido de que está maldita.

—Eso es una locura. Estoy segura de que todo pasará en unas horas. Ya hemos contactado con los servicios de emergencia.

Cuando Jane intentó que su esposo se echara de nuevo en la cama, notó que su cuerpo estaba ardiendo.

—Tienes fiebre —dijo Jane, mientras tapaba con una sábana a su marido.

—Me encuentro bien. Tenemos que coger uno de los coches y largarnos de aquí antes de que sea demasiado tarde. No hay tanta nieve, y cualquier cosa es mejor que quedarse en este lugar.

—Steve, Allan y John regresarán a la casa antes o después. No es buena idea que nosotros también nos perdamos en medio de la nada. Además esta al niña...

—Esa niña no es normal. ¿Habéis observado su comportamiento? Además, si alguien mató a sus padres, el asesino no puede andar muy lejos.

—Tranquilízate. Voy a buscar algo para que te baje esa fiebre.

Philip terminó por ceder. La fiebre comenzaba a minar de nuevo sus escasas fuerzas. Se tumbó en la cama y tomó la pastilla que le ofrecía su esposa. Diez minutos más tarde se había quedado profundamente dormido.

Jane bajó de nuevo al salón. Mary continuaba sentada en la silla, con las piernas cruzadas y la taza en la mano. En el exterior la nieve comenzaba a caer de nuevo con fuerza. Con aquel temporal era muy difícil que los servicios de emergencia fueran en su ayuda.

—¿Qué tal se encuentra?

—Tiene una fiebre muy alta. Eso me preocupa.

—El antibiótico le ayudará.

Jane se acercó hasta la niña. Observó su rostro angelical y pensó que, al contrario de lo que pensaba su esposo, esa niña era incapaz de hacerle daño a nadie.

—Hay varias cosas increíbles. He comprobado que esta casa ya no se alquila.

—¿Qué? —dijo Mary sorprendida.

—Como lo oyes. Ya no existe la web ni ninguna referencia a la casa en las páginas de alquiler.

—Eso no es posible.

Mary tomó la tableta y comenzó a buscar; después de unos diez minutos de intentos fructuosos miró sorprendida a su amiga.

—Es cierto.

Buscó de nuevo algún tipo de referencia a la casa, imágenes o videos, y no encontró nada. Después intentó indagar en la historia de la zona, sobre todo del aserradero cercano.

—Mira lo que dice sobre el aserradero en este blog —dijo Mary enseñando la pantalla a su amiga.

—«La dura vida de los leñadores de Maine». Durante siglos los leñadores del norte de Maine vivieron en condiciones inhumanas. Mientras los ricos tablones de madera corrían río abajo enriqueciendo a los dueños de las compañías, ellos vivían en pequeñas casas de maderas con sus familias, en una pobreza extrema. Las enfermedades, el incesto y las malformaciones por la endogamia los convirtieron en poco tiempo en personas con un bajo cociente intelectual y extremadamente salvajes. En el año 1956 los aserraderos se cerraron tras una terrible matanza en la que murieron la familia del patrón y algunos de sus hombres de confianza. Después de sesenta años la zona continua despoblada, como si la maldición se hubiera cernido para siempre sobre esos bosques sombríos y apartados.

Cuando su amiga terminó de leer, Jane sintió como si se le helase la sangre. ¿Cómo podían haber ido a parar a un lugar como aquel?, se dijo Jane mientras en su mente se repetía una terrible idea: ella era la culpable de haber llevado a sus amigos a la misma puerta del infierno.

El *sheriff* paró unos kilómetros más adelante. El rastro de la persona desaparecida parecía perderse en algún punto, pero no lograba dar con él. Después de intentar encontrar las huellas del hombre en la nieve, decidió ir por el sendero a casa de los

Smith. Si el forastero había visto ese camino tal vez lo había tomado con la intención de buscar ayuda.

Los Smith eran personas peculiares, pero en aquella zona del condado tan aislada era muy difícil mantener la cordura, pensó el agente mientras giraba el coche y retrocedía un kilómetro.

—¿Dónde vamos? —preguntó John, que de vez en cuando se quedaba dormido en el asiento del copiloto.

—Vamos a ver la única casa habitada de esta zona. Tal vez esa gente haya visto algo.

Diez minutos más tarde estaban entrando por el sendero rodeado de pinos blancos. Las copas protegían en parte de la fuerte nevada que volvía a caer con fuerza en ese momento. El *sheriff* paró el vehículo al lado del dueño de la casa. Después dejó el motor encendido y pidió al forastero que no se moviera del coche.

Escuchó al perro ladrando y cuando puso un pie en la nieve el animal se acercó hasta él.

—Hola. ¿Están tus amos en casa?

El hombre caminó torpemente por la nieve. Los copos le golpeaban la cara con fuerza, pero no se puso el abrigo. La entrada principal se encontraba a menos de diez metros de su coche.

Llamó a la puerta en cuanto se encontró protegido en el porche. Al no obtener respuesta, apartó la puerta mosquitera e intentó observar el interior entre los visillos blancos. No había luz dentro ni nada que indicase que había gente en la casa.

—¿Dónde están tus amos? —preguntó el hombre extrañado. No era normal que dos personas mayores hubieran salido en medio de aquel temporal. Además, su coche estaba aparcado fuera. Lo único que se le ocurrió fue que se habían ido a pasar unos días con su hijo Tim a California. En invierno pasabas largas temporadas con él en San Diego. Una ciudad mucho más propicia para dos ancianos que su casa en Maine, donde el duro invierno del norte podía acabar con la salud de cualquiera.

El *sheriff* no se conformó con examinar la parte delantera. Salió de nuevo del porche y caminó por un pasillo de madera hasta la puerta de la cocina. Intentó girar el pomo de la puerta, pero estaba cerrado. Miró en el interior, pero no vio ni rastro de la señora Smith.

Se quitó el gorro con orejeras, se frotó el pelo pegado y sudoroso, después llamó a la puerta, pero nadie le respondió.

El perro le había seguido hasta la puerta. Entonces se dio cuenta. Los Smith no se habían podido marchar. Su perro estaba en casa, en medio de la nieve.

—Joder —dijo mientras tomaba la pistola y golpeaba con la culata la ventana de la cocina. Se escuchó cómo estallaba el cristal y después quitó con cuidado los cristales que colgaban. Metió la mano por dentro del marco, sintió el calor de la casa en los dedos y giró el pestillo. La puerta se abrió chirriante. El hombre entró en la cocina y observó la loza fregada sobre el escurridor, la mesa pintada de azul con su

mantel de cuadros y una tarta de manzana medio empezada tapada con una servilleta de papel.

Entró en el pasillo medio a oscuras y vio un cuerpo tendido. Se aproximó lentamente hasta que pudo comprobar que era el otro perro de la familia. Miró por el umbral que daba al salón sin dejar de apuntar al frente. Sus piernas temblaban, llevaba mucho tiempo sin vivir un momento como aquel. Su condado era muy tranquilo y los pocos altercados que se producían solían atenderlos sus hombres. Al entrar en el salón vio una bandeja con galletas tirada en el suelo y el cuerpo de una anciana sobre la alfombra mullida. A medida que se acercaba comprobó que no había sangre, pero cuando giró a la mujer su expresión no podía ser más elocuente. Alguien la había estrangulado con sus propias manos. El cuello amoratado y el rictus delataban la trágica muerte de la anciana.

El *sheriff* bajó el arma. Su mente no pensaba con claridad, tenía que informar a la central. Aquel simple caso de rescate comenzaba a complicarse.

¿Quiénes eran realmente esos tipos? ¿Quién le había hecho eso a aquella pobre mujer? ¿Dónde estaba su marido?

Allan se despertó. Le dolía la sien y veía doble. Al principio entró en pánico. Sus muñecas estaban atadas a una especie de grilletes. Intentó zafarse de ellos, pero lo único que consiguió fue arañarse. Intentó recodar lo que había sucedido. Las últimas imágenes que su mente había retenido eran la nieve, la moto circulando sobre ella a gran velocidad y los copos que comenzaban a caer con fuerza sobre su rostro. Después todo había sido oscuridad.

Miró a su alrededor, pero la poca luz que entraba por los listones de madera apenas le dejaba intuir aquel lugar. Parecía un cobertizo. Olía a sudor de animal y paja. El suelo estaba seco, pero la humedad y el frío penetraban por las rendijas haciéndole temblar de frío. Llevaba puesta todavía su chaqueta, pero no tenía ni los guantes ni el gorro.

Intentó agudizar el oído para escuchar algo o alguien que le ayudara a identificar aquel lugar, pero el viento golpeando la pared era el único sonido que lograban captar sus oídos.

El hombre volvió a tirar con fuerza de los brazos, pero el final de la cadena de ambas manos parecía estar anclado en algo mucho más duro que la podrida madera de las paredes. Debajo del suelo notó la tierra, lo que le indicaba que estaba en una planta baja.

Intentó recordar algo más. El golpe le había aturdido tanto que al principio no sabía dónde estaba ni que le había sucedido. Entonces le vino a la mente el incidente con el oso al lado de la casa que habían alquilado. El cuerpo de Susan sobre la nieve y sus ojos fríos mirando al vacío.

Allan comenzó a llorar. Sintió el agotamiento de las últimas horas. Las ideas destructivas que había tenido mientras caminaban hacia el aserradero, los dos cadáveres en el coche apuñalados por la espalda... Aquello era mucho peor que una pesadilla.

Intentó ponerse en pie. Pensaba que si tiraba con todas sus fuerzas tal vez se rompiera el anclaje de la pared. Debía haber servido en otro tiempo para atar al ganado o a caballos; no podía tener mucha resistencia. Posó una de las piernas contra la madera y aferrando la cadena con ambas manos logró tirar con fuerza. Escuchó un leve crujido, pero la cadena no cedió.

—Maldita sea —dijo mientras se sentaba de nuevo.

Intentó recuperar el aliento y centrarse en atar cabos. Recordaba que detrás de él estaba el anciano que les había alquilado la casa, que iban en busca de Steve y John, por lo que no podían estar muy lejos de la casa. Entonces notó algo molesto en el bolsillo del pantalón. Era su teléfono. Su agresor no se había molestado en registrarle a fondo, pensó mientras con las manos intentaba alcanzar el bolsillo. El aparato se cayó al suelo y comenzó a emitir un sonido estridente. Lo agarró con rapidez y logró desbloquearlo para que dejase de hacer ruido. Comprobó si tenía cobertura, y una pequeña raya le indicó que sí. Abrió el servicio de mensajes y vio el WhatsApp de Jane.

—El viejo me ha metido aquí —se dijo mientras escuchaba que alguien tiraba de una pesada cadena. La puerta se entornó y recibió una figura recortada por la luz en mitad de la nieve. No podía reconocer su rostro, únicamente el contorno del cuerpo.

Allan intentó tranquilizarse. No estaba preparado para morir, siempre había intentado espantar esa idea de su cabeza. No es que se creyera inmortal, pero siempre imaginaba su final muy lejano, casi inalcanzable.

Steve corría entre la nieve casi sin aliento. Los copos helados le sacudían la cara. No llevaba abrigo y a pesar del frío su cuerpo parecía inmune a toda sensación. La única idea que golpeaba una y otra vez su mente era que debía sobrevivir. Lo tenía que hacer por John, pero también por el resto de sus amigos. No tenía muchas más razones para desear sobrevivir.

Cruzó el bosque alejándose todo lo posible de la casa. No se podía creer lo que había hecho, pero no le había quedado más remedio. Aún sentía un fuerte dolor en las manos y le temblaba todo el cuerpo, como si tras aquel terrible acontecimiento todo su ser reaccionara contra lo que había hecho.

Miró por primera vez hacia atrás y no observó que nadie lo siguiera. No vio a los animales, tampoco a los ancianos. Su mente le pidió que descansara un poco, pero imaginó a John tirado en mitad de la nieve y se dijo que tenía que encontrarle e intentar llevarle a un sitio seguro.

Entonces escuchó el primer impacto. Fue en un árbol próximo, apenas a un metro de su cabeza. El tronco del árbol se astilló y salió un pequeño chispazo. Aceleró la carrera hasta el límite de sus fuerzas. Sabía que aquel viejo no lograría atraparlo, pero en contra de lo que pensaba el anciano tenía una resistencia inesperada.

Escuchó un segundo disparo, esta vez rozándole la pierna. Parecía que el viejo estaba afinando la puntería. Comenzó a correr en zigzag. Tenía que esquivar los árboles y los arbustos ocultos debajo de la nieve, pero al menos no sería un blanco tan fácil.

Notó cómo las piernas se comenzaban a cansar. Llevaba horas caminando, aún sentía las secuelas del accidente y ya no era un chaval. La adrenalina le corría por todo el cuerpo, pero esa energía adicional no tardaría en ceder.

Una de las ramas se enredó en sus piernas y se dio de bruces con la nieve. Se golpeó en la cabeza con una piedra oculta debajo del manto blanco y tardó unos segundos en incorporarse de nuevo. Entonces escuchó el motor de un coche a lo lejos. Eso únicamente podía ser o que sus amigos le estaban buscando o que los guardabosques habían dado un aviso de emergencia.

Escuchó un disparo por encima de su cabeza y comenzó a correr de nuevo, pero intentando dar un rodeo para acercarse de nuevo a la casa.

Steve pensó en el cuerpo sobre el suelo. Nunca había hecho algo así, pero era cuestión de vida o muerte. Los dos animales le vigilaban mientras la anciana salió a recibir a su marido. Él permaneció sentado hasta que escuchó una voz que le resultaba familiar. Intentó ponerse de nuevo de pie y asomarse tras el cuerpo de la mujer, pero uno de los perros se lanzó sobre él. Al principio logró evitar su mordida. Se echó a un lado y tomó la bandeja con las galletas. El animal le enseñó los dientes y cuando se lanzó sobre él, Steve movió la bandeja de metal, cortando el cuello del perro con el afilado filo curvado. El animal dio un breve gemido y cayó muerto al suelo.

La anciana se giró al escuchar el estruendo, Steve corrió hacia la cocina y salió por la puerta trasera. El otro perro mordió su chaqueta, él se zafó de ella y comenzó a correr únicamente con el jersey. El anciano salió de uno de los laterales y gritó algo que él no logró entender; después disparó un par de veces.

Pasaron unos minutos sin escuchar a nadie, pero después notó que le seguían.

Steve se paró detrás de un gran árbol. Miró y vio que el anciano estaba montado sobre una moto de nieve mientras sostenía en una de sus manos un rifle. Tenía que regresar a la casa. No duraría mucho en medio del bosque con aquel individuo disparándole.

Escuchó los disparos y se giró sobresaltado. Aún no se había recuperado de la horrible visión del cuerpo de la señora Smith cuando los tres fogonazos del bosque le pusieron en guardia. Salió por la puerta trasera. Intentó escudriñar en mitad de los

árboles hacia dónde se habían escuchado las detonaciones, pero su vista estaba cada vez peor. Apuntó a la lejanía, pero siguió sin ver nada desde la plataforma de madera. Bajó las escaleras y comenzó a correr entre los árboles. Llevaba menos de doscientos metros recorridos cuando notó que le pesaban las piernas. Su sobrepeso y la edad no le permitían correr durante mucho tiempo. Se apoyó en un árbol e intentó recuperar un poco de aliento.

Una figura se movió entre los árboles y escuchó otro disparo. El perseguidor y su víctima parecían dirigirse al sendero. Creyó que era mejor volver sobre sus pasos y tomar el coche. Además, debía informar a la central cuanto antes. Necesitaba refuerzos. Sabía que tardarían mucho en llegar hasta allí en aquellas condiciones, pero él solo era hombre muerto.

Corrió hasta el coche y vio que había desaparecido. Pensó que el forastero se lo había llevado, seguramente asustado por los disparos. Maldijo mil veces su suerte y observó las huellas de los neumáticos en la nieve. Volvió a tomar aire, entonces vio a un hombre correr por el sendero hacia él. Levantó su arma y le apuntó.

Cuando el hombre llegó a unos cuatro metros de él levantó las manos.

—¿Quién demonios es usted y qué está sucediendo aquí?

Steve respiró para recuperar el aliento antes de hablar. El policía frunció el ceño, desconfiado. Aquel tipo iba únicamente con un jersey, estaba lleno de magulladuras y parecía asustado.

—Me están perseguido. Necesito ayuda.

—¿Qué ha pasado allí dentro? —preguntó el hombre señalando la casa.

—He tenido que hacerlo...

—¿Ha matado a una pobre anciana?

—No, he matado al perro —dijo Steve confuso.

—Entonces...

Steve vio cómo el viejo se acercaba por detrás del policía.

—¡Cuidado! —llegó a gritar, pero antes de que al agente lograra reaccionar sintió un fuerte pinchazo en la espalda. Después otro en el hombro y se desplomó en el suelo antes de darse cuenta de su propia muerte.

Steve miró sorprendido al hombre que tenía delante. Era Larry Hartzbusch, el dueño de la casa. Escuchó la moto de nieve deteniéndose a su espalda. No se atrevió a girarse, pero a su mente acudió enseguida una idea terrible. Si el hombre que tenía enfrente era el anciano que les había dejado la cabaña de troncos, ¿quién era el que le había disparado en medio del bosque?

John apretó el acelerador y el coche comenzó a patinar sobre la nieve. El sendero era bastante derecho, pero él tenía que frenar y acelerar con la pierna izquierda. Cada vez que apretaba los pedales sentía el hueso astillado rozando sus músculos.

El camino principal se encontraba muy cerca. En un par de minutos estuvo de nuevo en la carretera y antes de tomar una dirección se quedó parado sin saber qué hacer. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue regresar. ¿A quién estaban disparando? ¿Qué le había sucedido al pobre *sheriff*? Aquel hombre le había ayudado, pero él se había limitado a escapar sin dejarle una vía de escape al agente.

Cuando escuchó el último disparo John ya no tuvo dudas. Giró a la izquierda en dirección a la cabaña. Esperaba que Steve estuviera algunos kilómetros más adelante. La nieve que caía le dificultaba la visión, el asfalto estaba resbaladizo y las curvas le hacían temblar cuando veía las ruedas deslizarse sin control. Él llevaba años conduciendo su Mercedes por la soleada California. Las nevadas en Nueva York también eran frecuentes en invierno, pero los operarios del ayuntamiento no tardaban mucho en despejar las carreteras. Otra cosa muy diferente era circular por una carretera de montaña con varios centímetros de nieve.

Después de media hora de conducción pensó que Steve habría logrado llegar a la casa a pie. Tal vez no quería aceptar la realidad de que su amigo estuviese en mitad de aquella nada blanca, pero no había vuelta atrás. Él estaba herido y al menos en la cabaña le esperaban su esposa y el resto de sus amigos.

La nieve dificultaba la visión; apenas podía ver a unos pocos metros del parabrisas. Intentó tomarse las cosas con calma y aminorar la marcha. Era mucho mejor llegar un poco más tarde que perder el control y volver a tener otro accidente. Ahora se sentía culpable por todo lo que había pensado de Steve. La envidia era un sentimiento muy humano, pero su amigo era una buena persona, incapaz de hacerle daño a nadie y que habría hecho todo lo posible por encontrar ayuda.

Al divisar las luces tenues a lo lejos sintió una especie de calma, la misma sensación que cuando llegaba a casa después de un largo viaje y su esposa le esperaba con el resto de la familia para darle la bienvenida.

Atravesó la verja y condujo los últimos kilómetros con sumo cuidado. Paró enfrente de la casa y abrió la puerta del conductor. Sacó su muleta improvisada y caminó con dificultad hasta la puerta. Antes de llegar a tocar en la gruesa madera de la entrada Mary y Jane abrieron. Su mujer se abrazó a su maltrecho cuerpo y los dos lloraron unos segundos bajo el frío porche. Mary estaba bien, y todo lo demás parecía importar muy poco en ese momento, se dijo mientras sus lágrimas caían sobre el pelo de su esposa y el dolor de la pierna dejaba de torturarlo, centrando todos sus pensamientos en la felicidad de no sentirse solo de nuevo.

La sombra no tardó mucho en salir corriendo. Allan había escuchado disparos y únicamente le había dado tiempo a comprobar que las puertas se cerraban. Al girar la cabeza observó por el rabillo del ojo lo que parecía el cuerpo inerte de una persona mayor.

Los disparos se sucedieron hasta que el silencio volvió a envolverlo todo. Cuando Allan ya había perdido las esperanzas de que su secuestrador regresara en las siguientes horas, las cadenas volvieron a sonar, la puerta se entornó y dos ancianos entraron con un hombre. Empujaron al hombre hasta él y le ataron entre Allan y el cadáver. Entonces logró reconocer a su amigo, pero no dijo nada hasta que los dos secuestradores salieron de la casa.

—Steve, ¿te encuentras bien?

La oscuridad era casi total, pero la respiración de su amigo se escuchaba con claridad.

—¿Eres tú, Allan?

—Sí, soy yo.

—Dios mío, te han atrapado a ti también.

—Sí —contestó Allan.

—No estaba seguro de lo que estaba pasando, creía que se trataba de una coincidencia...

—¿El qué? Steve.

—Lo de los niños, todos esos niños.

—No entiendo lo que dices.

—Ahora sé que es verdad. Todos esos niños... —repitió Steve como si sus labios y su mente estuvieran muy lejos de allí.

TERCERA PARTE

INFIERNO

LOS GEMELOS

En cuanto escuchó ruido en el salón salió de la cama para ver qué ocurría. Philip bajó las escaleras despacio, intentando no posar el pie. Atravesó el recibidor y entró. Jane y Mary ayudaban a John a tumbarse en el sillón libre. La niña se había despertado con el ruido y al ver al desconocido cubierto de heridas y con la pierna rota se levantó y se dirigió a un rincón de la sala, acurrucándose entre sollozos.

Philip llegó hasta sus amigos y miró el rostro demacrado de John. Tenía numerosas contusiones y la expresión de su mirada manifestaba su estado de ánimo.

—¿Dónde está Steve? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Jane a su amigo.

Sabía que su estado de salud era desastroso, pero no entendía cómo aparecía después de tantas horas en un coche de la policía completamente solo.

—Ha sido terrible. Sufrimos un accidente. Steve se adelantó para pedir ayuda, pero no he logrado localizarle. Un policía me encontró en el camino y fue a una casa para buscar a Steve, pero comenzaron a dispararle y decidí huir —les explicó con la voz acelerada.

Agachó la cara avergonzado. Había dejado solo a su amigo y a aquel policía.

—Hiciste bien en venir a avisarnos. Seguro que Steve está de camino... —le defendió su esposa.

—Puede que la persona que estaba disparando en la casa sea el asesino de... —Jane no terminó la frase. La niña podía escucharles, pero sus amigos le comprendieron bien.

—El viejo hizo todo esto —comentó Mary, que ahora parecía más convencida de la culpabilidad del dueño de la casa. Lo peor de todo es que Allan estaba con él.

—¿Viste a Allan? —preguntó Mary.

El hombre negó con la cabeza. Mary tomó del botiquín varios calmantes. Cuando John comenzó a relajarse cortó con unas tijeras el pantalón para comprobar la fractura. No pudo evitar sentirse mareada al ver el hueso casi rompiendo la piel de la pierna de su marido.

—Déjame que lo haga yo —comentó Jane.

Curaron al hombre y después le dejaron descansar.

Philip se sentía mucho mejor después de descansar un poco, pero su esposa temía que tuviera una infección. Cada hora que pasaban allí el peligro aumentaba aún más.

—Deberíamos marcharnos de aquí —comentó Mary a su amiga mientras preparaban algo de comida para sus esposos.

—Fuera está nevando, cada vez es más peligroso tomar el coche. Esperemos a que nuestros mensajes lleguen a emergencias.

—Estarán buscando al policía desaparecido —dijo Mary.

—Sí, estoy segura de que llegarán los servicios de emergencia en cualquier momento.

La noche comenzaba a cernirse sobre el bosque. Sabían que era arriesgado pasar un día más allí, pero conducir en medio de un temporal, en completa oscuridad, era poco menos que un suicidio.

—Nunca pensé que algo así pudiera sucedernos —dijo Jane mientras terminaba el último sándwich.

Los llevó al salón y los cinco comieron en silencio. Mary en el sillón, ayudando a su marido, y Jane, Philip y la niña en el salón.

—¿Cuándo llegarán mis padres? —preguntó Berenice de repente.

Jane y su esposo se miraron sin saber qué contestar.

—Mañana por la mañana —dijo por fin la mujer para evitar aquel silencio tan incómodo.

La niña pareció conformarse con aquella respuesta. Terminó de comer y se puso a jugar con unas muñecas. El resto se maravillaba de su entereza; únicamente los niños eran capaces de mostrarse tan indiferentes a lo que les sucedía.

—Cariño, espero que salgamos de esta. Estoy deseando llegar a Nueva York para hacer algunos cambios drásticos en nuestra vida. Quiero tener un hijo y que dejemos nuestra estresante vida en la ciudad. Todo lo sucedido me ha enseñado muchas cosas —comentó Philip.

Jane le miró con los ojos muy abiertos. No podía creer lo que estaba escuchando. Llevaba años esperando que su marido cambiase. Deseaba con toda su alma tener un bebé, pero nunca pensó que llegara ese momento. En medio del dolor y la pérdida, del miedo y la angustia, al menos recuperaba en parte la esperanza.

Ella le tomó de la mano y se quedaron unos minutos así, sin decir nada.

—Estaré muy orgullosa de darte un hijo. Llevo soñando este momento toda mi vida —comentó Jane sonriente.

—Tenemos que sobrevivir; nuestra vida no puede terminar de esta manera —contestó Philip.

Mary se acercó a ellos. La oscuridad del exterior la ponía muy nerviosa, pero al menos John estaba a salvo. Eso es lo que más le importaba en ese momento.

—Tenemos que resistir esta noche. Mañana nos iremos haga el tiempo que haga —dijo Mary apretando los puños.

—Tengo una idea para protegernos —comentó Philip. Las dos mujeres le miraron ansiosas por escuchar lo que les proponía. Aquella casa tenía demasiadas entradas y si el asesino era el hombre que les había alquilado la cabaña, no estaban seguros.

Allan no entendía lo que su amigo quería contarle. Por unos instantes pensó que su cabeza estaba comenzando a desvariar. Era normal que en aquella situación tan

extrema todos comenzaran a perder los estribos.

—Llevo meses investigando, desde que sucedió lo de Ruth y Jim —dijo Steve con palabras más coherente de las que había utilizado en la última media hora.

—No lo entiendo. ¿Qué has estado investigando y que tenía que ver eso con tu familia?

—La policía tenía una versión de los hechos, pero yo nunca la acepté. Me costaba pensar que mi hijo muriese por accidente y que mi esposa se suicidara al no poder soportar su pérdida y dejase el gas abierto.

—Yo pienso que las cosas pudieron suceder así. Al fin y al cabo, no sabemos cómo va a reaccionar un ser humano hasta que se encuentra en una situación extrema. Míranos a nosotros...

Allan comenzó a llorar. Recordó de nuevo la muerte de Susan. No sabía ni cómo tenía ganas aún de hablar.

—Saldremos de esta situación. Tenemos que confiar —dijo Steve, que aunque se sentía tan perdido como su amigo pensaba que era mejor que al menos uno de los dos mantuviera alta la moral.

—¿Qué le voy a decir a mis hijos? Su madre ya no está, nunca más volverán a verla.

—¿Qué ha pasado con Susan? —preguntó Steve inquieto.

—Está muerta. Un maldito oso la ha...

—¿Un oso?

—Sí, al parecer se encontraba debajo de la casa. Cuando nos vio llegar salió y la atacó. Mary abatió al animal, pero ya era demasiado tarde para mi mujer.

—Lo siento mucho.

—Tengo que volver con mi familia. No pueden perder a sus dos padres a la vez.

Steve intentó aclarar sus ideas. Debían trazar un plan para escapar de allí, pero antes debía comprender todo lo que estaba sucediendo. En su mente se agolpaban muchas cosas a la vez.

—¿Por qué decías que todo se reducía a los niños? No entendí a qué te referías —preguntó Allan, recuperando en parte la calma.

—Llevo un tiempo registrando todos los crímenes que se han producido contra niños. En la última década los casos se han multiplicado, pero, lo que es peor, en los últimos meses han sido cientos.

—¿Crímenes de niños?

—No, crímenes en los que se encontraba muerta a una familia entera o a varios de sus miembros. Padres e hijos asesinados sin explicación. En la mayoría de los casos se daba por supuesto que los padres habían asesinado a los niños, aunque nadie podía explicar la razón. Cuando Jane me comentó de venir a la casa del bosque le dije que no. Estaba obsesionado con mi investigación, pero descubrí que hace más de sesenta años se encontraron a varias familias asesinadas en misteriosas circunstancias; la más conocida fue la de los dueños del aserradero que estaba al lado de nuestra cabaña.

Entonces supe que no se trataba de una coincidencia y decidí venir. Pero pedí que no trajerais a los niños, pensaba que podía pasarles algo malo.

—Todo eso es una locura, Steve.

—Se produjo el incidente de la niña y sus padres. No lo vi en ese momento, pero los acontecimientos me estaban llevando al mismo sitio de partida.

—Pero esa niña no estaba muerta —contestó Allan.

—No. Había sobrevivido...

—¿Piensas que puede ser peligrosa? —preguntó alarmado su amigo. El resto del grupo se encontraba con ella en la cabaña.

Steve se quedó pensativo; aún no estaba seguro de si la muerte de los niños era causa o efecto del mal que estaba intentando descubrir.

—El único caso en el que los niños sobrevivieron fue el de dos gemelos.

—¿Te refieres al señor Larry Hartzenbusch y el otro anciano?

—Sí, creo que ellos son los gemelos que encontraron después de la matanza que se produjo entre los leñadores. Todo el mundo creía que eran dos pobres víctimas, pero puede que no fuera así.

Allan parecía escéptico con las conclusiones de su amigo. Padres que mataban a sus hijos, asesinatos de familias en esa zona de Maine...

—¿Qué tiene todo esto que ver con tu familia?

—Creo que a ellos les sucedió algo parecido.

—¿Piensas que Ruth mató a Jim? Ella adoraba a su hijo...

—Lo sé, pero no estoy hablando de actos voluntarios. Son más bien inducidos por una fuerza extraña. Una especie de mal ancestral...

—Eso es una locura —comentó su amigo.

—Eso creía yo, pensaba que me estaba volviendo loco, pero de alguna manera se está cumpliendo la profecía. En el evangelio de Lucas Jesús dice: «Porque estarán de aquí adelante cinco en una casa divididos; tres contra dos, y dos contra tres. El padre estará dividido contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra».

—¿Crees que está comenzando una especie de Apocalipsis?

—Me temo que sí.

En ese momento las puertas del cobertizo se abrieron. Los dos ancianos les contemplaron mientras las luces de su furgoneta les deslumbraban. Allan pensó que estaban próximos al final. Ya no importaba cuál era la causa de todo aquello, lo único que deseaba es que fuera rápido.

Philip pidió a su mujer que le vendara fuertemente la pierna antes de ponerse la bota. Después, con la ayuda de Jane se introdujo lentamente el calzado. Le dolía tremendamente, pero quería asegurarse de poder caminar con más normalidad en cuanto salieran de la casa.

El grupo había decidido llevar a cabo el plan de Philip. Llevarían provisiones y armas a la casa del árbol, se ocultarían allí hasta el día siguiente y en cuanto los primeros rayos de sol cruzaran el firmamento tomarían uno de los coches y no pararían hasta llegar a la ciudad más cercana. No había sido fácil tomar aquella decisión. Suponía abandonar a su suerte a sus amigos Allan y Steve, pero llegados a aquel punto lo que más les preocupaba era salvar su vida.

Jane y Mary tuvieron que transportar todo el material en varios viajes. No fue fácil. La ventisca helada les congelaba el rostro y las manos. Las luces se encendían cada vez que salían de la casa, pero al regreso debían caminar unos segundos a oscuras hasta que los sensores las detectaban. Tuvieron que repetir aquella operación cinco veces antes de que todos los alimentos y armas estuvieran en la casa del árbol.

—Creo que esto es lo último —dijo Jane.

Habían amontonado comida suficiente para varios días. Pensaban llevar parte en el coche, porque nunca se podría prever lo suficiente. Su coche podía averiarse en el camino o salirse se la carretera.

—Tenemos tres rifles, contando con el que había en el coche de la policía —comentó Mary mientras examinaba las armas.

—No será fácil subir a John hasta aquí. Philip pude moverse un poco mejor —dijo Jane.

—Tendremos que hacerlo poco a poco.

—Estoy deseando salir de esta maldita cabaña y de estos bosques.

Mary entendía perfectamente a su amiga. Sentía exactamente lo mismo. Aquellos dos últimos días se habían convertido en una verdadera pesadilla. Hasta aquel momento su vida había sido relativamente tranquila. Una existencia sin sobresaltos, en la que las tragedias y las victorias parecían rebajadas por lo cotidiano. Nunca se había enfrentado a su propia muerte o a la de su marido. Aunque ambos ya habían superado los cuarenta, de alguna manera les había perseguido la idea juvenil de la inmortalidad. Con veinte años la muerte parecía una especie de entequeia, tan irreal como la vejez.

Jane había pensado mucho en la muerte en los últimos tiempos. Muchas veces se daba cuenta de que imaginaba el fallecimiento de sus padres, y también su propia muerte. De alguna manera la maternidad era una forma de perpetuarse en este mundo. En otras ocasiones comenzaba a coquetear con aquella idea como una especie de acto de liberación.

La sociedad había abolido la muerte de la vida cotidiana. Era un tema tabú aún entre amigos, únicamente abordado por obligación al tener que asistir a un entierro, aunque olvidado de inmediato, como si su simple mención supusiera contagiarse de su fatal final.

—¿Crees que estamos preparados para morir? —preguntó Jane dejando que sus pensamientos más íntimos aflorasen.

—No estoy segura de que podamos prepararnos ante algo así.

—¿Qué piensas que hay después? Algunas veces hemos hablado de estas cosas, pero desde hace unos años se ha levantado un silencio entre nosotros. Ya no la vemos como una simple idea o un tema de debate, muchas veces la sentimos demasiado cerca, para tratarla con la misma frivolidad que cuando teníamos veinte años.

—No te voy a negar que el repentino fallecimiento de Ruth no me hiciera plantearme muchas cosas. Yo creo que la muerte lo primero que te produce es temor, pero más tarde duda —dijo Mary muy seria. Se sentó en uno de los sillones para descansar un poco antes de llamar a los hombres.

—¿Duda?

—Sí, te lo cuestionas todo. Comienzas a pensar si las decisiones que tomaste eran correctas, la persona que elegiste para compartir el resto de tu vida, tu profesión. ¿Cómo hubiera sido nuestra vida de nacer en otra familia u otro país? ¿Qué hubiera pasado si nos casamos con otra persona?

Mary se quedó con la mirada perdida unos instantes. Amaba profundamente a John, pero a veces le irritaban muchas cosas de su carácter, su incapacidad para entenderla y ayudarla. En ocasiones se sentía sola, como si tuviera que enfrentar la mayoría de los problemas por ella misma.

—Todos tenemos dudas. Forma parte del ser humano. Philip tampoco se ha comportado siempre como esperaba. Cuando éramos más jóvenes estaba dispuesta a seguirle hasta los confines de la tierra. Me imaginaba que haría grandes cosas, que cambiaría el mundo; esa era la clase de fe que tenía en él. Nunca pensé que se conformara con hacer dinero y poner su oído a cualquiera que le pidiera un poco de ayuda.

—Es lógico. En la juventud nos vemos como únicos, capaces de transformar todo lo que tocamos. Los adultos nos parecen conformista, gente gris incapaz de ver más allá de sus propios intereses. Una no es consciente de lo asustados que están. Temen perder sus trabajos, no poder pagar las hipotecas, que su esposo o esposa les abandone, que sus hijos sufran. La gente vive atemorizada. Ahora que estamos aquí, que estamos tan cerca de que nuestros peores temores se hagan realidad, estas cosas pierden poder sobre nosotros.

Las dos mujeres se pusieron en pie para continuar con el traslado. Sus maridos parecían demasiado agotados para aguantar más horas sin dormir. Estaban a punto de bajar las escaleras cuando vieron los faros de un coche que se acercaba. Se miraron la una a la otra en medio de la casi total oscuridad que habían en la plataforma de madera y decidieron meterse en la casa del árbol.

Notaron el traqueteo del vehículo. La lona que les cubría apenas les protegía del frío y la nieve, pero intentaron no dormirse y continuar hablando. Debían buscar la forma de escapar de allí cuanto antes.

Steve se giró un poco e intentó comprobar si era posible levantar la pesada lona con la espalda. Las curvas de la carretera le desplazaban de un lado al otro y le impedían zafarse de ella.

—No puedo —se quejó Steve.

Allan estaba completamente quieto, como si empezara a resignarse a su destino.

—Ayúdame, debemos escapar de aquí cuanto antes —comentó de nuevo Steve.

—Déjalo ya. ¿No te has dado cuenta de que si logramos saltar en marcha de la furgoneta lo único que conseguiremos es estar en medio de la nada, bajo una tormenta de nieve? Moriremos congelados.

Steve sabía que su amigo tenía razón, pero de alguna manera se negaba a aceptar su destino. Siempre había sido así, luchando contra todo lo que la sociedad, su clase y sus circunstancias le indicaban que debía ser su vida. Tampoco quería conformarse con su muerte.

—Esa maldita cosa me atrajo hasta ella, sabía que terminaría por averiguarlo. Pero podemos pararlo todavía —dijo Steve.

—No empieces de nuevo. No creo en nada que no pueda ver, tocar y sentir. Estamos en manos de dos psicópatas que disfrutan matando gente. Simplemente hemos tenido mala suerte al estar en el lugar y el momento equivocados.

—Esto no tiene que ver con la suerte, Allan. Ellos nos escogieron, bueno, a mí, para impedir que diera la voz de alarma, que parara esa maldita profecía.

—De todas maneras nadie creería esa locura. Tienes estrés postraumático. Al parecer es muy común en personas que han sufrido una gran pérdida —comentó Allan para que su amigo se tranquilizara.

Él estaba intentando ponerse en paz consigo mismo. La vida comenzaba a escapársele. Ahora que ya estaba el umbral de la muerte tenía cosas más importantes en las que pensar que en la locura de su amigo.

—Todo encaja. Por la edad que tienen deben ser los gemelos, todo empezó con ellos. Desde entonces se ha extendido poco a poco por la sociedad. Tal vez también puedan terminar con ellos —dijo Steve fuera de sí.

—Aunque eso fuera verdad, están armados y nos llevan con los brazos atados a la espalda.

—¡Ayúdame! —gritó Steve a su amigo. Se puso espalda con espalda con él y esperó a que Allan intentara desatar las cuerdas.

—Están muy fuertes —dijo después de unos minutos.

Steve se apartó hasta una de las esquinas y buscó algo puntiagudo que pudiera cortar las cuerdas. Encontró una especie de azulejo roto. Comenzó a mover rítmicamente las manos. A veces el filo le cortaba las palmas, pero no podía dejar de intentarlo. Él era el culpable de todo lo que estaba sucediendo.

Philip vio las luces a lo lejos. Llevaba un rato de pie, mirando por la ventana, impaciente por el tiempo que tardaban las chicas, cuando los dos focos brillaron en mitad de los árboles. Miró a un lado y al otro. Jane y Mary ya se habían llevado todas las armas. John estaba inmovilizado en la cama y la niña se había dormido. Si corría tal vez llegaría a la casa; también podía esconderse en alguna parte, ¿pero qué sucedería si los que se acercaban eran los servicios de emergencia?

Permaneció quieto mirando por la ventana hasta que el vehículo se detuvo cerca de la entrada, justo al lado del coche de policía. Dos hombres bajaron de él y los focos dejaron de alumbrar. Ahora eran las potentes luces del porche las que los iluminaban.

Los dos hermanos parecían dos gotas de agua. Philip se sorprendió al ver al señor Larry Hartzenbusch junto a otro hombre exactamente igual que él, vestido de la misma forma.

Philip fue cojeando hasta la cocina y tomó un cuchillo. Cuando salió vio a John incorporado.

—¿Qué sucede?

No supo qué contestar. Estaba a punto de correr escaleras arriba y esconderse.

—No te resistas, volveré a por ti.

—Pero...

Philip salió por la puerta de atrás y se dirigió directamente hasta la sala de máquinas de la caldera. Debía esperar allí unos minutos antes de intentar ir a casa del árbol. Allí estaban las armas de fuego. Se dijo a sí mismo que no se molestaría en pedir a aquellos hombres que se rindiesen, los dispararía en cuanto los tuviera a tiro.

Los dos hermanos apartaron la lona y bajaron la portezuela. Los dos amigos tiritaban de frío con las manos atadas a la espalda. Tiraron de ellos por los pies hasta que pudieron sentarse sobre la portezuela.

—Vamos —dijo uno de los gemelos.

Les empujaron por la nieve hasta que llegaron frente a la puerta. Uno de los hermanos la empujó levemente y comprobó que estaba abierta.

—Mételes abajo —dijo Larry.

El anciano abrió el cuarto trastero y encendió la luz. Les empujó de nuevo hasta que estuvieron enfrente de la puerta que les conducía al sótano. Una vez dentro los dos amigos intentaron bajar las escaleras sin caerse rodando.

Escucharon cómo se cerraba la puerta a sus espaldas y se quedaron en medio de la oscuridad.

Steve reaccionó en cuanto se cercioró de que estaban solos. Sin mucho esfuerzo logró romper las cuerdas. Había logrado partirlas casi por completo.

—Gracias a Dios —dijo Allan al escuchar cómo su amigo se liberaba.

Steve se dirigió hacia los monitores y al tocar el ratón se encendieron de repente. Su tenue luz le iluminó el rostro.

—Steve, quítame esto —dijo su amigo dándose la vuelta.

—Espera un momento.

Comenzó a pulsar el teclado hasta que tuvo el control de las cámaras. Vigiló a los ancianos por los monitores cuando se dirigieron al salón y ataron a su amigo. La niña corrió asustada, pero no tardaron en dar con ella y atarla también.

—Esos viejos son buenos —dijo Steve.

—¿Qué es todo esto?

—Monitores —respondió Steve.

Allan se extrañó de la facilidad con la que manejaba aquella máquina. Después su amigo se puso en pie, se acercó al hueco de debajo la escalera y metió el brazo entre las tablas como si buscara algo.

—¿Qué buscas?

—Paciencia.

Steve sacó una especie de bolsa de deporte pequeña. La dejó en el suelo, extrajo una linterna, una pistola, cinta aislante, un cuchillo de caza y se dirigió a su amigo.

—¿Cómo sabías que eso estaba ahí?

Se colocó a su espalda y comenzó a mover las cuerdas. Entonces Allan escuchó un ruido. Era la cinta aislante rodeando sus muñecas.

—¡Suéltame! ¿Qué haces?

—Es mejor que te quedes aquí. Este es un lugar seguro —comentó Steve justo antes de tapar la boca de su amigo con un pedazo de cinta aislante. Allan le miró con los ojos desorbitados.

—Yo terminaré con el mal. Nadie podrá pararme —dijo su amigo mientras le golpeaba en la cabeza y caía inconsciente a sus pies.

LA CASA DEL ÁRBOL

Tenían a Steve y Allan, pensó Jane intentando calmar sus nervios. Mary tomó uno de los fusiles, abrió ligeramente la ventana y apuntó.

—No —le susurró su amiga—, podrías darles a ellos.

La mujer apartó el rifle y se sentó en el suelo con a la cabeza hundida entre las rodillas. Su marido estaba dentro de la casa. Había sobrevivido a un accidente terrible y ahora estaba en manos de esos dos psicópatas.

—Son dos —dijo Jane sentándose al lado de su amiga.

—Sí, parece que el mal se multiplica más rápidamente que el bien.

—Nosotras también somos dos —dijo sonriente Jane.

—Dos mujeres que no saben disparar un arma.

—Bueno, tú has matado un oso. Creo que eso cuenta.

Mary no entendía cómo su amiga podía bromear en un momento como aquel. Para Jane era una manera más de defenderse. Sus sentimientos estaban tan confusos como los de su amiga, pero no servía de nada lamentarse. Aquella situación debía hacerlas más fuertes.

—Dejemos que se instalen. Cuando entren puede que nos busquen, pero tardarán un buen rato en dar con nosotras en este lugar.

—¿Pretendes que nos quedemos aquí esperando? —preguntó sorprendida—. Esos tipos tienen a nuestros maridos y a la niña, por no hablar de Allan y Steve.

—Aquí tenemos una oportunidad. Tienen que acercarse a campo descubierto. Las luces se encienden cuando entran y salen, pero en la casa seremos un blanco fácil.

Mary sabía que su amiga tenía razón, pero no podía quedarse allí con los brazos cruzados.

—Está bien, quédate aquí, pero yo voy a bajar.

La mujer se colocó el rifle en el hombro y abrió la puerta. No nevaba en ese momento, pero el frío era glacial. Se dirigió hacia la escalera, pero su amiga la detuvo antes de que comenzase a descender.

—Está bien. Iremos juntas, pero al menos pensemos antes cómo actuar. Tenemos que hacer que se separen, será muy difícil abatir a los dos a la vez.

—¿Qué has pensado?

—Una de nosotras se esconderá detrás de esos árboles y la otra detrás de la furgoneta, tiraré algo para que las luces se enciendan. Cuando salgan comenzaré a disparar. Ellos se parapetarán detrás del coche de policía, que está más cerca de la casa, entonces tú podrás alcanzarlos fácilmente. Cuando hayas abatido al primero yo correré para ayudarte con el otro.

—De acuerdo; será mejor que comencemos cuanto antes. No me fío de ellos.

Bajaron por la escalera y se colocaron en sus posiciones. Las dos mujeres tiritaban por el viento helado, pero sobre todo por el temor a que aquel plan saliera mal. Eran conscientes de que podían morir en el intento. Mary pensó en sus hijas gemelas. Aún necesitaban a su madre. Debía sobrevivir por ellas. Después le vino a la mente su marido herido e indefenso en el salón de la casa.

Al otro lado Jane esperaba a que su amiga estuviera preparada. Tomó un palo para activar los sensores, entonces escuchó algo a su espalda. Sus manos temblaron mientras se giraba para ver que era lo que se acercaba entre los árboles.

—Soy yo —dijo una voz a pocos metros.

No necesitó escuchar más. Era Philip. De alguna manera había logrado salir de la casa y la había visto en la oscuridad. Jane se sintió de repente segura, como si la simple presencia de su esposo fuera suficiente para disipar todos sus temores.

Los dos gemelos apuntaron directamente al pecho del hombre y la niña.

—¿Dónde está el resto? —preguntó Larry.

—Se fueron hace horas —contestó John mientras se intentaba incorporar en el sillón. Le habían atado las manos a la espalda. El dolor de la pierna había regresado con fuerza, aunque intentaba aguantar.

Uno de los dos ancianos dejó de apuntarle y puso el cañón del fusil en la cabeza de la niña.

—No le creo. ¿Cómo iban a dejarle solo en estas circunstancias? Además, la carretera está casi impracticable y no nos hemos cruzado con ningún vehículo en el camino.

—Les digo la verdad. Se fueron hace varias horas a buscar ayuda...

—Sí, claro. A buscar ayuda, pero no han vuelto ni con la policía ni con los servicios de emergencia.

—No tardarán en llegar...

Los dos hermanos se miraron y el que apuntaba a la niña cargó el arma y comenzó a apretar suavemente el gatillo.

—Nuestra paciencia se está agotando. Usted será el único responsable de lo que le suceda a la niña.

John tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla. Philip le había dejado solo y las dos mujeres debían estar aún en la casa del árbol. A él no le importaba morir, pero esos tipos eran capaces de cumplir su promesa de acabar con la vida de la niña. Lo único que podía hacer era ganar algo de tiempo.

—No entiendo por qué hacen todo esto —dijo John, intentando mantener la calma.

—Todo se ha complicado y llegados a este punto no podemos hacer nada para cambiarlo —contestó el tal Larry.

—Ustedes nunca alquilaron esta casa a nadie, ¿verdad?

—Ni siquiera es nuestra, pero eso ya no importa. No vamos a pasar los últimos años que nos quedan entre rejas o fritos en la silla eléctrica. Hace mucho tiempo nos acusaron de algo que no hicimos; no pasaremos por segunda vez por lo mismo —dijo Larry.

—Márchense y déjenos con vida. No hablaremos a nadie de ustedes. Diremos que fue algún psicópata que estaba por estos apartados bosques.

—No le creemos, ya nos engañó su amigo.

—¿Mi amigo?

Las luces del porche se encendieron de repente. Los dos hombres se giraron y John aprovechó para lanzarse sobre el que apuntaba con el arma a la niña. Apartó la boca del rifle de su cabeza y gritó:

—¡Corre, pequeña!

La niña se alejó hacia la puerta, Larry la apuntó con su arma y le disparó, pero la bala destrozó la puerta sin alcanzarla.

El otro gemelo intentó recuperar el control de su arma, pero John la tenía fuertemente agarrada. Entonces el anciano le dio una patada en la pierna herida. John dio un alarido de dolor y se cayó al suelo.

El hombre le apuntó directamente a la cabeza y miró a su hermano como si le pidiera permiso. Este negó con la cabeza.

—Estúpido —dijo el anciano mientras le propinaba varias patadas más. El dolor fue tan intenso que John terminó por perder el conocimiento.

Los dos hombres se dirigieron a toda prisa hacia la entrada.

—Busca a la niña arriba, yo saldré a ver qué pasa ahí fuera —dijo Larry a su hermano.

Abrió la puerta y salió con cautela al porche. No había nadie en la nieve. Entonces escuchó un disparo que se incrustó en la puerta. El anciano apuntó con su arma a los árboles, hacia donde había escuchado el disparo. Tardaron unos segundos en producirse nuevos tiros. El anciano esperó parapetado por la puerta y tras escuchar la última detonación corrió hacia el coche de policía. Disparó a los árboles y volvió a esconderse. Se levantó de nuevo y disparó, entonces escuchó un arma a su espalda. Se giró, pero fue demasiado tarde: una mujer le apuntaba con un rifle a menos de un par de metros. Escuchó la detonación de la bala y después notó un fuerte impacto en el pecho. Se derrumbó en el suelo y comenzó a sentir un intenso frío.

La niña corrió con todas sus fuerzas escaleras arriba. Pasó por varias habitaciones y decidió esconderse en la del fondo. Miró a ambos lados y al final optó por ocultarse en el armario. Subió hasta la estantería de más arriba y se acurrucó debajo de una manta.

Los pasos se acercaron sobre el suelo de madera. Se detuvieron varias veces; después se escucharon un par de puertas hasta que se detuvieron justo en la habitación. El anciano entró arrastrando los pies. Se dirigió hacia la cama y se agachó para mirar debajo. Se levantó con algo de dificultad y se dirigió hacia el armario. Abrió los cortinajes y movió las perchas.

En ese momento la niña contuvo el aliento e intentó moverse lo menos posible. El hombre estaba tan cerca que podía escuchar su respiración entrecortada y oler su aliento fétido. El anciano comenzó a levantar la vista cuando se escucharon los primeros disparos. Caminó rápidamente hacia las escaleras y se dirigió a la entrada.

La niña se quedó quieta un momento más, pero al final pensó que era mejor bajar e intentar saltar por la ventana hacia el bosque. Sus zapatos golpearon fuertemente el suelo de madera. Miró a su alrededor, pero estaba sola en el cuarto.

Se dirigió hacia la ventana y la abrió. El frío la golpeó en la cara y recordó en parte lo ocurrido el día anterior. El coche parado en el andén, el hombre que les pedía ayuda, el cuchillo brillando. No le había podido ver el rostro, llevaba un pasamontañas sobre la cara. Después todo era confusión. Lo siguiente que recordaba era estar frente aquella casa, aterrorizada y con la mente bloqueada. Miró abajo y vio a un hombre caminando por la nieve. Por un segundo sintió un escalofrío, recordando todo de nuevo.

El hombre escuchó el ruido de la ventana al abrirse y miró hacia arriba. Sus ojos se cruzaron con los de la niña. Llevaba puesto un pasamontañas que le cubría todos los rasgos. La niña cerró la ventana de golpe y se subió de nuevo al altillo del armario. Cerró los ojos e intentó imaginar que con ese simple gesto ya estaba a salvo.

Philip y Jane se acercaron hasta el cuerpo tendido en el suelo. Mary miraba horrorizada al anciano agonizante. Se inclinó hacia él y le preguntó sencillamente:

—¿Por qué? ¿Qué le hemos hecho nosotros?

El anciano intentó hablar, pero la sangre salía a borbotones de sus labios. Las luces iluminaban la escena como si todo se tratase de una triste parodia teatral.

El gemelo salió como una exhalación y comenzó a dispararles. Una de las balas alcanzó a Philip, que se derrumbó en la nieve; la segunda se incrustó en la chapa del coche de policía y la tercera alcanzó el brazo de Jane.

Mary logró disparar su arma, pero no alcanzó al anciano. El hombre corrió por un lateral y se perdió en la oscuridad.

Jane se aferró a su brazo herido, pero cuando vio el cuerpo de su esposo tendido en la nieve intentó levantarlo.

—¡Philip! —gritó la mujer entre lágrimas.

El hombre alcanzó a mirarla, pero no pudo hablar. La muerte esta vez logró atraparle y atraerle hasta su oscuro trono.

Mary disparó varias veces a la oscuridad antes de desistir. Después se inclinó para ayudar a su amiga. Las dos se dirigieron a la casa y entraron en el salón. Cuando vio el cuerpo de John tirado en el suelo, su esposa dejó a Jane en una silla y levantó el cuerpo de su marido. Aún respiraba.

—¡John!

El hombre recuperó en parte el conocimiento, pero sentía dolores tan fuertes que no podía moverse. Mary lo echó sobre su espalda y logró sentarlo. John se quejó, pero cuando estuvo en la silla abrió los ojos.

—La niña está escondida por la casa —advirtió a su mujer, para que intentara dar con ella.

—Descansa.

Después se dirigió a su amiga. Sangraba a la altura del hombro. Intentó taponar la hemorragia, pero Jane parecía ausente, Philip estaba tendido boca arriba sobre aquella nieve blanca, en medio de la oscuridad. Para ella ya nada tenía sentido.

Mary no sabía qué hacer, todo lo sucedido la superaba. Quería esconderse y dejar que aquella amarga noche pasara de una maldita vez. Estaba completamente sola, sus amigos estaban muertos, heridos o desaparecidos. Ella sería la siguiente. Parecía inútil resistirse. En ocasiones el destino parecía ineludible; enfrentarse a él era únicamente alargar la agonía, pensó mientras taponaba la herida de Jane. Su amiga la miró con los ojos hinchados por las lágrimas.

—Tranquila —logró decir.

Sus labios parecían pesados, como el resto de músculos de su cuerpo. Estaba a punto de rendirse, de tirar la toalla y dejarse llevar por aquel caudaloso río de horror y desesperación.

Allan estaba tendido en el suelo en mitad de aquel sótano maloliente, pero su mente no dejaba de dar vueltas a todo lo ocurrido. Se encontraba casi convencido de que su amigo había perdido la cabeza. Creía que se enfrentaba a monstruos imaginarios que movían a las familias a destruirse. Además, conocía perfectamente aquella cabaña de troncos, como si hubiera estado con antelación ella, por no hablar de lo extraño de dejarle maniatado en aquel sótano.

Allan intentó rodar hasta la escalera. Sus manos se encontraban atadas con cuerda y reforzadas con cinta aislante, tenía boca tapada y le costaba respirar por la nariz.

Se sentó al pie de la escalera de madera y tanteó la tabla con las manos. Estaba húmeda y fría. Encontró un clavo saliente y pegó las muñecas. Estuvo varios minutos rascando con el clavo hasta que la cinta se cortó, la cuerda fue mucho más difícil de romper. Era algo gruesa y no se deshilachaba con facilidad. Cuando logró liberarse se arrancó con cuidado la cinta de la boca. Sintió un fuerte dolor en el labio superior, pero no soltó el más leve gemido. Había visto desaparecer a su amigo por detrás del hueco de la escalera. Se acercó a los monitores y observó por unos instantes.

En el salón estaban Jane, Mary y John. La cámara los enfocaba desde lejos, pero John parecía gravemente herido. Miró por el resto de la casa, pero no logró encontrar a Steve.

Allan aprovechó el resplandor de los monitores para llegar hasta el hueco de la escalera. Palpó las maderas, pero no encontró ninguna puerta. Continuó pasando la mano por las maderas ásperas y húmedas hasta que sus dedos chocaron con un saliente. Empujó hacia arriba y notó que cedía un poco. Luego escuchó un clic y entró un aire frío. La abrió del todo y algo de nieve le cayó sobre la cara sudorosa. Allan salió al exterior y se apoyó con las manos sobre la nieve helada. Sacó el resto del cuerpo y comenzó a caminar por la fachada trasera del edificio. Buscó entre los bolsillos de la chaqueta y encontró un pasamontañas. Tenía tanto frío que no dudó en ponérselo. Al menos tendría caliente la cara.

Escuchó un ruido en una de las ventanas y miró. La niña estaba allí asomando su rostro pálido. Él levantó la mano, pero ella cerró bruscamente la ventana.

Llegó hasta la fachada principal y vio cómo Steve se acercaba a un cuerpo en el suelo. Después se puso en pie y miró a su alrededor antes de entrar en la cabaña.

Decidió que era mejor no entrar en la casa hasta que aclarara sus ideas. El comportamiento de su amigo era muy extraño, pero no podía pensar que se tratara de un hombre peligroso. Debía haber una explicación lógica para todo aquello.

Dio la vuelta a la casa y se asomó discretamente al ventanal del salón. Sus cuatro amigos conversaban. No podía escuchar lo que decían, pero parecían estar preparándose para algo.

Se dijo que era mejor entrar y enfrentarse a Steve, no sabía si era peligroso o no, pero aquella situación le parecía absurda. Desconocía dónde se encontraban los dos ancianos, pero ellos eran sin duda sus verdaderos enemigos.

Estaba comenzando a rodear la casa de nuevo para dirigirse a la entrada principal cuando escuchó un chasquido a su espalda. Después notó la boca de un fusil sobre su nuca.

La respiración se le aceleró. El pasamontañas amortiguaba el frío de la cara, pero también le hacía sentir su propio aliento agitado y angustioso.

—No se gire. Camine despacio y no le pasará nada —dijo la voz ya conocida de uno de los ancianos.

Pasaron por la entrada principal, pero alejándose lo suficiente de los sensores para que la luz no saltara de nuevo. El anciano no pudo dejar de mirar horrorizado el cuerpo de su hermano. Pero siguió empujando al forastero hasta la casa del árbol. Le pidió que subiera despacio. Cuando estuvo arriba, el anciano le siguió lentamente sin dejar de apuntarle.

Allan pensó en aprovechar la oportunidad de estar arriba para dar una patada al arma, pero se contuvo. No era ningún héroe.

Entraron en la casa y el hombre le ordenó que se sentara.

—¿No ve que todo esto es inútil? Su hermano...

—No hable de mi hermano —dijo tajante el anciano.

—Pero...

—Mantenga la boca cerrada —comentó el hombre pasando la mano libre por la cara.

Le costaba pensar con claridad. Siempre había dependido de Larry; en cierto sentido, él era las manos y su hermano el cerebro. Durante años él había sido lo único que le quedaba en el mundo. Recordaba muy poco de aquel día en el que perdieron a su familia. Aún escuchaba en sus oídos los gritos y los disparos, el calor del verano y el sonido del río. Todo lo demás era neblina y confusión.

La vida a partir de aquel momento fue una especie de larga condena. Pasaron por cinco reformatorios y cuatro casas de acogida. Sufrieron todo tipo de vejaciones, abusos y humillaciones. Fueron años muy duros, pero estuvieron unidos por un lazo tan fuerte que uno parecía la extensión del otro. Ahora que Larry estaba muerto él también lo estaba.

—No queríamos que esto pasara. Todo ha sido un error, ese hombre nos mintió. Él es el culpable de lo sucedido —dijo el anciano sin dejar de mirar el rostro de su prisionero.

—¿Quién?

—Su amigo, Steve. Nos mintió y es el responsable de la muerte de tanta gente.

Las palabras del anciano no le pillaron por sorpresa, pero al mismo tiempo no les dio mucho crédito. ¿Cómo podía confiar en un hombre que había matado a sangre fría a varias personas y le había tenido retenido?

—Usted no me cree, pero va a tener que empezar a confiar en mí si quiere salir vivo de esta —dijo el anciano. Sus palabras fueron tan firmes que Allan no pudo menos que tomárselas en serio. Aunque aquel individuo estuviera hablando de su mejor amigo y de una de las personas de las que más confiaba en el mundo, él tampoco confiaba ya en Steve.

LA PREPARACIÓN

Todos se alegraron al verle. A pesar de las duras condiciones en las que se encontraban y de haber perdido a varios amigos en las últimas horas, el hecho de que al menos Steve estuviera bien les reconfortó por unos momentos.

—Pensé que no volveríamos a verte vivo —dijo John cuando su amigo se agachó para abrazarle. Después dio un gemido de dolor y Steve se disculpó.

Jane apenas hizo el esfuerzo de saludarle. La muerte de su esposo la había dejado tan destrozada que la aparición de su amigo no alteró para nada su estado de ánimo.

—Lo siento, Jane —comentó Steve abrazando a la mujer.

—Susan y yo elegimos esta maldita casa. No sabíamos que estaba encantada. Descubrí que en ella se cometieron crímenes horribles —dijo Jane con los ojos aún rojos por las lágrimas.

—Ya lo sabía —contestó su amigo.

Todos le miraron sorprendidos. No entendían qué quería decir con sus palabras.

—¿Cómo que tú sabías la historia de la casa? —preguntó Mary.

—Será mejor que primero aseguremos las puertas y las ventanas por si regresa ese psicópata. Después os contaré la historia y responderé a todas vuestras preguntas.

Los tres se dedicaron a asegurar todas las puertas y a poner las contraventanas de madera. Cuando Mary y Jane llegaron a la última habitación la segunda creyó escuchar un gemido. Por un momento se quedó paralizada por el temor al pensar que se trataba de uno de los fantasmas de la casa, pero cuando comprobaron el armario para identificar mejor el sonido se dieron cuenta de que la niña estaba escondida en el altillo. Se había vuelto a esconder allí tras ver al extraño merodeando por el lateral de la casa.

Mary la ayudó a bajar. Jane aún tenía un fuerte dolor en el brazo. Después regresaron las tres al salón.

Cuando se reunieron todos de nuevo, la niña comenzó a llorar.

—¿Qué te sucede? —preguntó Mary a la niña.

Berenice no contestó, tenía la cara tapada con las dos manos, como si intentara contener las lágrimas.

—Puedes contarnos que te sucede, confía en nosotros —dijo Mary mientras dejaba que la niña se sentara en sus piernas.

—Hace unos momentos recordé todo.

Se hizo un largo silencio, como si los cuatro amigos estuvieran impacientes por aclarar al menos uno de los enigmas de los últimos días.

—Hasta esta noche no lo recordé, pero al ver a aquel hombre caminando por la nieve todas las imágenes volvieron a mi mente.

El anciano se preparó lentamente un cigarrillo de liar y después pasó su lengua por el papel de fumar. Había dejado su rifle al lado de la silla, como si ya no temiera lo que pudiera hacerle Allan. Se le veía cansado, como si sus últimas fuerzas estuvieran a punto de desaparecer.

El hombre encendió el cigarrillo y dio un par de bocanadas antes de hablar.

—Es una larga historia, tal vez demasiado larga para una noche como esta. Larry y yo siempre hemos estado solos. Bueno, al principio vivieron con nosotros nuestros padres, Patrice y Jeff Prior. Nuestro apellido Hartzenbusch es falso. Mis padres provenían del sur de Francia, de una zona llamada Pirineos. Su familia llevaba generaciones dedicada al negocio de la madera y vieron en el norte de Maine una oportunidad para continuar la tradición familiar. Con la ayuda de mi abuelo, el padre de Jeff, compraron los derechos de explotación de esta zona. Aquí vivían unos cien leñadores con sus familias. Maine a principios del siglo xx era una zona atrasada y aislada, sobre todo en los bosques del interior. Aquella gente no sabía leer ni escribir, aún practicaban una mezcla de creencias cristianas traídas de Francia, Irlanda e Inglaterra con ideas paganas y costumbres de algunas de las tribus que habitaron estas regiones antes de la colonización.

»La tribu de los penobscot habitaba esta zona desde mucho antes de la llegada de los primeros colonos en el siglo xvii. Los franceses los habían cristianizado en parte y cuando se produjo la guerra de 1749 los indios se pusieron a favor de los franceses. El parlamento de Massachusetts los declaró enemigos, rebeldes y traidores y ofreció una recompensa de cuarenta libras por cada cabellera de hombre y veinte por la de mujeres, jóvenes y niños. Podrá imaginar que se desató una gran carnicería. Se masacró a familias enteras y se arrancaron sus cabelleras. El último indio de esta zona, el jefe Bungawarrawit primero, maldijo a los blancos y profetizó que en el futuro los padres blancos devorarían a sus hijos.

Allan recordó las palabras de su amigo, los comentarios sobre las muertes de niños a manos de sus padres durante los últimos años.

—La maldición pareció surtir efecto. En esta región fue muy común la muerte de muchos niños a manos de sus padres. Muertes realmente crueles e inexplicables. Nuestros padres se instalaron en esta zona sin saber nada sobre la historia terrible de Clayton Lake. Sabían que los bosques de Maine eran extremadamente duros en invierno, pero que había una riqueza milenaria que convertiría a la familia Prior en una de las más ricas del norte del estado de Maine.

»Se vendía madera a Europa y a otros estado cercanos. El negocio eran tan próspero que construyeron esta gran casa como fruto del duro trabajo de aquellos años. Mi madre intentó crear una escuela para los niños; también contribuyeron a la

edificación de una iglesia de madera en la zona habitada, a unos pocos kilómetros de aquí, pero los habitantes parecían siempre desconfiados y peligrosos. Mi padre se rodeó de algunos capataces del estado de Nueva York y Maryland, porque la gente de aquí no le ofrecía mucha confianza. Nacimos nosotros y mis padres estaban tan felices que decidieron que los cuatro viajáramos a Francia cuando cumpliéramos ocho años. Esperamos durante mucho tiempo ese ansiado viaje. Al final cruzamos el océano y conocimos a parte de nuestra familia. Nuestra madre se había encargado de enseñarnos francés y disfrutamos mucho de aquel último verano feliz. Al regresar los leñadores parecían más violentos y agresivos que antes del verano. Los hombres bebían alcohol destilado por ellos mismos y las mujeres vivían embrutecidas en sus horribles cabañas. Los niños, siempre sucios y mal alimentados, no querían ir a la escuela. Pero todo se complicó la última noche de octubre, la noche de All Hallows' Eve. Los leñadores encendieron grandes fogatas por el pueblo. Estuvieron bailando y bebiendo toda la noche. Hicieron todo tipo de aberraciones con sus mujeres y al filo de las doce sacrificaron a todos los niños menores de doce años en una orgía de sangre salvaje, como nunca se había visto en esta región.

Allan miraba estupefacto al hombre. Su relato aterrador le tenía totalmente horrorizado.

—Aquellos hombres subieron más tarde hasta nuestra casa y pidieron a mis padres que nos entregaran. Mi padre se negó. Él y sus hombres resistieron tres días los ataques de aquellos monstruos, pero al final quemaron una parte de la casa y asesinaron a los capataces. Cuando se enteraron de que la policía venía alarmada por lo sucedido, lograron entrar en la casa y matar a mis padres. Nosotros nos escondimos en la cueva que hay debajo de la cabaña y cuando salimos todos estaban muertos. Nos culparon de lo sucedido, como si hubiéramos provocado aquellas matanzas. Vivimos estigmatizados de un lugar a otro hasta que regresamos aquí hace treinta años y nos construimos una cabaña a unos diez kilómetros. En lo más profundo del parque. Hace unos meses conocimos a su amigo. Nos pidió que le contáramos nuestra historia para escribir un libro, y después nos contrató.

—¿Para qué les contrato? —preguntó Allan.

El anciano le miró con sus ojos velados en parte por las cataratas, tan desanimado y angustiado que parecía ausente. Miró al hombre y comenzó a narrarle todo lo que había sucedido.

La niña se puso tan nerviosa que Mary tuvo que ir a por un vaso de leche para que se relajase. Bebió con ansia todo el contenido sin respirar y después de un largo suspiro comenzó a relatarles todo lo que había sucedido.

—Entonces, ¿aquel hombre de la cara tapada subió a vuestro coche y a los pocos minutos de arrancar apuñaló a tus padres por la espalda? —preguntó John.

—¿Crees que podrías reconocerlo? —le dijo Mary mientras acariciaba el rostro de la niña.

—Tenía la cara tapada, pero el hombre que vi bajo la ventana llevaba la misma cosa que el que recogimos.

—Está en la casa o en los alrededores —comentó Steve—. No debemos separarnos en ningún momento ni salir de la casa hasta al amanecer. Mary, intenta que Berenice descanse un poco. Yo haré algo para cenar y un poco de café. Debemos resistir toda la noche sin dormir.

Jane ayudó a Steve con la cena. No parecía muy animada, pero al menos los calmantes le habían amortiguado el dolor de la herida de bala en el hombro. Por lo que le había dicho su amiga, el proyectil le había atravesado, lo que significaba que la herida sanaría rápidamente. Lo cierto era que a ella no le importaba lo más mínimo su brazo. Casi todo le era completamente indiferente.

—Sé como te sientes —dijo Steve al ver el rostro demacrado de su amiga. Sus hermosos ojos azules parecían tan apagados y tristes que no pudo evitar acariciar levemente su barbilla.

—Tú también perdiste a las personas que más te importaban. ¿Cómo se puede vivir con una tristeza como esta? Mi vida ya no tiene ningún valor —dijo Jane con la voz suave, casi susurrante, de alguien totalmente superado por las circunstancias.

—No se puede, Jane. Nunca se supera. No puedo mentirte. La pérdida es insustituible, y el vacío tan profundo que nada ni nadie lo puede llenar. Piensas mucho en el pasado y recuerdas cada momento, cada recuerdo agradable. A veces tienes la sensación de que únicamente hay pasado y que el futuro no existe. Cuando pasa un tiempo el dolor es igual de grande, pero te acostumbras a vivir con él. Se transforma poco a poco en miedo. Por un lado deseas morir, pero por otro la simple idea te aterroriza. No sé si es una especie de autodefensa que genera nuestro cerebro; si no, me imagino que habría cientos de suicidios. Lo único que parece ayudar es volcarte en el trabajo e intentar encontrar un sentido.

Las palabras de su amigo la ayudaron. Eran descarnadas y casi las sintió como un látigo sobre su pesado ánimo, pero prefería aquella sinceridad a las falsas esperanzas. De hecho, no quería recuperarse de aquella profunda pena. Debería vivir con ella todo el tiempo que estuviera en esta tierra. Aunque en su fuero interno deseaba que fuera el menos posible.

Salieron al salón. Se asemejaba a los restos de un pequeño campo de batalla. Había platos y vasos sucios por todas partes, vendas manchadas de sangre, cajas de pastillas, latas de cerveza, casquillos de bala. No parecía el mismo sitio al que habían llegado unos pocos días antes. Aquel lugar parecía la misma antesala del infierno.

La noche había llegado y el *sheriff* continuaba sin dar señales de vida. No era normal que llevara tantas horas sin ponerse en contacto con su oficina. El oficial al mando comprobó el localizador GPS del coche oficial y vio que llevaba varias horas detenido a unos cuarenta kilómetros al norte de Clayton Lake. Aquella zona estaba

prácticamente deshabitada todo el año, pero en esas fechas casi era imposible encontrar a gente por los bosques. El *sheriff* había mandado un mensaje de peligro, pero acto seguido les había escrito un mensaje tranquilizándoles desde su teléfono móvil.

El temporal había obligado a desalojar toda la zona, pero era probable que aún quedara algún turista con espíritu aventurero que se resistiera a volver a su confortable casa más al sur.

Robertson intentó de nuevo comunicar con el coche patrulla, pero nadie contestó al otro lado. Dejó la radio y se acercó a dos de sus hombres que estaban tranquilamente cenando mientras veían un partido de fútbol americano en la pequeña televisión de la sala de descanso.

—Siento tener que mandaros a un servicio en una noche como esta, pero el *sheriff* no da señales de vida desde hace cuatro o cinco horas. Dejó una nota comentando que iba al oeste para comprobar la señal de un turista perdido en el bosque; después dio un aviso de peligro, que más tarde lo anuló. Todo esto es muy raro.

—Jefe, el partido...

—No seas burro, Gary. El *sheriff* puede estar en peligro —comentó el otro policía.

—Pero es arriesgado atravesar todo el condado y subir a los bosques en plena noche. ¿No sería mejor informar a los servicios de emergencia?

—Yo decidiré qué es lo mejor. Por ahora solo es una suposición. Puede que el *sheriff* esté jugando a las cartas con algún amigo de Clayton Lake, pero me extraña la señal. Parece estar mucho más al norte, casi a la altura del viejo aserradero.

Los dos agentes tomaron sus abrigos de la percha y se colocaron sus sombreros de orejeras. Cuando salieron del edificio notaron el frío que llegaba de los bosques y la nieve que comenzaba a cubrir toda la ciudad. Aquella era una noche de mil diablos para estar de patrulla fuera del núcleo urbano, pero su oficial tenía razón. Al bueno del *sheriff* apenas le quedaban dos o tres años para jubilarse. Había sido el mentor de todos ellos, le debían mucho y les preocupaba lo que pudiera haberle ocurrido.

El coche patrulla prendió las luces y las ruedas patinaron sobre la nieve casi helada. Los dos hombres encendieron su radio y pusieron una de las emisoras locales de música. Necesitaban despejarse un poco; se sentían amodorrados por el calor de la oficina y la pesadez de la cena. Tenían que estar muy atentos. El bosque podía convertirse en un santiamén en una trampa mortal.

Les quedaban al menos dos horas y media, casi tres, para llegar a la zona de la señal. Un viaje largo y pesado en plena noche. Si encontraban algo complicado tardarían horas en recibir ayuda.

—No me gusta nada salir en una noche como esta —comentó Gary.

—Eso es lo malo de tener el turno de noche.

—Aunque no nos podemos quejar. Menos alguna pelea doméstica y los borrachos locales, casi nunca tenemos que intervenir. Los del turno de día tienen que atender

más emergencias.

—Bueno, no es para tanto. Ayudar a controlar el tráfico, atender una salida de la vía o llamar a la casa de una anciana que lleva un par de días sin dar señales de vida tampoco es algo muy grave.

Cuando las luces de la ciudad quedaron atrás, la oscuridad del bosque les envolvió por completo. El cielo nublado y los copos de nieve apagaban las estrellas y la luna. Sus dos faros eran la única ventana de luminosidad que abría y cerraba a su paso aquella noche desapacible de otoño.

Comieron en silencio. Steve se tomó una cerveza y no dejó ni una miga de los perritos calientes. Se encontraba hambriento. No había probado bocado desde el desayuno. Entonces se acordó de Allan. Debía estar pasando frío en el sótano, pero él creía que era mejor así. John se encontraba casi incapacitado por sus heridas, pero su otro amigo era capaz de interponerse en su misión.

—Nos ibas a contar lo que sabías de esta casa —dijo Mary, que mientras comía ayudaba a su marido con pequeños pedazos.

—Es cierto. Le comenté algo a Allan...

—Allan no ha regresado —dijo John con la boca llena de comida.

—Le encontraremos —dijo Mary intentado infundir ánimo al grupo.

—Bueno, cuando murieron Ruth y Jim me negué a creer la versión oficial. La policía estaba muy desorientada con el caso. Primero me echaron a mí la culpa, después dijeron que se trataba de un accidente. El caso es que intenté reunir las piezas. Llevo media vida escribiendo novelas de misterio y crímenes; en todo este tiempo he leído mucho sobre estos temas. La muerte de mi familia no encajaba en robo con violencia o un crimen de carácter sexual; tampoco parecía la obra de un psicópata ni un accidente. Entonces, ¿qué había sucedido? Llegue a plantearme seriamente que Ruth había matado a Jim.

Todos le miraron sorprendidos. Aquella idea era una verdura locura. Ruth era una madre casi perfecta. El resto de sus amigas la consideraban tan buena madre que le pedían consejos cuando tenían problemas o dudas.

—Creo que eso es impensable —comentó Jane.

—Eso mismo creía yo. Pero miré cada detalle. Cómo habían encontrado los cuerpos, las heridas, los indicios. Creo que ella mató a Jim, pero lo hizo en defensa propia.

Aquella idea era aún más absurda, pensó Mary. Sin duda su amiga no era una asesina, pero Jim era un niño encantador. Buen estudiante, educado y pacífico. A pesar de esta cerca de la preadolescencia nunca le habían visto faltar el respeto a sus padres o meterse con otros niños.

—Pero Steve, no puedes estar hablando en serio. Era tu hijo.

Steve comenzó a llorar. Parecía como si las capas de autocontrol y frialdad con las que había deseado rodearse comenzaran a derretirse de repente.

—Para mí no es fácil pensar en mi hijo como un asesino, pero he investigado. En los últimos años se han producido centenares de asesinatos en familias. Muchos hijos han matado a sus padres a sangre fría. En mi iPad hay cientos de casos que podrían demostraros que digo la verdad. Además, en los últimos años los episodios de violencia se multiplican.

Steve hablaba como un verdadero demente.

—Por eso os comenté que no trajerais a vuestros hijos; no podía contaros esto con ellos delante. Creo que en las próximas semanas, a medida que nos acerquemos al 31 de octubre, los casos se multiplicaran por millares o decenas de millares. Lo de mi hijo únicamente fue el principio.

—Pero él está muerto —comentó Jane, incrédula de lo que estaba escuchando en boca de su amigo.

—Ruth se defendió. Debió darse cuenta de lo que pretendía o le había visto en otra ocasiones planeando algo parecido. Tras intentar pararlo lo mató sin querer. Eso hizo que no pudiera superarlo y se suicidó.

—¿Qué pretendías? ¿Tenemos aquí hasta que pasara todo eso? —preguntó John.

—No, simplemente descubrí que todo comenzó aquí hace algo más de sesenta años. Dos niños gemelos masacraron a sus padres. La policía de entonces no pudo creer que fueran capaces de tales atrocidades y los internó en un orfanato. Yo les entrevisté con la excusa de hacer un libro sobre su historia. Ellos eran los primeros, las profecías se están cumpliendo. Viene en la Biblia, pero también lo predijo un jefe indio de esta zona. Nuestra sociedad ha llegado a un punto tal de maldad y autodestrucción que los niños se están volviendo en adultos salvajes y despiadados.

—Eso es absurdo —dijo Mary harta de los comentarios de su amigo.

—Si matamos al otro gemelo la maldición parará, pero debemos hacerlo antes de esa noche. Después será demasiado tarde...

Las palabras de Steve parecían las de un demente. Asesinar a personas, hablar de profecías y de niños asesinos superaba con creces la pesadilla en la que se había vuelto sus vidas en los últimos días.

—De alguna manera ese espíritu quiere detenernos. Pensadlo bien. Le llegada de la niña, el incidente con el oso, todas estas muertes...

—Entonces, según tu teoría Berenice...

Steve afirmó con la cabeza. Sus amigos se giraron para contemplar a la niña tumbada en el sofá, pero la manta estaba vacía. En algún momento de la conversación la niña se había ido del salón sin que ninguno de ellos se percatara.

—¡Estupideces! —gritó Mary poniéndose en pie.

—¿Dónde vas? —preguntó John a su esposa.

—A ver dónde se ha metido la niña, seguro que al escuchar las barbaridades que ha dicho Steve se ha asustado.

—Te acompaño —dijo Jane.

Las dos mujeres dejaron el salón y subieron a la planta de arriba. En sus cabezas aún retumbaba el eco de las palabras de su amigo. Aquellas ideas eran tan absurdas que no podían darles crédito. Su mente se había trastornado por la pérdida de su esposa y su hijo. Deseaban con toda su alma que llegara la luz del día para alejarse de aquella casa e intentar continuar con sus vidas.

UNA DULCE VOZ

El anciano apagó el cigarrillo y tomó de nuevo el fusil, pero siguió sentado en la silla, como si simplemente pretendiera examinarlo.

—Su amigo nos contrató para rehabilitar la casa. Decía que vendría con un grupo de amigos en otoño. Nos pareció el típico chiflado empeñado en que el mundo está a punto de destruirse, pero pagaba bien. Contratamos a una cuadrilla para el trabajo más duro, instalamos la tecnología más avanzada y hace un mes, más o menos, nos comentó que cuando ustedes llegaran uno de nosotros debía hacerse pasar por el dueño de la casa, como si se la estuviéramos alquilando. Lo que no podíamos imaginar era que estaba tan loco...

Allan miraba al hombre con la boca abierta. No podía creerse lo que estaba escuchando. Steve había reparado la casa, los había abandonado y engañado a todos para que acudieran a ella. Su amigo no estaba en sus cabales.

—Cuando usted llevó a mi hermano montaña abajo pensó en contarle todo, pero llegamos a la casa de los Smith y ese loco los había matado a sangre fría. Lo persiguió, pero llegó el policía. Yo creí que nos echaría la culpa de lo ocurrido, sobre todo teniendo en cuenta nuestro pasado, por eso le disparé. Es lo único de lo que me arrepiento. No quería hacer daño a ese pobre hombre.

—¿Steve organizó todo esto?

Ahora entendía por qué su amigo le había encerrado en el sótano; pensaba que él no le permitiría continuar con sus macabros e irracionales planes. La muerte de su familia le había trastornado de tal manera que pensaba que el mundo estaba a punto de terminarse. Los había llevado hasta allí para salvarlos, pero sin querer los estaba exterminando lentamente.

—Ahora tengo que detenerlo —dijo el hombre poniéndose en pie.

—Yo le ayudaré a pararlo, pero no lo mate —le pidió Allan.

El hombre le lanzó una pistola.

—Está bien, pero si intenta matar a alguien más no me quedará más remedio que defenderme.

Allan afirmó con la cabeza, quitó el seguro de la pistola y acompañó al anciano hasta la puerta. Bajó primero el hombre y después él. Se acercaron con sigilo a la puerta principal.

—¿Cómo entraremos? Seguro que han cerrado todo a cal y canto.

—Esta casa tiene muchos recovecos y entradas. No olvide que mi hermano y yo la reconstruimos —dijo el anciano caminando pegado a la fachada.

Los dos hombres desaparecieron entre las sombras de la parte trasera. Las últimas horas de oscuridad les ayudarían a detener esa absurda matanza sangrienta.

El coche policial logró superar los montones de nieve que se habían acumulado a las afueras de Clayton Lake. Se detuvieron delante de la oficina de correos y los agentes bajaron del vehículo. Vivía muy poca gente en aquel pueblo, y pensaron que era mejor preguntar al cartero. Aquel hombre era toda una institución. Sabía todo lo que sucedía en aquella apartada y recóndita zona del condado. Llamaron a la puerta y esperaron a que el somnoliento anciano abriera. Cuando vio que se trataba de los dos agentes se asustó a un poco.

—¿Qué le ha sucedido a Jack? —preguntó con la mirada angustiada.

—No lo sabemos, lleva horas sin comunicarse con la central. Queríamos preguntarle si lo había visto —dijo uno de los agentes.

—Estuvo en mi oficina por la tarde. Me preguntó si había visto a algunos forasteros. Me dijo que se pararía por la casa de los Smith y el aserradero. Después se marchó hacia el norte —dijo el cartero azorado. El frío de la noche atravesaba su pijama a cuadros y congelaba sus pies en las zapatillas de estar en casa.

—¿La casa de los Smith? —preguntó uno de los agentes.

—Está en un sendero que surge a la derecha a pocos kilómetros de la ruta principal.

—Gracias, y disculpe las molestias.

—Por favor, ¿mañana puedo llamar a la oficina para saber como está el *sheriff*? —preguntó el cartero.

—Naturalmente, señor.

Los dos agentes dejaron el porche de la casa y se dirigieron a su vehículo. Su jefe había pasado por allí. Rezaron para que se hubiera quedado a dormir en casa de los Smith a causa de la nieve, pero algo les decía que el *sheriff* no se hubiera quedado fuera de casa sin intentar comunicarse con su esposa o la central.

Buscaron a la niña por todas las habitaciones, pero no lograron encontrarla. Mary se sentó desesperada encima de una de las camas. Creía que se iba a volver loca.

—Steve está enfermo. Se ha trastornado. En cierto sentido es él quien ha provocado todo esto —comentó a su amiga.

—La muerte de tu familia de una manera tan trágica es capaz de volver loco a cualquiera.

—Lo sé Jane, pero es peligroso. Me temo que es capaz de matar a la niña. Tenemos que desarmarle.

—Quedan dos o tres horas para que amanezca; será mejor que intentemos que se quede en el salón. Por la mañana tal vez todo parezca más claro y su mente esté más

sosegada.

—No podemos correr ese riesgo. Tenemos que desarmarle y controlarle —dijo Mary.

—Será mejor que bajemos, ahora mismo está solo con John.

Las dos mujeres se dirigieron al pasillo, pero apenas habían avanzado unos pasos cuando percibieron dos figuras al fondo.

—¡Dios mío! —dijo Mary entrando en uno de los cuartos. Jane la siguió.

—¡Mary! —dijo una voz que le resultó conocida.

Las dos figuras se acercaron e intentaron abrir la puerta, pero las dos mujeres la bloqueaban desde el otro lado.

—Soy yo, Allan —comentó el hombre.

Las mujeres dejaron de sujetar la puerta y los dos hombres entraron en la habitación. Cuando vieron al anciano sus dos amigas se pusieron muy nerviosas.

—No os preocupéis. Es de fiar. Me ha contado todo lo que ha hecho Steve para traernos aquí engañados. Tenemos que detenerle antes de que haga daño a alguien más o a él mismo.

Allan les contó brevemente todo lo que sabía. Ellas no daban crédito a lo que escuchaban. Steve había comprado aquel lugar, lo había reformado y les había llevado hasta allí para protegerles de algún tipo de Apocalipsis en el que los niños se convertirían en peligrosos asesinos. Su amigo había perdido la cabeza por completo.

—Ahora mismo se encuentra con John —comentó Mary.

—No te preocupes. Debéis traerlo aquí arriba, nosotros le desarmaremos y le encerraremos hasta que llegue la policía.

—¿La policía? —preguntó el hombre—. Nadie había hablado de llamar a la policía.

—Usted podrá irse antes de que lleguen los servicios de emergencia —añadió Allan.

Las dos mujeres se dirigieron al salón. Tenían que alejar a su amigo de John y llevarle a la planta de arriba. No sería fácil convencerle, pero debían intentarlo.

—Por fin habéis regresado —comentó John al ver a las dos mujeres.

—Estábamos buscando a la niña —contestó Mary.

—¿La habéis encontrado? Es muy peligrosa —dijo Steve, que se había sentado en una de las sillas y no dejaba de jugar con su rifle.

—No, pero creo que sé dónde está —comentó Jane.

—¿Te has vuelto loca? No irás a ayudar a Steve a encontrar a la niña... —dijo John.

—Te diré dónde se encuentra si me prometes que no la harás ningún daño —le pidió Jane a su amigo.

—No quiero hacerle ningún daño, lo único que pretendo es que no os haga daño a vosotros. La encerraremos en un cuarto y mañana nos iremos de aquí. Pero antes debemos encontrar a ese viejo, si él sobrevive...

—Está bien, no comiences con tus locuras. Sígueme —dijo Jane dirigiéndose a la puerta.

Los dos subieron las escaleras. Afortunadamente, la mujer ya tenía bien el tobillo, pero el dolor en el hombro estaba comenzando a acrecentarse de nuevo. Atravesaron el pasillo casi en penumbra y entraron en la habitación.

La oscuridad era total. Las contraventanas estaban cerradas y la única luz era la de las tenues lámparas del pasillo. Steve cruzó el umbral y Jane cerró la puerta a su espalda.

—¡Jane!

Antes de que pudiera girarse, los dos hombres le cubrieron con un saco y le ataron a la altura de los brazos. Una vez inmovilizado le lanzaron sobre la cama. Le ataron las piernas y lo dejaron allí tumbado. Steve respiraba fatigosamente a través del saco. Intentó pedir ayuda, pero en aquel momento, al escuchar la voz de uno de los gemelos, fue consciente de que sus amigos le habían traicionado.

Entre los dos hombres bajaron a cuestras a Steve. Se movía mucho y pataleaba, pero lograron llevarlo hasta el cuarto trastero y lo dejaron sobre un sofá viejo. El anciano se aseguró de que no podía soltarse y después cerró la puerta.

Cuando Allan y el hombre llegaron al salón, Mary ya le había contado toda la historia a su marido. Ahora parecía que todas las piezas encajaban, pensó John mientras intentaba asimilar todo lo sucedido. Su amigo era un peligro para los demás y para él mismo. Sin duda pasaría un buen tiempo entre rejas, pero al menos aquella pesadilla había terminado.

—Queda más o menos una hora para que amanezca. Debemos encontrar a la niña. No quiero permanecer ni un minuto más en la casa —dijo Mary.

El anciano tomó su fusil y se dirigió a la puerta.

—Yo no esperaré a que amanezca —dijo el hombre con una media sonrisa.

—¿Se va? —preguntó Jane.

—Sí, ya le comenté a su amigo todo lo sucedido, no quiero tener problemas con la ley. Volveré a desaparecer durante una temporada. No me queda mucho tiempo de vida, pero no quiero pasarlo entre rejas. Me llevaré el cuerpo de mi hermano y me marcharé.

—Déjeme que al menos le ayude —se ofreció Allan.

—Es muy amable, pero creo que podré yo solo.

—Insisto —dijo Allan siguiéndole hasta la puerta.

Los dos hombres salieron al exterior. No nevaba en ese momento, pero la temperatura era la más baja de las últimas horas. En el suelo estaba el cuerpo del anciano y el de Philip. Antes de irse al día siguiente debían enterrarlo como habían hecho con Susan, pensó Allan.

Tomaron al anciano por las piernas y los hombros. El cuerpo estaba completamente congelado. Lo subieron hasta la parte trasera de la furgoneta y el hombre subió la portezuela.

—Lamento lo sucedido —dijo Allan.

—Yo también —contestó el hombre, tomó después el rifle del lateral de la furgoneta y se dirigió al asiento del conductor.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Allan mientras el hombre se acercaba a la puerta del conductor.

El hombre no le hizo caso. Abrió la puerta y comenzó a acomodarse.

—¿Por qué regresó su hermano? Tampoco comprendo que, si Steve mató a los Smith, ¿por qué el hombre anciano parecía estar muerto mucho antes de que él llegara a la granja?

El anciano le miró con sus ojos vidriosos y arrancó el motor.

—A veces es mejor no hacerse tantas preguntas.

Allan sacó la pistola de su cinturón y apuntó directamente a la cabeza del hombre.

—Creo que será mejor que no se marche todavía. La policía me hará todas esas preguntas y yo no sabré qué contestar. Usted podrá hacerlo por mí.

El anciano pisó el acelerador y la furgoneta salió marcha atrás a toda velocidad. Allan disparó a los faros y al ver que no se detenía, al parabrisas. No tenía intención de alcanzarle, pero el cristal saltó en mil pedazos y vio que había herido al hombre.

El anciano puso la primera marcha y pisó de nuevo el acelerador. Sentía cómo la vida se le iba por momentos, pero no dejó de pisar para envestir al forastero. Allan intentó apartarse a un lado, pero se escurrió en la nieve. La furgoneta le envistió con fuerza y arrastró su cuerpo hasta la fachada principal aplastándole contra ella. Allan no pudo dar ni un gemido de dolor; su cuerpo estaba completamente reventado contras los grandes troncos de la fachada. El anciano, tumbado sobre el volante, daba sus últimos suspiros antes de expirar.

ÚLTIMAS RESPUESTAS

El golpe hizo retumbar toda la casa. Cuando Mary y Jane salieron se taparon los ojos al ver el cuerpo aplastado de su amigo. La furgoneta lo había investido contra la fachada de la casa. Aún tenía los ojos abiertos, la pistola en la mano y una expresión de incredulidad en el rostro cuando Jane se atrevió a mirarle. Al otro lado yacía el anciano sobre el volante.

—Tenemos que sacarle de ahí —dijo Mary.

Jane se giró y vio el cuerpo de su esposo. Se dirigió hacia él y comenzó a taparle con la nieve sucia del suelo. No quería que su hermoso rostro fuera fruto de los lobos u otros animales. En una hora se marcharían de allí, pero volvería a por su cuerpo en cuanto pudiera. Mary comenzó a ayudarla. En unos minutos el cuerpo del hombre estaba completamente enterrado por la nieve. Ellas tenían las piernas y las manos heladas, pero tenían la sensación de haber dado un entierro digno a Philip.

Se acercaron a la furgoneta y Mary intentó quitar la marcha para que les fuera más sencillo empujar el vehículo. El anciano se había desangrado casi por completo, por lo que el asiento y el suelo estaban encharcados. Movi6 la marcha y pidió a su amiga que la ayudara a empujar. Jane intentó mover el vehículo con su brazo bueno, pero apenas se movió. Tuvieron que intentarlo hasta tres veces para conseguir que se comenzara a desplazar. El cuerpo de Allan se derrumbó en el suelo en cuanto el parachoques se apartó un poco. Lo tomaron entre las dos. Jane sentía tanto dolor en su hombro que pensó en soltar el cuerpo varias veces en el corto espacio de tiempo en que pretendían moverlo. Lo dejaron al lado del de Philip y comenzaron a taparlo con la nieve. Al menos los dos amigos estarían juntos en que último tránsito hacia la nada infinita o la eternidad.

Steve intentó liberarse con todas sus fuerzas del saco que ya le asfixiaba, pero no pudo. Comenzó a sacudirse hasta que logró rodar por el suelo. Intentó con sumo cuidado removerse un poco más y sacar una de las manos. Manipuló el nudo y unos minutos más tarde logró quitarse el saco de la cabeza. Estaba sudando copiosamente, se sentía mareado y confundido. No entendía cómo sus amigos habían podido ayudar a un tipo como aquel y traicionarle a él.

Sin duda su historia era poco corriente y podía parecer increíble, pero tenía muchas pruebas de que estaba diciendo la verdad. Sus amigos al menos podían haberle escuchado y podían haber comprobado las pruebas.

Movió el pomo de la puerta a un lado y al otro, pero estaba atrancada desde fuera. Después se dirigió al sótano. Sabía que por aquel lado había una salida.

En el exterior el frío era muy intenso, pero la luz del amanecer comenzaba a teñir los cielos de un gris plomizo. Todavía caían grandes copos blancos cuando rodeó la casa. Al llegar a la parte delantera vio a sus amigas mirando los dos bultos de nieve que había a sus pies. Después miró unos pasos más atrás y comprobó que el segundo gemelo estaba muerto. De alguna manera se sintió satisfecho. Con la muerte del segundo gemelo aquella epidemia maldita de asesinatos en serie se detendría para siempre.

El corazón del ser humano, siempre mezquino y malvado, nunca se saciará de hacer el mal, pero las profecías parecían conjuradas por fin.

Cuando sus amigas le vieron acercarse no se inmutaron. Se sentían tan agotadas por todo lo sucedido que Steve les parecía en ese momento su menor problema.

—Voy a por la niña y John. Jane, prepara tú el coche.

Steve se acercó a su amiga e intentó disculparse, pero las palabras se le atragantaron en la garganta. Él era el causante de tanta muerte y destrucción.

Jane se acercó en silencio a uno de los todoterrenos y encendió el motor. El vehículo se iluminó.

—Si quieres venir con nosotros será mejor que te portes con normalidad. Si no tendrás que esperar a que lleguen los servicios de emergencia.

—Ya están muertos los gemelos, lo demás no importa —contestó su amigo.

—Por favor, no empieces con lo mismo. Necesitas ayuda psiquiátrica, ¿lo sabes?

Steve entró en el coche y se sentó en el solitario asiento del fondo. Se puso las manos en la cara y comenzó a llorar. Tal vez su amiga tenía razón: él había provocado aquella locura.

Jane se sentía destrozada, pero al escuchar los sollozos de su amigo se giró y le observó con compasión. Era su amigo a pesar de todo lo que había sucedido.

—No te preocupes, todo saldrá bien —dijo mientras sacaba el coche y lo ponía en dirección al camino.

La furgoneta aplastada contra la fachada y los dos cuerpos cubiertos de nieve eran las únicas diferencias con respecto a la primera vez que vio la casa. Aquel lugar idílico se había convertido en un terrible infierno. Para ella la vida había cambiado por completo. Los pequeños problemas cotidianos y sus eternas disputas con Philip parecían tan nimias y absurdas que se avergonzaba de no haber intentado ser más feliz y aferrarse a las pequeñas certezas, a las alegrías cotidianas que ahora tanto echaría de menos. Las cenas con Philip de los viernes mientras veían una película, los paseos por el centro de la ciudad, los veranos en las playas del sur de la costa este.

Steve sintió una fuerte opresión en el pecho. En su cabeza anidó una idea que le hubiera encantado descartar por completo. Agitó la cabeza, como si con aquel gesto disipara todos sus temores, y se mantuvo quieto, con la vista en el vacío.

Los dos policías descubrieron el macabro asesinato de los señores Smith y llamaron a la central. Les costaba asimilar aquella escena terrible: el anciano encadenado en el cobertizo, con el cuello degollado y una expresión de horror que era difícil de describir. Cuando llegaron a la casa y vieron el cadáver de la anciana y el perro pensaron que nunca más podrían borrar esa imagen de sus retinas. La pobre mujer también estaba muerta y el perro, aún vivo, había devorado en parte su cuerpo después de un par de días sin comer.

El cadáver del *sheriff* tumbado boca abajo con un tiro en la espalda les enfureció.

Tras llamar a la central el teniente les pidió que se quedaran en la casa, pero los dos agentes estaban dispuestos a llegar hasta el final. No querían que el asesino pudiera escapar. Miraron el GPS y comprobaron que el coche de servicio estaba a unos veinte kilómetros de distancia.

—Nos han dicho que es mejor que nos quedemos aquí —comentó uno de los policías.

Tenían el rostro congelado y de sus bocas salía un espeso humo blanco. Se subieron a su vehículo y el conductor encendió el motor.

—Tengo familia —se justificó el otro agente.

—El *sheriff* también la tenía —contestó el conductor.

Después puso en marcha el coche y aceleró. Estaba impaciente por atrapar a ese repugnante asesino.

Mary ayudó a su marido a ponerse en pie. Los dos caminaron pesadamente hasta la salida.

—¿Dónde está la niña?

—No lo sé —contestó John.

—Será mejor que la busque...

—La policía vendrá pronto. Puede que no sea una buena idea quedarse más tiempo aquí —contestó su marido.

Mary se quedó pensativa. Abrió la puerta de la calle y caminó con John apoyándose en su brazo hasta llegar al coche. Los dos hombres cruzaron sus miradas de reproche, pero John no dijo nada. Se sentó al lado de su amigo y permaneció en silencio observando la nieve del suelo.

—¿Dónde está la niña? —preguntó Jane a su amiga.

—No la hemos visto, puede encontrarse en cualquier sitio.

Jane titubeó unos instantes, pero al final decidió poner el coche en marcha cuando su amiga se sentó al lado.

El coche comenzó a avanzar despacio. El cielo parecía más iluminado que unos minutos antes, pero aún las nubes grises cubrían todo el firmamento. Tras unos

cuarenta minutos de marcha pasaron el desvío de la casa de los Smith y Steve miró con inquietud aquel lugar. Allí había comprendido que no sería fácil deshacerse de los gemelos, pero no pudo ni imaginar el precio que tenían que pagar algunos de sus mejores amigos y los pobres ancianos que habitaban aquel lugar.

—¿Cuánto queda para llegar a un pueblo grande? —preguntó John con la pierna estirada. Los dolores de las últimas horas comenzaban a manifestarse, pero con más fuerza.

—Un par de horas. Es inútil parar en Clayton Lake, allí no hay hospital ni médico que pueda ayudarnos —dijo Jane.

El vehículo continuó el camino por el paisaje blanco hasta que los cuatro ocupantes se olvidaron por unos instantes de todo lo sucedido y se limitaron a no pensar. Era mucho mejor intentar evitar que sus heridas internas terminaran por infectar su maltrecho corazón.

El agente que iba al volante tuvo la sensación de que un coche se había cruzado antes de que llegaran a la carretera principal, pero al llegar a la vía no vio a nadie. Tomaron el camino hasta la serrería. Era la parte más difícil del trayecto por las elevaciones y las curvas, pero afortunadamente la nieve no se había helado. Siguieron hasta el desvío y titubearon por unos instantes. Sabían que el aserradero se encontraba en la otra dirección, pero la señal de GPS indicaba lo alto de la colina. Continuaron por el camino serpenteante y vieron en la cima una suntuosa cabaña de troncos. Ninguno de los dos había llegado tan al norte, pero ni en los mapas ni en los informes de la zona esa cabaña estaba descrita.

Al llegar a la cima vieron el edificio en toda su plenitud. Estaba rodeado por gigantescos árboles, y en uno de ellos había una moderna y bellísima casa. La cabaña parecía recién barnizada, pero la furgoneta incrustada en la fachada, el coche del *sheriff* parado al lado y la puerta abierta indicaban que algo extraño había pasado en aquel lugar.

Al descender comprobaron el coche de su jefe. Estaba vacío y faltaban las armas. Se acercaron a la furgoneta y observaron a un anciano semicongelado que yacía sobre el volante. Su sangre roja había coagulado por todo el asiento y el suelo del vehículo. En la parte de atrás estaba el cadáver de otro anciano.

En el suelo encontraron apenas enterrados a otros dos; en la parte lateral de la casa el de una mujer y un oso muerto.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido en esta casa? —preguntó el agente más joven completamente horrorizado.

Los dos policías temían que en el interior de la casa las cosas pudieran estar aún peor. Incluso que hubiera heridos. Pero a pesar del desorden no vieron más muertos en el salón ni en la planta baja.

—Voy a mirar arriba —dijo uno de los policías.

El más joven subió las escaleras de dos en dos. Llevaba su arma en la mano y estaba tan nervioso que hubiera disparado a lo primero que se cruzara en su camino. Comprobó toda la planta sin ver nada.

Cuando bajó de nuevo su compañero ya estaba en el coche patrulla hablando con la central.

—¿Qué te han dicho?

—Que enviarán ambulancias y equipos especiales —dijo el hombre.

—¿Quién habrá hecho una matanza tan terrible? —preguntó el agente más joven.

—Por desgracia últimamente son el pan de cada día en nuestro país —contestó el compañero encogiendo los hombros.

—Sí, pero estas cosas nunca suceden en Maine.

La central les advirtió que cuatro supervivientes habían sido encontrados a unos cuarenta kilómetros de allí y les pidió que les ayudaran hasta que llegaran los servicios de emergencia. También les comunicaron que había una niña en la casa.

—Es imposible, corto —contestó el policía.

—Los supervivientes lo aseguran, cambio —contestaron desde la central.

Estaban los dos agentes sentados en el vehículo cuando vieron una gran mancha a unos cien metros de la casa, en medio del camino.

Bajaron del vehículo y se acercaron hasta lo que parecía una niña. Tenía el pelo desmadejado, la ropa desaliñada y con manchas de sangre. Su rostro pálido parecía rosado por el frío.

Los dos agentes se aproximaron despacio para no asustar a la niña. Esta apenas reaccionó al verlos.

—Tranquila, hemos venido para ayudarte.

La niña se quedó quieta, hasta que uno de los agentes la tomó en brazos y la dejó en la parte trasera del vehículo.

Su aspecto frágil y fatigado les apremió. Tenían que llevarla cuanto antes a un hospital. Parecía tener síntomas de congelación, por no hablar del trauma psicológico ante todo lo sucedido.

Arrancaron el vehículo y comenzaron a descender. Cuando atravesaron la verja el agente más joven se giró para comprobar el estado de la niña. Parecía dormir plácidamente, con el cuerpo acurrucado bajo una manta.

Avanzaron justo hasta el desvío del aserradero, y el coche fue un poco más lento para tomar la curva. Entonces el copiloto notó un fuerte dolor en los riñones. Se pasó la mano y vio un montón de sangre. Se giró y vio a la niña con un gran cuchillo. Apuñaló el asiento una y otra vez mientras el agente intentaba frenarla.

El conductor miró horrorizado a su compañero y pisó el freno, pero el coche continuó deslizándose. La niña dejó al primer agente y antes de que el segundo pudiera defenderse pasó el cuchillo por el cuello, degollándole. El hombre se derrumbó sobre el volante y el coche se salió del camino, chocando contra un montón de nieve.

La niña salió despacio del coche, tiró el cuchillo en la nieve y caminó por la inmensa manta blanca hasta desaparecer entre los árboles.

EPÍLOGO

Steve intentó entretenerse con la televisión, pero los gritos de los otros pacientes se lo impedían. Escuchó por unos momentos a una presentadora hablando sobre la celebración en unas horas de la fiesta de All Hallows' Eve. Después del rescate sus amigos y él fueron llevados al hospital del condado y después trasladados a Augusta. Tras las primeras curas y exámenes médicos los psiquiatras determinaron el ingreso de Steve en el hospital psiquiátrico del estado. Llevaba menos de dos semanas allí cuando la víspera de la fiesta de Todos los Santos estaba a punto de celebrarse.

La presentadora dio paso a uno de los incidentes del día. Una familia en Camden, en el estado de Maine, había muerto asesinada a manos de su hijo menor.

Steve se acercó, intentando escuchar mejor el receptor de televisión, pero en el informativo no se daban muchos detalles.

El hombre comenzó a temblar y su mente se obnubiló por unos instantes. Siempre había sabido que era imposible parar aquello. Las profecías tenían razón: aquel era el momento del fin y él había sido un ingenuo al creer que podía hacer algo para impedirlo.

Se puso en pie y se dirigió hasta su cuarto. Se sentó en la cama con la mirada perdida, mientras al otro lado de la ventana el mar se sacudía con fuerza. Recordó a Ruth y a su hijo Jim, las veces que habían caminado por las playas cercanas a Nueva York. Les echó de menos. Sabía que nunca más los recuperaría, pero tal vez no tardaría tanto en reunirse con ellos. El fin estaba tan cerca que únicamente debía sentarse en esa cama y esperar.

Miró su iPad. Allí estaban grabadas las palabras de todos sus amigos. Sus temores se habían hecho realidad. Dejó el aparato y miró de nuevo por la ventana. Las olas rompieron de nuevo entre las rocas y su espuma le recordó a la nieve de Clayton Lake y las frías montañas del norte de Maine. Un mundo congelado que únicamente la primavera podía rescatar de su letargo. Algo parecido se cernía sobre el mundo, aunque él tenía sus dudas de que existiera una primavera que pudiera revivirlo de nuevo.

FIN



MARIO ESCOBAR GOLDEROS (Madrid, 23 de Junio de 1971), es un novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publicó su primer libro *Historia de una Obsesión* en el año 2000. Es director de la revista *Historia para el Debate Digital*, colaborando como columnista en distintas publicaciones. Apasionado por la historia y sus enigmas ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos. Su primera obra, *Conspiración Maine* (2006), fue un éxito. Le siguieron *El mesías Ario* (2007), *El secreto de los Assassini* (2008) y la *Profecía de Aztlán* (2009). Todas ellas parte de la saga protagonizada por Hércules Guzmán Fox, George Lincoln y Alicia Mantorella. *Sol rojo sobre Hiroshima* (2009) y *El País de las lágrimas* (2010) son sus obras más intimistas. También ha publicado ensayos como *Martín Luther King* (2006) e *Historia de la Masonería en Estados Unidos* (2009).

Sus libros han sido traducidos a cuatro idiomas, en formato audiolibro y los derechos de varias de sus novelas se han vendido para una próxima adaptación al cine.